

Flor del Guantío





flor del guanto #2

	30	8 & 12
16	40	4
	22	

Editorial.	»	2
La clase social en la piel.	»	4
Mi despertar lesbiano.	»	8
De fracturas, cicatrices, texturas y vínculos.	»	12
¿Cuál es el lugar de las lesbianas feministas? Un problema no resuelto.	»	16
Historias de la calle trans.	»	22
¿Existe el eros femenino?	»	26
Apostasía de la fe católica.	»	30
Clase, aborto y maternidad. (Des)encuentros entre mujeres distintas.	»	34
Producción y reproducción en Marx.	»	40
Empleo para las mujeres.	»	48
Economía solidaria. Una alternativa a la informalidad laboral.	»	52
La importancia de redescubrirnos. Nuestro territorio como cuerpo colectivo.	»	56
Pensando nuestro encuentro. Silencios, palabras y miradas.	»	58
La política de las mujeres de sectores populares. Reorganizando el feminismo en el Ecuador.	»	62
Ciudadanía y antisociales. ¿Para quién es la seguridad ciudadana?	»	68

editorial.

Entre la clase y la subjetividad: luchas por la transformación. Así nombramos a este número que empezamos a crear entre la incertidumbre de cómo abordar las diferencias entre nosotras, la angustia de que las dificultades en el diálogo se conviertan en abismos que nos rompan, y el dolor de las desigualdades y desencuentros entre nosotras. Pero también creamos este proceso entre la alegría de escucharnos y el compromiso de re-conocernos, ya no desde el ojo patriarcal y capitalista que nos divide, sino desde la esperanza de desnaturalizar el lugar que nos asignaron a unas y otras para encontrar posibilidades de transformación. Somos desiguales, la clase nos atraviesa, nos da forma, pero no nos determina absolutamente. Sabemos que podemos encontrarnos si moldeamos nuestras subjetividades, pero siempre, siempre en la búsqueda de la transformación, en el deseo y compromiso entre nosotras.

Casi todas las que aquí escribimos, pertenecemos a las clases medias llamadas a participar como élites intelectuales o a servir a las elites empresariales, sin embargo elegimos repensar la desigualdad y buscar la alianza entre diversas. Por eso, este segundo número de *Flor del Guanto* es el resultado de un nuevo esfuerzo colectivo que consistió en pensar la clase social no sólo en un sentido económico o material sino como elemento clave que define nuestras amistades, determina nuestros sentires, amores, moldea nuestros cuerpos, ansias, deseos, impulsa formas de vivir, existir y estar en el mundo. Sabemos que la clase como concepto es imprescindible para reconocer la injusticia social, aunque no alcanza para explicar la complejidad de la vida. Por eso, el feminismo de izquierda que de a poco vamos construyendo pasa por interpelar el poder de pocos, los siempre inestables privilegios de clase media de muchas y muchos, y la precariedad de las mayorías; la guerra de mercado en que nos vemos envueltas todas.

Esta revista es una discusión a ras del suelo sobre cómo nos relacionamos entre diversas y desiguales cada día, a través de la reflexión teórica, el testimonio honesto y la exposición consciente de nosotras mismas. Así, la palabra se convierte

en fuente de nuestras propias posibilidades de acción política transformadora; en memoria obstinada de la lucha de izquierda radical latinoamericana que nos habita; en radiografía laboriosa de las huellas de las luchas de clase; en empeño de reorganización de la política en lo cotidiano.

Todas experimentamos *la clase social en la piel*, ese es nuestro punto de partida en este número de *Flor del Guanto*. Desde ahí pronunciamos el mundo, buscamos diálogos y ensayamos organización. Esta revista avanza a varias voces con palabras e imágenes de nosotras, mujeres sexualmente diversas y otras que llegaron a serlo, y las experiencias concretas que habitamos y discutimos; situaciones que representan relaciones de clase que buscamos transformar; cuerpos colectivos en donde la sexualidad y la clase que nos constituyen, se articulan y se tensionan recíprocamente. Ese es *mi despertar lesbiano*, co-sidas como andamos *de fracturas, cicatrices, texturas y vínculos*, y la pregunta por *¿cuál es el lugar de las lesbianas feministas? Un problema irresuelto*. Esas son también las *historias de la calle trans*. Y la pregunta de si *¿existe el eros femenino?* en este mundo de accesos desiguales a los recursos materiales y de expresión, donde lo personal y lo político, el eros y la cultura aparecen distantes; donde nos es urgente una alternativa feminista que los reconcilie, nos reconcilie. También es la acción colectiva como *apostasía de la fe católica* y como discusión activista y teórica sobre las experiencias de *clase, aborto y maternidad, (des)encuentros entre mujeres distintas* en este Tercer Mundo andino. Porque nuestra palabra es praxis: vínculo entrañable entre experiencia vivida y reflexión; acción transformadora y discusión teórica para la vida.

Esta es una revista que aborda el trabajo no reconocido de las mujeres: el afectivo, intelectual, informal, inseguro, precarizado. Por eso, este número, en alianza con otras, continúa con una discusión necesaria sobre la *producción y reproducción en Marx* y, desde la experiencia vivida en la diferencia, sobre el *empleo para las mujeres* y la explotación diferencial, así como vuelve a la calle para discutir la *economía solidaria. Una alternativa a la informalidad laboral*.

En este número, las reflexiones políticas se apasionan para volver a la práctica, a *la importancia de redescubrirnos*. Nuestro territorio como cuerpo colectivo de acción, re-pensando nuestro encuentro. Silencios, palabras y miradas entre nosotras, en un mundo fracturado donde el reencuentro en la horizontalidad es el reto fundamental de la acción política feminista. Esta opción es la que nos lleva a repensar *la política de las mujeres de sectores populares. Reorganizando el feminismo en el Ecuador*. Nos lleva también a la toma activa de la plaza pública preguntando: *Ciudadanía y antisociales. ¿Para quién es la seguridad ciudadana?*, manifiesto que lanzamos a la calle y que acompañó acciones políticas colectivas en el marco de la reciente Asamblea Nacional Constituyente.

Este segundo número de *Flor del Guanto* se publica en un momento complejo, confuso. El Estado se impone como actor político que propone, desde su recuperación, avanzar hacia la igualdad, hacia la soberanía de nuestros pueblos empobrecidos, enflaquecidos y expulsados a la calle por tanto recorte de la inversión social. Pero esto ocurre mientras la Iglesia endurece los discursos contra nosotras, nuestros cuerpos, deseos y placeres, y mientras nuestros derechos se negocian a puerta cerrada. Y ocurre en el marco de un “socialismo” sin gente, donde la opinión pública y los mecanismos institucionalizados de participación son el único camino que el poder ha resuelto para que el pueblo sea sujeto político y contribuya a la profundización de la democracia.

Nosotras creemos que la posibilidad de transformación de las vidas de otras, ellas, nosotras, de aquellas y aquellos empobrecidos, miserabilizados y callejados por los interminables años neoliberales y el Estado oligárquico, sólo es real y sólida cuando se asienta en las organizaciones populares, cuando el poder es capaz de ser otro. Nosotras preferimos desde la honestidad decir que nos es difícil posicionarnos como izquierda autónoma en el contexto creado en estos extraños veintisiete meses de gobierno de la auto-proclamada “Revolución”, sin duda ciudadana, higiénica, paternalista, porque reconocemos la urgente necesidad de superar la larga noche neoliberal, porque concordamos en la recuperación del Estado para generar mayor justicia social, porque asentimos cuando no se piden avales ni créditos al FMI, se enjuicia a banqueros y se sostiene una posición regional digna que cuestiona la década del ajuste fiscal, desautorizando a todo organismo multilateral, construyendo propuestas más solidarias, menos agresivas, para crear un nuevo orden financiero posneoliberal. Pero no podemos, no debemos llamar a este populismo “socialismo”, ni considerarlo continuación honesta de la radicalidad esperanzada de los años sesenta y setenta latinoamericanos. Mucho menos creemos que este populismo auto-proclamado “socialismo” contenga el germen de la justicia para nosotras, tanta fe católica acrítica, tanto caudillismo, tanto paternalismo y lobby político... no podría.

Pasadas las elecciones, los conteos y promesas, cautas,

nosotras nos distanciamos de este cambio mediático, de esta revolución que trabaja en la conversión de las organizaciones sociales en masa... ¿Cómo hacer de este “socialismo”, que se erige sobre la memoria y la esperanza colectiva, algo histórico que le dé un vuelco a nuestras vidas?, si el poder centralizado no sólo desconoce la capacidad de las organizaciones para construir nociones, relaciones, dinámicas que nos permitan caminar hacia la utopía de un mundo poscapitalista, sino que además olvida la inteligencia de las mujeres empobrecidas para existir en esos años indignos, su cuidado generoso del agua que bebemos, la comida que comemos. *Un cronopio mira hacia el espejo y como está volteado no se ve y ve un armario, y encuentra en la guía telefónica azúcar y en la azucarera letras...* pero, ¿cómo confundirse entre un campesino y un empresario, entre una empleada doméstica y la esposa blanca de un agroexportador, entre sectores medios de izquierda, críticos y comprometidos, y la derecha con sus discursos manipuladores?, ¿son acaso tan parecidos sus sentires, sus esperanzas? ¿Olvida el caudillo que lo construido es producto de múltiples luchas históricas? ¿Es que acaso las organizaciones son un obstáculo para su poder? ¿Es que sólo pueden existir cuando están en la esfera estatal, cuando el Estado las define y legitima?

Nosotras decimos ¡recuperemos ese Estado que nunca fue nuestro, démosle la vuelta, usemos los recursos que nos pertenecen!, pero ¡apostémosle a la autonomía, a la autogestión!, a las prácticas de construcción colectiva de sentidos y relaciones, reflexión, diálogo, desencuentro, cercanía, encuentro, creatividad, transformación, inteligencia, acción, organización. Nosotras volvemos a preguntar, a preguntarnos, ¿no será que esa transformación, esa utopía por la que peleamos a diario pasa por hacer de las luchas obstinadas desde abajo una memoria colectiva, un volver a pasar por el corazón, sin convertir la historia en espejos y espejismos? Nuestra lucha es de todas o no será posible, nuestro sentido político es en ese diálogo con el presente histórico y la memoria política de América Latina, es pintar una utopía intergaláctica con rostros del color de la tierra, ojitos de maíz, palomas, dignidad, sociedad posclasista de libertad, tierra y justicia.

Sabemos que no transformaremos nuestras vidas si no cambiamos nuestra cotidianidad, esa que está compuesta por relaciones de explotación, racismo, violencia sexista; esa vida nuestra en la que somos desiguales. Pero la auto-transformación colectiva, feminista, afectiva y política no ocurre así nomás, es necesario enfrentar los abismos profundos, las distancias históricas que nos obstaculizan, nos alejan. La amistad, hermandad, el amor y el compañerismo entre nosotras es un desafío político personal y colectivo. Estamos convencidas que ese feminismo que anhelamos, esa forma de vivir, de construir inteligencia, pensamiento, reflexión, mundo, política, es imposible sin esta alianza entre diversas, distintas y desiguales.

CLASIFICADAS

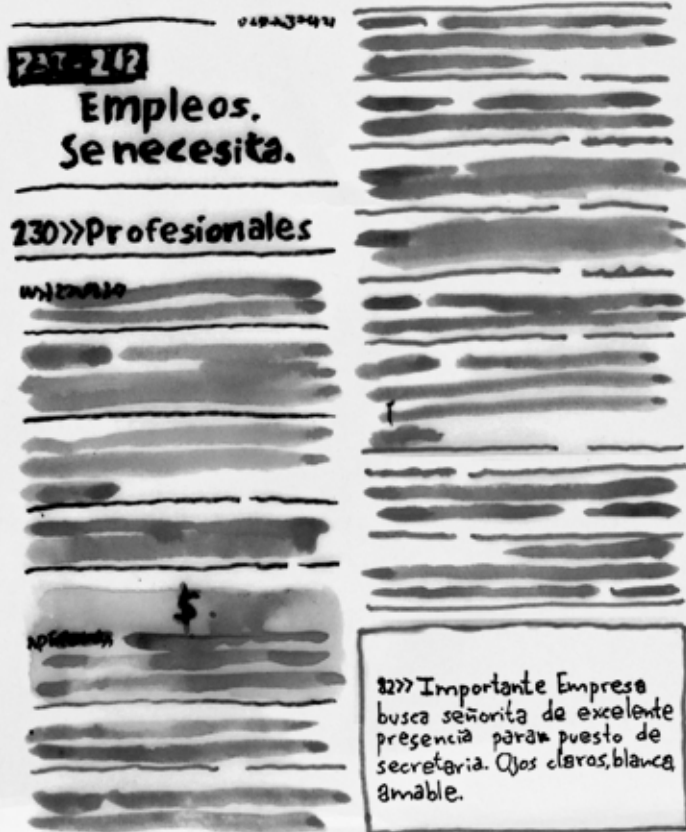
» La clase social en la piel.

CUANDO LA RAZA Y LA CLASE NOS SEPARAN...
nadia ribadeneira gonzález {mujeres de frente}

Venimos de lugares distintos; siempre lo supe, pero hasta ahora lo comprendo.

Un lunes cualquiera, de cualquier mes, al cabo que la fecha no importa, nos fuimos Eliza, Analía, Nadia y Cecilia a buscar trabajo para ver qué pasaba; con un cierto tono de broma-experimento, porque de antemano intuíamos el resultado. Buscamos en el periódico, llamamos y nos decidimos a ir a dos agencias de empleo. Para que la cosa sea creíble, cada una entró por separado, llevando secretamente en nuestros bolsos y mochilas una pequeña grabadora de voz, casi sin saber por qué; o en realidad porque nos parecía divertido ensayar esto del espionaje y la investigación, tal como lo habíamos visto muchas veces en las películas... sólo que esta vez no era una película sino nuestras vidas mismas las que íbamos a investigar.

Al salir no nos sorprendimos de los resultados, es más, cuando cada una contó su experiencia, casi al unísono dijimos: ¡ya lo sabíamos! Y ahora me pregunto, ¿cómo es que ya lo sabíamos?, ¿cómo es que todos, todas lo saben y a nadie le importa? En las agencias nos enfrentamos a dos realidades: cuando yo entré ni siquiera me preguntaron para qué puesto buscaba el trabajo, pues asumieron que era para el de secretaria-recepcionista. Tal vez porque me vieron de piel blanca, ojos claros y cabello castaño claro. En medio de la excesiva cordialidad de la señorita



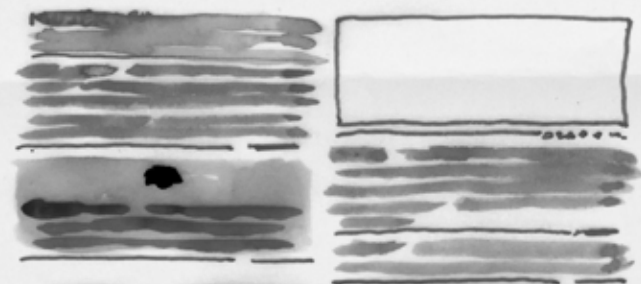
que atendía, sonreí, dije que volvería más tarde con mi currículum y me fui, teniendo la seguridad de que si hubiera sido real, el empleo habría sido mío. Cuando entró Cecilia supusieron sin preguntar que el trabajo que buscaba era para doméstica. Tal vez porque la vieron de piel negra, cabello negro azabache y ojos negros, negrísimo. Así que, ya sin tanta cordialidad, lzsma señorita se limitó a enumerarle los requisitos: que sepa cocinar, limpiar, cuidar a los niños, hacer todas las tareas del hogar. Lo mismo sucedió con Analía y Eliza.

Después de nuestro segundo intento de buscar trabajo obteniendo el mismo resultado, sentimos la necesidad de conversar de este maldito racismo que hace que a la una le ofrezcan el trabajo de secretaria-recepcionista, mientras a las otras el de empleadas domésticas, así que nos fuimos a un café. Entre sorbo y sorbo, Cecilia contó cómo su patrona le obligaba a comer en platos de plástico, para no mezclarse con los de la familia. Analía y Eliza recordaron que una vez, cuando fueron a buscar trabajo de lavanderas en un hotel, al verlas negras el dueño les dijo que el puesto ya estaba ocupado; para comprobar, ellas llamaron a verificar y el mismo dueño que minutos antes les había

dicho del puesto ocupado, ahora les decía que estaba disponible, que todavía no lo había ocupado nadie. Y yo, escuchando atenta, absorta, sin saber qué decir, pensando en silencio, casi avergonzada cómo es que a mí me ha tocado estar del otro lado, del de la patrona, del empleador del hotel. Entendiendo esto de las clases que hace que en este mundo perverso Eliza, Cecilia y Alalía no puedan ser mis amigas, sino mis empleadas.

Finalmente, con las lágrimas contenidas de recuerdos, de la comprobación de que este mundo es malvado y profundamente injusto, nos despedimos porque ya era tarde y las obligaciones no esperaban. Cada una siguió su camino, pero nos pusimos la tarea de escribir lo que nos dejó la conversación en aquel café. Y así lo hicimos.

Y ahora, con sentimientos mezclados, confusos, pienso en esto de las clases; que hace que las unas no podamos encontrarnos con las otras sino para reproducir los roles preestablecidos. Pero también me doy cuenta de que no es cierto que yo esté del lado de la patrona, del empleador o del empresario, porque si bien me reconozco en la clase media, sabiendo que tengo y tendré muchas más oportunidades que Cecilia, Eliza y Analía, yo, igual que mis otras compañeras-hermanas de lucha, he optado, como política de vida, por mirar y situarme en el mundo de otra forma, intentando siempre, a veces con más o menos éxito, no reproducir el papel que nos han asignado. Hemos apostado por pensarnos y construirnos a partir de un feminismo distinto que posibilite las alianzas con otras, diversas, desiguales. Por eso, ahora lo entiendo bien, cuando estuvimos las cuatro sentadas en aquel café, no me vi tan ajena a ellas; sentí que fue posible romper nuestras barreras para vernos como compañeras;



por un momento sentí que esta infinita distancia del “ellas” y “yo” no existía, porque mientras estábamos ahí, hablando con rabia e indignación de este mundo injusto, entre risas, llantos y café, pudimos, por unos momentos, formar un “nosotras”.

SINTIENDO EL RACISMO EN MÍ
cecilia villalba

Yo trabajaba en una casa. Me puse a trabajar puertas adentro y me hicieron dormir en la bodega que tenía todo aparato viejo ahí. Y lo peor era que para comer me daban platos aparte. A veces no llegaban a tiempo y yo no podía coger nada para comer si ellos no estaban. Yo no podía coger nada porque estaba todo contado. Tampoco podía ver la tele porque me decían que las empleadas sólo tenían que trabajar y que tenía que levantarme a las 5 de la mañana para lavar la ropa. Me dormía todos los días a las 11 de la noche.

Cuando iba a salir me revisaban todita la ropa. Lo peor, nunca me llamaban por el nombre sino negra por aquí, negra por allá.

Me mandaban a mi cuarto hasta que ellos terminaran de comer, porque el hijo de la patrona no podía comer cuando yo estaba presente, yo le daba asco por ser negra. Yo salía a comer cuando ya todos acababan, y después tenía que seguir arreglando.

Cuando nos llevaban a la tienda, como había otra empleada que era blanca, nos trataban diferente a las dos.

Si no hubiera tenido la necesidad de ayudarle a mi madre por la pobreza que vivíamos yo no me habría aguantado todas estas humillaciones, porque se vive muchas humillaciones.

Una vez en el bus tuvimos una pelea, llamaron a los chapas y nos acusaron de asalto a nosotros, todo por ser negras. Igual para arrendar, ven a negros y no nos arriendan, nos preguntan cuántos somos y dicen que los negros siempre tenemos muchos hijos. No nos arriendan, pero cuando son blancos les arriendan, no importa los hijos que tengan.

Mi hermana empezó a robar porque nadie le regalaba ni un pan. Mi mamá trabajaba y no sabía que nosotros nos moríamos de hambre, que queríamos cualquier yogurt o kachitos. Ella pensaba que con lo que nos dejaba ya nos llenábamos pero no era así. La persona que está en la cocina o en la casa sabe la necesidad que se tiene cuando una es pobre. Entonces fue cuando mi hermana comenzó a robar. Nadie sabe la necesidad que se tiene cuando se es pobre.

Hay muchas madres que son madres solteras y les pagan poco en sus trabajos, no les alcanza por la cantidad de hijos que tienen, por eso no pueden estudiar y no les alcanza para nada.

>> Servicios

FAMILIA VALLESINA.
Requiere niñera, que cocine y limpie. Sin salidas entre semana ni televisión. 099 4721 36

En

020>> Personal de hostelería

>> Norte

PAREJA. Busca doméstica
Excelente presencia;
dentadura completa.
02-3348841 099562134

CASA

(02) 6853737

ClasifiCaló
(08) 2 691 976

LAS CUATRO CLASES SOCIALES QUE VEO
analía silva {mujeres de frente}

Hoy que nos encontramos en el siglo XXI siempre hemos escuchado hablar de los problemas que azotan a la humanidad, pero dentro de estos problemas jamás hablamos de la indigencia que existe en este país.

No dejamos de hablar de las clases sociales, porque hoy en día estamos regidos por el poder del dinero. Siempre vemos que los ricos ocupan los mejores puestos, pero no nos hemos puesto a pensar que todo lo que tienen es gracias al esfuerzo de nosotros, los pobres.

Yo, Analía Silva, hablo sobre este tema porque he vivido en estos dos mundos como empleada doméstica, y me he dado cuenta de las cosas. Es por eso que he pedido que todos levantemos la voz y nos preocupemos más por lo que en realidad somos, ya que para mí todos somos absolutamente iguales porque somos seres humanos. Pero la igualdad no existe porque unos tienen más y otros tenemos menos o absolutamente nada.

Si nos ponemos a analizar las cosas, los pobres somos mucho más solidarios que los ricos y que los de clase media, porque la gente de clase media está ocupada escalando para llegar al nivel de los ricos y no piensa en el resto. Yo que soy pobre trato de entender las necesidades de los que están peor que yo, en este caso de los indigentes.

Por eso digo que existen cuatro clases sociales y no tres como se cree, y ahora voy a hablar de estas cuatro clases que veo todos los días.

1 CLASE ALTA

Son las personas llamadas de “alta sociedad”: ricos, pelucones, encopetados, etc. Esta clase de personas vive con grandes

comodidades económicas, en lugares residenciales exclusivamente para ellos; estudian en las mejores entidades educativas tanto a nivel nacional como internacional, llegando así a ser los más grandes y renombrados políticos, los dueños de las más importantes empresas y ocupando los mejores cargos públicos, siempre tratando de obtener todo el poder. Estas personas se esfuerzan por ser cada vez más ricas y son incapaces de mirar a su alrededor. Para ellos no existen los indigentes, porque para ellos son sólo la escoria de la sociedad, porque ya no son útiles para seguirse enriqueciendo. Los miran en las calles, bajo los puentes, en los basureros y los ven como cualquier animal callejero.

BUENA FAMILIA.
Necesita doméstica
Sin iniciativa
Silenciosa.

2 CLASE MEDIA

Son las personas que con esfuerzo han logrado una posición económica aceptable y han logrado ocupar buenos cargos públicos, tener una vivienda en un buen sitio, codeándose con el rico y el pobre de manera permanente. Para ellos los indigentes son personas que los asustan por su apariencia o actitudes, y, al igual que los ricos, los miran como la escoria de la sociedad ya que en algunos casos los llamados de clase media viven de apariencias.

052>> Mujeres

053>> Varios

3 LA CLASE POBRE O BAJA

Son las personas que sobreviven del diario: del salario mínimo, de un comercio informal, de un pequeño comedor con techo ambulante o un pequeño local. La empleada doméstica, la enfermera, el mesero, el carpintero, el revendedor y un sinnúmero de otros trabajos en los que el rico se aprovecha de las necesidades para enriquecerse más.

Las personas de clase pobre o baja, un gran porcentaje, son más solidarias con el indigente ya que de los pobres sale la indigencia. Puede ser por violencia familiar, abandono, drogadicción, alcoholismo, migración del campo a la ciudad y varias razones más que llevan a los pobres a convertirse en indigentes.

200>> Venta
BAJE 30 LIBRAS!!

4 CLASE INDIGENTE

Son las personas que por diferentes motivos viven en las calles. Duermen en las aceras, bajo los puentes o en terrenos desolados, zonas verdes o basureros. Se visten con lo que encuentran botado, se arropan con periódicos, se calzan con fundas plásticas, se alimentan con lo que encuentran en la basura. Para ellos, el orgullo y la vergüenza no existen puesto que viven al aire libre, de forma indigna y humillados por la sociedad, que aunque los mira todos los días en los lugares ya mencionados, nadie se solidariza para hacer algo por ellos.

Esta clase de personas son el resultado de una sociedad que los echa a la basura. Resultado del fracaso laboral, violencia familiar, inmigración, vejez, abandono y un sinnúmero de consecuencias más.

210-212
Negocios

35>> Doméstica

MUJER SOLTERA

COMPRO-VENDO

Nota: Para mí, todas las personas sin distinción de ninguna clase social o económica, raza, creencia, etc., deberíamos tener las mismas oportunidades, ser solidarios entre nosotros y ayudarnos para llegar a construir un país diferente, digno, justo.

ESTE TEXTO ES PRODUCTO DEL TRABAJO Y LA REFLEXIÓN COLECTIVA DE ANALÍA, CECILIA, ELIZA Y NADIA, COMPAÑERAS DE LA ESCUELA DE EDUCACIÓN POPULAR FEMINISTA QUE MUJERES DE FRENTE SOSTIENE EN LA CASA FEMINISTA DE ROSA.



Fotografías: Fernanda Andrade

¿CUÁNDO LAS LESBIANAS VAMOS A DISCUTIR ...

mi despertar lesbiano

teresa delgado {mujeres de frente}

Para mí, escribir esta parte de mi vida es muy importante, porque al igual que yo existen muchas personas que viven y caminan dormidas. Digo dormidas porque actuamos inconciente o concientemente pensando que está bien, que da igual, porque es una costumbre, porque todo el mundo lo hace, lo ves en casa y fuera también, y tú dices “todos no pueden estar equivocados, esa es la forma correcta, a las personas tienes que lastimarlas, maltratarlas para que entiendan o pegarles, porque alguien vendrá y te lastimará”. Y vivía a la expectativa de que alguien venga y me lastime y automáticamente entras al círculo.

La verdad, yo no le tenía miedo a nada. Cuando creces en un mundo de maleantes casi nada de atemoriza, pero yo en particular le tenía terror a dos cosas: a la muerte y a que alguien lastimara mi corazón.

Miedo a la muerte porque es duro imaginarse en medio de dos grupos armados, que constantemente están disparando y yo atrapada en medio, pensar que cuando duermo una bala

perdida puede acabar conmigo. El poder ver en la noche el cruce de balas; por cierto, las balas en la noche son como un cocuyo, van, así, prendidas, por eso cuando me entraron las municiones en mis piernas sentí como cuando te cae una gota de aceite caliente. Y cuando se prenden a bala esos manes, la primera sensación de terror es como “de hoy no paso” o “de esta noche no amanezco”. Vivíamos tranquilas mi familia y yo. Cuando el gobierno creó el grupo llamado Paramilitares, dizque para combatir la guerrilla, desde ese momento empezó mi pesadilla. Saber que si no moríamos en los enfrentamientos que ellos tenían casi a diario, moriría torturada por los paracos, porque pensaban que o éramos guerrilleros o que ayudábamos a los guerros. Es muy doloroso vivir así, por eso le tenía miedo a la muerte. Sentir cómo los casquillos caían sobre el techo de mi casa, que era de planchas de aluminio, que bien las traspasaba como mantequilla. Vecinos morían así, durmiendo en su cama, porque las paredes eran de madera, fáciles de atravesar, ya que siempre utilizaban armas de alto calibre como MK, fusiles y muchas otras armas o granadas, dinamita. Nos acostábamos y mamá nos pedía que rezáramos a Dios por si de pronto no amanecíamos Dios pudiera recibarnos en el cielo, y ese era mi sufrimiento, saber que de pronto no amanecía y “¿qué pasará con mi familia?, ¿la muerte dolerá mucho?”, esa sensación de terror, pensar que dejarás de respirar y pensar en el “¿si muero, iré derecho a la paila del infierno, ardiendo todos los días?”, de sólo pensarlo me dolía, sentía el ardor en mi piel, como cuando me quedaba mucho tiempo bajo el sol fuerte.

Yo tenía 9 años cuando experimenté el amor y no precisamente el de mi madre, porque nunca lo conocí, era el amor de otra mujer. Soy la sexta de 8 hermanos. Tuve una vida muy dura, no recuerdo en mi niñez un cumpleaños o una celebración por algo bueno que hiciera o por lo menos un beso al mes o “hija te amo”, jamás. Y yo pienso que lo que uno le da a los hijos eso mismo ellos darán. Desgraciadamente, nunca pude acostarme segura bajo el regazo de mi madre, parecía que fuéramos dos enemigas, no una madre que te hablara de la sexualidad, la regla o una prevención de enfermedades o embarazos no deseados. Bueno, el hecho es que tú tienes que arreglártelas sola, porque tu madre lo único que quiere es que algún hombre se haga cargo de ti y ella, para que las mantenga a las dos, con eso ella no trabajaba y se dedicaba a cuidar a los nietos y vivir jodiendo, ni siendo feliz ella ni dejando que otros lo sean, ya que ella no había podido serlo.

Lo que mi madre nos decía: “cuando yo era joven me gustaban los bailes, tenía 2, 3 novios al mismo tiempo...”. Venía de una familia separada, prácticamente sola y criada por una madrina, sin cariño. De pronto salió embarazada y empezaron sus sufrimientos y empezó a andar de relación en relación y de pronto salió embarazada de nuevo y su vida cada día era más difícil y se fue llenando de desesperación, sin el apoyo de nadie. Su madrina lo único que le importaba eran sus propios hijos y ni con

ellos podía, peor lo haría con ella; entonces, con un hijo y otro en camino que vea cómo se las arregla.

Tenía una como de 2 años y estaba embarazada. Como era joven y bonita, venían los hombres a conquistarla, pero a ella le daba miedo. Para espantarlos, en complicidad con su amiga hacían una lista de todo lo que necesitaba y hasta de lo que no. El nivel social era pobre y mediocre, las personas eran incapaces de preocuparse del dolor ajeno, ya que les tocaba sobrevivir como pudieran y una alternativa para ellas era la prostitución acompañada de robar por aquí y por allá, aparentando que no hacían nada, tratado de extorsionarlos. Si puedes quitar a otros para tratar de estar mejor está bien, en ese medio todos lo hacían. Entonces, esos pretendientes como no tenían el dinero para comprar todo lo que ellas habían anotado en esa larga lista, se la guardaban en el bolsillo y nunca los volvía a ver y así se la pasó jugando un poco, hasta que apareció uno que le trajo eso y mucho más y obligatoriamente le tocó casarse con ese señor que no conocía, que ni siquiera le gustaba y menos amarlo, y comenzó a procrear hijos obligatoriamente para que dizque los hogares fueran más sólidos, porque los hijos obligaban a la mujer a permanecer bajo el yugo de los hombres. En ese medio, como tenían tantos hijos, les era imposible a las mujeres solas sobrevivir con 8, 9, 10, 12 hijos y las que tomaban su riesgo de pase lo que pase y se separaban, tenían que dedicarse a la prostitución o a robar. Eran las mismas madres quienes prostituían a sus hijas desde que eran unas niñas. Ahí venía un viejo morbosos que tenía dinero y bienvenido sea, sin importar que esa niña tuviera 9, 10 años, entre más temprano pudieran librarlos de la responsabilidad era mejor, entonces las niñas tenían que convertirse en esposas y madres. Entre más niñas fueran era mejor, porque así ellos podían convertirlas en sus esclavas doméstica y sexual.

Si él no tenía trabajo, ellas tenían que trabajar en las calles. Ellos dominaban porque las consideraban de su propiedad, porque las mantenían y también a los hijos que tuvieran de otros compromisos fracasados. Entonces, obligatoriamente lo tenían que hacer, porque los primeros hijos suelen ser de otros. A los hombres de esos momentos, igual les interesaba unirse a las mujeres que tuvieran hijos, era una inversión a largo plazo.

Te obligaban a crecer a palos para que pagaras lo que gastaron en ti cuando eras bebé. Ellos eran los primeros en abusar de las niñas, las violaban y las madres lo permitían porque estaban sometidas, no podían hacer nada de miedo que les pegaran, y ellos argumentando que las niñas mentían y encima convencían a la madre que ellos las aman como si fueran sus propias hijas, que como no los quieren inventan cosas para no dejar ser feliz a su mamá. Toca castigarlas por mentirosas. Si te dan palo por decir la verdad, entonces tienes que mentir para evitar que te castiguen y eso se te hace costumbre, porque sabes que cada día tienes que inventarte una mentira diferente para librarte del maltrato. Entrenaban a las niñas para que el único modo de

conseguir las cosas fuera a cambio de su cuerpo, era ese el comercio más productivo. Y desde chicos los hombres ladrones o trabajar como animales de carga, porque todo era manual y como eran ignorantes, el estudio no era importante, el trabajo era el que te servía en ese tiempo. Como no tenían ningún tipo de estudio, obligatoriamente tenían que convertirse en esclavos de los que tenían dinero. Eres maltratado porque eres pobre, analfabeto o por si eres negro, indio, feo. A mí me tocó vivirlo, sentirlo, verlo todos los días, como todos aplastaban a todos para su propio beneficio.

Ustedes no se imaginan lo que es esperar cuál será la siguiente orden, porque tu opinión por el hecho de ser mujer no vale. Las personas que no han pasado por este tipo de esclavitud no saben, porque somos incapaces de mirar a nuestro alrededor lo que está sucediendo día a día y simplemente no hacemos nada. Les importa un pepino, pero cuando tienen su propio dolor cambian de idea.

Aunque a mí también me tocó vivir una esclavitud durante 7 años, gracias a Dios me pude librar y pude elegir por mí misma lo que quería. Como me gustaron siempre las mujeres, inconcientemente y segada por el rencor de aquella vida de mierda, empezó mi guerra contra de ellos y contra todos, casi sin excepción. Era solo mi guerra, ya que ellos ni siquiera sabían lo que a mí me pasaba. Todos eran iguales y eso es una tradición que hasta ahora es permitida.

¿Ustedes creen que yo podía confiar en un hombre o querer algún tipo de relación? Si no termina de hacerte cualquier favor o darte cualquier cosa y ya está pidiendo que te acuestes, cobrándote el favor, porque lo único que gira alrededor de ellos es el sexo. Piensan que entre más mujeres tienen más machos son. Y me dije “mi vida jamás terminará de ese modo”, cerré mis ojos y tomé la decisión de dejarlo todo atrás y buscar una manera diferente de vivir, que si vas por ese camino te lleva hacia un barranco y caes.

En todas esas cosas yo pensé, o sea, estos gusanos no son los únicos que pueden gobernar, mandar, creer que siempre tienen la razón. O sea, se tomaron muy en serio lo de la costilla. Lo primero que hice fue estudiar sus malas vidas, cómo se portan ellos y a las mujeres les gusta, se someten fácilmente porque ellas vienen desde la esclavitud y es normal. Y pensé, “si estos miserables, siendo una mierda, pueden conseguir lo que quieren, me refiero a cómo convertir a las mujeres en sus esclavas sexuales, pegándoles, maltratándolas, ellos podían tener las mujeres que les diera la gana y ellas se acostumbraban, ¿por qué yo no?”. En ocasiones se llevaban bien y no es cuento, yo tengo un tío, medio hermano de mi mamá, él tenía 2 mujeres en la misma casa, en habitaciones separadas, en las que procreó hijos, cuando la una estaba pariendo la otra la cuidaba, tan natural como si fueran hermanas. Él desde temprano elegía con quién dormiría esa noche, entraba a la habitación y no salía, y en ocasiones la que estaba en la habitación le llevaba la cena a la cama.



...EL MUNDO?

Para mí, conquistar mujeres que tenían su marido era un verdadero reto. Yo sentía que no necesitaba un pene para poder hacer feliz a una mujer. Entonces comencé a aprender mañas, trucos que fueran creíbles, para poder someterlas y descubrí que el verdadero truco era un buen sexo, podía transformarlas en personas irreconocibles y eso aumentaba mi ego. El eje de una relación es el sexo, indiscutiblemente. Sabía que a través del sexo, pero no sabía echarlo a funcionar. Si quiero ser mejor que ellos tengo que usar otras estrategias y aprendí a ser una buena amante. Por lo regular, las relaciones donde las mujeres no son satisfechas sexualmente, no duran y si duran no hay felicidad y eso significaba que yo tenía que demostrarles que la felicidad sí existía.

Como detestaba a los hombres opté por conquistar a sus mujeres y empecé a tomar una actitud pesada e insoportable, nadie me soportaba, porque yo misma actuaba antipáticamente con todos, excepto con mis novias, porque en todo lo insoportable que era tenía suerte y ¡qué suerte tenía con las mujeres!, y ahora ya no. Para mí no era nada difícil decirle “a mí me gustaría acostarme contigo” y de tales, ahora no tengo ese empuje. Así pensaba, podía tener hasta 5 relaciones al mismo tiempo, yo era la mujer más feliz del mundo. Y como creía y sentía que

tenía el poder, abusaba de eso. Porque me convertí en una buena amante y siempre decía “si a ellas lo único que les importa es un buen sexo, ya que sus maridos o parejas anteriores no las satisfacían como querían”, y empecé a prepararme, aprendí a besar, acariciar con pasión, tiernamente, suave, muy dulce, no tenía hora ni fecha, siempre estaba dispuesta para complacerlas en todo lo que al sexo se refiere, porque sentimientos, como decir sentimientos, “te amo” o algo así, no existían. Ellas sí tenían cualidades que me gustaban más allá del sexo, pero nunca me enamoraba y sí se puede mantener una relación sin estar enamorada. Yo podía ser la persona más dulce, tierna, cariñosa con ellas, pero no las amaba. Y las relaciones más duraderas eran cuando no me reclamaban nada. Detestaba las escenas de celos, porque no me gustaba que me hicieran ningún tipo de escena ni reclamos y lo más sano para mí era cortar la relación.

Acostarse con una mujer es mucho más placentero que con un hombre... entrar en sus puntos más sensibles, saber qué está pensando, que si a tu lado solo tiene comprensión, respeto, confianza, estar segura de qué es compartirlo todo y lo más importante que son iguales, mujeres capaces de entenderte, que las dos están sedientas de amor, de ternura, suavidad, para enseñarte lo que no sabes, ya que la vida es un constante aprendizaje. Todas sabemos que a la mujer le encanta saber que es importante, que es el complemento en la vida de la persona que está en ese momento, ¿quién renunciaría a ser consentida, comprendida y complacida sexualmente?, nadie. Cuando estaba segura que sabía que las relaciones lésbicas son inexplicablemente maravillosas, me cansaba, quería ya estar con otra diferente y aprendí a entrar de una y apoderarme de sus sentimientos y estar segura de que si estuviera conmigo una vez lo estaría siempre que yo quisiera y me podía dar el gusto de decirles que “ya no quiero nada contigo, tú eres muy celosa, pasas sólo reclamando que si te soy fiel o no y siempre reclamos”, pero era mi misma actitud la que las alteraba y esa era la causa para terminar la relación, y tenía el descaro de decirles “si me voy a ganar un problema por algo que no hago, entonces lo hago, entonces tienes razón de reclamarme”. No me importaba cuánto las lastimara ya que no confiaba en ninguna, porque siempre pensaba que sólo era el interés de un buen orgasmo lo que las movía a decirme que me amaban, pero no eran sentimientos de “yo deseo lo mejor para ti”. A mí solo me importaba lo que pase conmigo misma, que sólo mi opinión cuenta y que siempre tengo la razón y como no tengo una manera inteligente para resolver las cosas las resolvía con violencia, maltratos, que así era.

Yo sé que no soy la única que he sufrido y hecho sufrir, pero sí una de las que lo he superado. Hay muchas que nunca se recuperan de una pérdida o cualquier cosa que te genere dolor, no físico, ese tipo de dolor es momentáneo, pasa rápido, el que no pasa es el sentimental, el del alma, el que te agobia, el que te



¿CUÁNDO LAS RELACIONES ...

deja sin ganas de continuar, el que te deja como autómatas. De este tipo de dolor muchas no sabemos cómo superarlo. Tal vez existan muchas maneras de hacerlo, pero la que a mí me funcionó fueron 7 largos años para pensar y reflexionar que estaba equivocada. Con esto no quiero decir que es el tiempo que dura aprender, a mí en lo particular sí, pero eso no quiere decir que tú te tardarás el mismo tiempo. Porque en ese tiempo aprendí muchas cosas muy importantes, empezando por las amistades, no lo que llamamos relación, que califico como una manera de someter a otra persona. Una amistad de mujeres, digo amistad porque la persona que está contigo es tu amiga, tu cómplice, es la persona con quien lo compartes todo con libertad de poder decirle lo que quieres y lo que no, tener más confianza de diálogo y teniendo muy en cuenta que no debes hacer lo que no te gustaría que te hagan a ti.

ESTE ES UN AVANCE DE LO QUE PRÓXIMAMENTE LES EXPLICARÉ CON MÁS DETALLE EN MI LIBRO, Y PARA TERMINARLO ME GUSTARÍA CONTAR CON LA COLABORACIÓN DE TODAS USTEDES, QUIERO DESCUBRIR JUNTO A USTEDES CÓMO TERMINA ESTA HISTORIA.



... SEXISTAS,
RACISTAS...

de fracturas, cicatrices, texturas y vínculos

andrea aguirre salas {mujeres de frente}

Te miro de nuevo encendida. Cruzada de cicatrices tu luminosa piel morena, gruesa sensibilidad que se derrama en mis ojos que te recorren, mientras miro el mundo en el mismo gesto. Así de golpe no sabría preguntarte qué deseas, mujer lanzada a la calle demasiado niña, buscando la vida vulnerada de tu sexo, atravesado dolor, incontables veces, extrañada de ti misma, cansada de guerra. Desorientada, del otro lado de la fractura del mundo que nos separa, la piel cremosa que soy, me dejo afectar por vos, por cada una de tus palabras resignadas actitudes toscas risotadas fugaces encuentros de nuestras miradas, tu vestido raído, tu historia trazada en el mapa de tu cuerpo, nuestra historia. Así de golpe no sabría acariciarte con mi deseo de otra suerte para nosotras. Te abrazo suave, lentamente y te me apareces dulcísima. Te escucho atenta, largamente y te me apareces el mundo malvado que nos habita. Embelesada, se hinchan los labios, desorganizada, se expande el asombro, sabedora, se crece la rabia, apasionada, afectada. Tiemblo, siento que acierto ahora que te acojo con el deseo de acompañarnos en la búsqueda de otros caminos para nosotras. Cuando tú, agotada emocionalmente, ya casi no alcanzabas a imaginar a nadie al lado tuyo, sino sólo encima, aplastante sobre ti, rígida, ya sin verbo; cuando yo, agazapada, protegiendo mi pedazo de mundo no alcanzaba las íntimas, antiguas, urgentes claves de nuestro encuentro; en un mundo que nos es hostil. Hostil.

Siendo niña, un curandero sentenció que eras fruto de una gestación malsana, algo así como un varón que debió ser, pero que fue siendo incompleto, por lo que vino al mundo un cuerpo de mujer muy ruda. Tu madre te odiaba. Y en el camino, los varones de muchos modos te atravesaban. Cuerpo fortalecido como el destinado a ellos, te sabías viva; penetrante herida abierta, te enroscaste adolorida: daba gusto ir siendo para que ellas te miraran, caricia, viva; daba rabia no tener fuerza que los espante, adolorida. Me cuentas cómo te calientan las mujeres que bailan al ritmo de sus carnes firmes, ofreciéndose poco a poco en la tarima, y de tu repulsión cuando en el amor te encuentras con una cesárea mal cosida. La raza, cicatriz visible en esta región andina, lanzó a tantas a la calle siendo tan niñas del monte, que lo que dices me llena los ojos de su piel morena cruzada de cicatrices de la vida disputada en las esquinas, su atravesado dolor, una vez y otra, puños tensos cediendo a manos de una vecina mentolada que sabía fregar la piel herida. Ay, el mundo se teje de nosotras del color del pan de yuca y los colores de la tierra, laboriosas pieles inmaculadas, dispuestas, ofertadas, expuestas a la íntima sumisión que nos enciende... y demasiadas cesáreas mal cosidas, íntimas fibras que nos mueven al ritmo de la vergüenza y la ira enmudecida. Vuelvo a sentir el malplacer de la erotización de nuestra sumisión en la memoria de mi cuerpo cremoso, miro la cicatriz en tu frente mulata, clara, profunda, sobreviviente, y decido que ya no quiero el vértigo que excita a los hombres que nos excitan, ni las prácticas que erotizan a quienes nos hieren la que podría ser la alegría de estar vivas. Por eso la mía es una militancia feminista. Mentolada, provoco encuentros entrañables entre mujeres mal cosidas. Deseo que me embelesa con la sola posibilidad de enredarme contigo de otros modos e ir tejiendo otra suerte para nosotras, todas. Mientras a ti, lesbiana, te calientan las mujeres muy, muy blancas y hasta mulatas cremosas de carnes firmes y senos duros,

que se derriten al calor de su exposición al sexo que las atraviesa hasta doblarlas, olvidada de nuestra historia; mientras yo, atravesada, aprendí la sonrisa grata, complaciente, aguanta-dora de alegrías ajenas, nunca para nosotras; el feminismo está allí donde la ética y la política se encuentran... Y allí queremos estar nosotras, feministas, lesbianas políticas, mujeres que amamos a las mujeres, con ganas de revolcar este mundo en el que aprendemos la figura de nuestra exposición, la sumisión, la ira muda y la vergüenza, como modelo de nuestros encuentros.

Te miro de nuevo arrodillada. El cabello que no crece de tan ensortijado, el contorno encorvado de tu espalda, volviendo a sentir cómo el mundo te quedó inmenso. Tu decisión de levantar a como sea una casa de ciudad muy grande, tu alegría trocada en malicia, la ciudadanía, la policía, la memoria del potro de tu tormento, el forcejeo la desnudez atravesado dolor, una y otra vez, la electricidad el agua, los pulgares trozos de la espalda articulaciones desorientación la baba... En el portal de la madrugada, guarecida de hombres uniformados, aterrada, la picardía, el botín, la trampa, carcajada, en mis ojos, en la prensa, la fotografía de tu expresión desorientada. Desertora de nosotras, mujerzuela, te remueves a través de mí removiendo mi propia historia, la inseguridad, Seguridad Ciudadana que nos separa, el pánico, ciudad malvada. Ya perdida la ternura, te me acercas con el mismo miedo sabroso, agotador, intenso, de andar buscándote la vida en aquellas calles populosas, antiquísimas, contemporáneas. Fortalecida de tanta lucha me estrechas y me señalas, me señalas, cansada de tanta miseria, te me enroscas tierna, miedo sabroso temblor, agotador, divertida, risotada. Resorte de mi capacidad de sentir rabia, siento que nunca he aprendido tanto de mí como ahora a través de tu mirada, que nunca has sabido tanto de ti como ahora que me encuentras, desenvuelta, golosa, abierta a tu palabra, que nunca hemos sabido tanto del mundo que nos separa como ahora que

... Y CAPITALISTAS ...



... ENTRE NOSOTRAS?

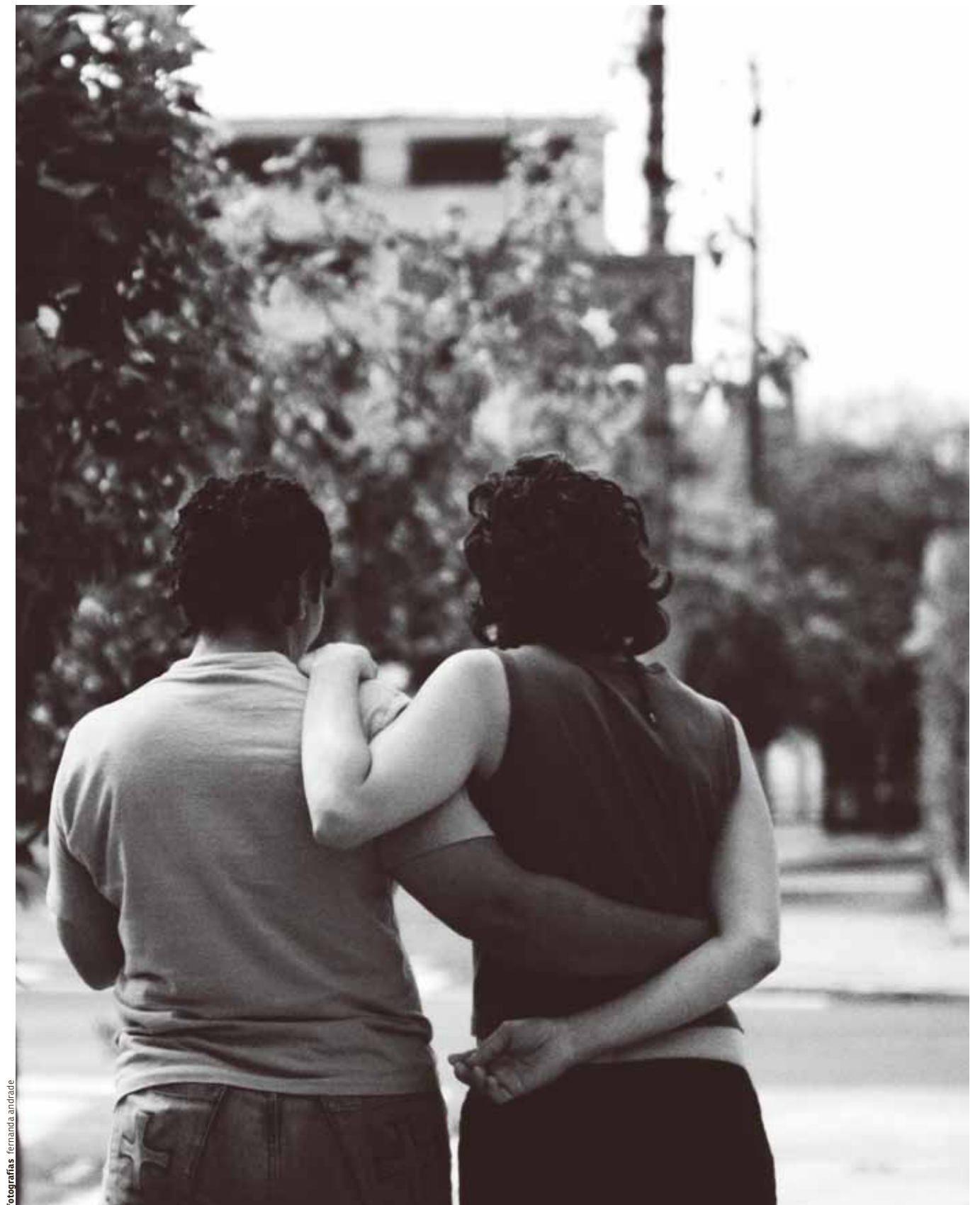
alcanzamos una mirada complementaria. Voy sintiendo cómo se construye el conocimiento en las claves del diálogo lésbico. Y de nuevo me señalas, me muerdes y me desamparas. Y de nuevo deseo abrazar tu cuerpo contrahecho, odiar el festejo de las heridas que te hicieron, hicimos, me hirieron. Por eso la mía es una militancia política, lesbiana, mentolada. Cuando tú, vienes haciendo de nosotras otras a dentelladas, y a la vez las mismas, en este mundo donde el deseo de vivir se consume en el mercado, te consumes desaforada; cuando yo, vengo haciendo de nosotras otras buscando el contacto con la íntima vulnerabilidad que te mueve las ganas de estar en común ya pálidas, y a la vez las mismas, buscando proteger una casa de ciudad estrecha, mercado, consumo, desaforada; en este mundo en el que aprendemos la hostilidad selectiva hacia los desarrapados de la tierra y la revancha como figura de la relación entre nosotras.

Si, como dice mi compañera, el feminismo está allí donde los afectos impactan a la política, allí queremos estar nosotras, feministas, lesbianas políticas, mujeres que amamos a las mujeres, cuerpos afectables que en común vamos construyendo saberes, objetividad radical y quehaceres.

De este lado de la fractura del mundo que nos separa, te intuyo volviendo a sentir cómo el mundo te quedó pequeño. Echas tanta luz que ya no miro sino contornos, un punto marrón inmenso, los poros, los bellos, todo fragmentos de los dedos, carne roja húmeda blanda, amarillo intenso, cuerpo inmenso y milimétrico; la delgadísima línea negra de tus pestañas, las mil rayitas de tus labios y la fuerza carpintera de tu cuerpo lesbiana; desorganización vital entre nosotras que nos ampara, otras,

otros modos de estar en común dejando de reflejar, espejos lisongeros, el ritmo del pene que se levanta. No eres tan suave, mi piel imperfecta, agrietada. Embelesada, se expande el asombro, conocedora, se asoma este tránsito posible para todas. Tiemblo, siento lesbiana los placeres y el reto de la búsqueda, verbo, encuentro de nuevos contactos con el mundo de muchos para nosotras... ¡Y el bar, la escena, el instante gozoso que te estalla, tu ruptura con el mundo, libertad de mercado incontinenencia del impulso, libertad liberal que en el deseo que se consume alcanzas! Desnuda, perpleja, mestiza casi blanca, embistes, no paras, gruesa sensibilidad, descuidada del cuidado de ti, retahíla de imágenes de nosotras, volviendo a hacer el amor por imágenes interpuestas, los celos, la bronca malsana, desaforada, vaciada de compromiso con el mundo, el mercado que no para, no paras.

En este mundo raza, desprecio paternal, desigualdad, miedo sabroso, pánico, sexo, herida atravesada, consumo del instante que nos separa, fractura –cicatrices que atraviesan cuerpos luminosos y afectos malplacenteros que nos demoran, nos agotan y nos desencantan; el feminismo está allí, donde la memoria política y el amor intenso entre mujeres de piel y huesos, fibras sensibles, los cinco mil sentidos muy despiertos, impactan al mundo y lo transforman... Allí queremos estar nosotras, feministas, lesbianas políticas, mujeres que amamos a las mujeres movidas por el deseo de canalizar nuestra pasión erótica hacia el cultivo de la sensibilidad, la textura del mundo, de nosotras, hacia la construcción de entrañables conocimientos colectivos útiles a la búsqueda activa de la alegría para todas, pero todas, todas, todas.



fotografías fernanda andrade

¿CUÁL ES EL LUGAR DE LAS LESBIANAS FEMINISTAS?

UN PROBLEMA NO RESUELTO

beatriz gimeno

Las compañeras de “Flor del Guanto” me piden que escriba un artículo y acepto, pero enseguida me arrepiento. Me arrepiento cuando me siento delante del ordenador y pienso, ¿qué les cuento? Porque me doy cuenta de que no puedo trasladar la experiencia de una lesbiana feminista española a las compañeras ecuatorianas. Me parece estar escribiendo desde otro planeta. A menudo se nos acusa a las feministas del Primer Mundo de escribir desde una determinada concepción del mundo: una concepción blanca, de clase media... Quienes hacen esas críticas tienen razón... a medias. Es cierto que nuestra visión del mundo es desde ahí, pero es que ese es el mundo que conocemos. Son las mujeres no blancas, que no provienen de la clase media, ni de países desarrollados las que tienen que incorporar sus experiencias al acervo común. Por eso ahora me siento impotente. Vivo en una sociedad en la que el problema de la raza no existe (aún). La sociedad española es homogénea porque no hemos recibido migrantes hasta hace muy poco. De hecho, somos una sociedad tradicionalmente de emigrantes. Hasta hace quince años todos éramos iguales y el racismo nos parecía una cosa que afectaba a otros. Desde entonces, es cierto, hemos recibido cientos de miles de inmigrantes, muchos y muchas de Latinoamérica, especialmente de Perú y Ecuador, la mayoría de origen indígena. Pero la sociedad española, rica, desarrollada, orgullosa de sus cambios sociales, no se veía racista. Además, los inmigrantes hablaban español, no había problema. Hasta ahora. Ahora, la crisis nos golpea, el desempleo crece y ya hay voces que comienzan a quejarse de los extranjeros. Pero tendrá que pasar un tiempo hasta que el racismo se deje notar de manera general, hasta que existan estudios, hasta que los propios migrantes se organicen y tomen la palabra. Ese será el momento en que tendremos que enfrentarnos a la realidad. No hay sociedades no racistas. ➔

ilustraciones
adrián balseca

El segundo problema al que me he enfrentado es similar. La sociedad en la que vivo es rica. Aquí no hay una gran masa de gente pobre, de campesinos u obreros. Aquí la inmensa mayoría de la ciudadanía conforma una gran clase media que disfruta de todas las comodidades y derechos: salud, educación, una renta mínima... Por ahora, la pobreza no es un problema social. Este es un Estado de Bienestar que ayuda a las personas que tienen dificultades, lo que hace que las personas extremadamente pobres sean pocas y poco visibles. El Estado aquí no es el enemigo, al contrario. En esta España quien tiene un trabajo pertenece a la clase media, quien lo pierde es ayudado hasta que encuentra otro. Hasta ahora no resultaba fácil desclasarse hacia la pobreza. Ahora las cosas están cambiando, el futuro puede no ser siquiera parecido. Pero habrá que esperar.

Y podría seguir enumerando lo que separa a nuestras sociedades: por ejemplo, la violencia, que aquí es excepcional. No existe violencia homófoba. Existe la homofobia y la lesbofobia, por supuesto, pero no es generalizada y tampoco se manifiesta de manera violenta. No hay crímenes por odio y las discriminaciones que puedan darse en el trabajo o en la vida cotidiana, que no son muy frecuentes, pueden combatirse con la ayuda de la ley y están desacreditadas socialmente. Si alguien sufre discriminación por ser lesbiana puede contar con que tiene a la ley y a la sociedad de su parte.

Con todo esto quiero decir que las discusiones acerca de la raza, la clase, la violencia, están relativamente ausentes de nuestras preocupaciones políticas y que, aunque es posible que esto no sea así en el futuro, por ahora me resulta difícil escribir algo que no parezca eurocéntrico, blanco y de clase media. Mis experiencias no son las vuestras y no puedo suplantarlas, me es difícil ponerme en el lugar de una lesbiana ecuatoriana, es más, no quiero hacerlo, sería falso. Dicho esto, ¿qué puedo decirnos?... que a pesar de todo, las lesbianas, también aquí, sufrimos discriminación, que nos seguimos sintiendo ciudadanas de segunda, que sentimos que estamos en desigualdad, en una situación de desventaja respecto a la ciudadanía heterosexual por una parte, respecto a los gays, respecto a las feministas heterosexuales también... Que a pesar de estar en el mejor de los mundos posibles, sentimos que no tenemos sitio tampoco aquí, que nuestro lugar es un no lugar, que no tenemos compañeros ni compañeras que quieran hacer con nosotras el viaje. A veces me invade la tristeza, en otras ocasiones, la ira.

Los 70 y gran parte de los 80 fueron años de hermandad y solidaridad entre las mujeres: las lesbianas no concebíamos vernos fuera del Movimiento Feminista. Eran los años en los que cualquier mujer podía ser lesbiana y todas éramos hermanas; al fin y al cabo, todas habitábamos en la frontera. El feminismo era la casa común y, además, no teníamos otra. Pero de esa casa se nos expulsó. El feminismo, en Europa, en España de manera muy evidente, “tocó poder” (lo cual, por cierto, no me parece mal: el poder es el objetivo de cualquier movimiento político siempre

que no se traicione a sí mismo), abandonó los márgenes y al hacerlo, descubrió que las lesbianas sobrábamos. El feminismo se instaló en el centro del Estado y esa nueva ubicación tuvo ventajas para las mujeres, pero tuvo también un precio: las lesbianas estábamos de más. Se trataba de demostrar que el viejo insulto que todas las mujeres disidentes han tenido que escuchar desde tiempos inmemoriales, no tenía razón de ser: *ellas* no eran lesbianas. Y comenzaron a marcar distancias. Podíamos continuar en la militancia siempre que no se nos viera demasiado, siempre que no nos hiciéramos notar, siempre que nos sumáramos a sus reivindicaciones (cosa que siempre hemos hecho, pues nos afecta todo lo que afecta a las mujeres, obviamente) y no exigiéramos que ellas se sumaran a las nuestras. Ya no éramos todas feministas, eran ellas y éramos nosotras. La sexualidad desapareció del debate y con ella el heterosexismo: el régimen de la sexualidad obligatoria. El problema es que la heteronormatividad construida como categoría universal, coherente, natural, fija y estable es uno de los pilares de la división generizada del mundo, del patriarcado, y de la dominación de las mujeres por tanto. No es posible combatir el patriarcado sin discutir la construcción de la sexualidad que acompaña a aquel. Discutir la manera en que determinada construcción de la sexualidad sirve para oprimir a las mujeres no querría decir necesariamente combatir todas las experiencias heterosexuales, pero las feministas heterosexuales no lo entendieron así. Para evadirse del problema, nos acusaron a las lesbianas feministas de dar demasiada importancia a la sexualidad. Que se pueda dar *demasiada* importancia a la sexualidad es algo ajeno al feminismo o, por lo menos, a una parte importante del mismo. Supongo que lo que en realidad se nos estaba diciendo es que dábamos demasiada importancia a los temas relacionados con la sexualidad *lesbiana*. Las feministas heterosexuales no querían soltar amarras con la sociedad patriarcal, no querían poner en juego eso tan importante para la situación social de las mujeres que es la respetabilidad que nos otorgan los hombres. Desde ese momento, se trataba de demostrar que “ellas no eran lesbianas”. Pocas veces me encontré con una feminista que se negara a desmentir que no era lesbiana cuando circulaba ese rumor sobre ella. Y, peor aún, muchas de estas feministas sí eran lesbianas que eligieron el armario para vivir su vida política. Nos hicieron invisibles, nos hicimos invisibles, pero el armario es incompatible con el lesbianismo político y militante. Tuvimos que irnos.

A mediados de los 80 las lesbianas feministas españolas buscamos refugio en los nacientes colectivos gays. ¿Por qué no nos organizamos autónomamente? Algunas de nosotras, con años de militancia detrás, estábamos cansadas de movernos en la marginalidad política. Creo que el objetivo de cualquier movimiento es conseguir influencia política y social, no a cualquier precio, pero sí con la obligación de intentarlo. Algunas estábamos cansadas de pertenecer a grupos compuestos por menos de una docena de mujeres, de reunirnos en locales inapropiados, de

no tener dinero para organizar ninguna actividad, de ser invisibles. El mayor compromiso político de los varones, de los gays, por tanto, su mayor costumbre en los vericuetos administrativos, su mayor visibilidad política y social hace que por lo general dispongan de más recursos. Si los recursos no venían a nosotras pensamos que podíamos ir nosotras a donde estaban los recursos. Algunas pensamos que había que tomar los colectivos gays. Pero la realidad es que allí también nos hicieron invisibles.

Tradicionalmente se piensa que nuestra invisibilidad es, o ha sido una ventaja, porque nos ha permitido vivir con mayor libertad y, sobre todo, con mayor seguridad. El hecho de que el lesbianismo fuera, y en buena medida aún sea, algo inimaginable para la sociedad ha permitido que pudiera vivirse sin la feroz persecución de que los gays han sido objeto. Vistas así las cosas, podría parecer que ha sido más fácil, que todavía lo es, ser lesbiana que ser gay. Pero lo cierto es que en ninguna situación es más fácil ser mujer que ser hombre y ser lesbiana tiene más que ver con el hecho de ser mujer que con el hecho de ser homosexual. Aun admitiendo que ser lesbiana sea una ventaja social respecto de ser gay, enseguida vemos que esta ventaja se convierte en un inconveniente cuando comprobamos que la invisibilidad afecta a todos los aspectos de nuestra vida y que si nos hace la vida más sencilla en algunos aspectos, también nos invisibiliza a la hora de reivindicar nuestra especificidad como mujeres lesbianas, a la hora de hacer que nuestra voz se escuche, a la hora de hacer visible en el movimiento gay nuestra diferente experiencia vital, nuestra diferente manera de estar en el mundo; de explicar y hacer ver que vivimos una situación social distinta,

una situación política distinta, una situación económica diferente, etc. La invisibilidad nos condena al silencio, y la palabra homosexual que se usa tanto para hombres como para mujeres se ha convertido en un falso neutro que denota únicamente la realidad masculina. Las consecuencias de esta ocultación son de una gravedad incalculable, no solamente porque se ignora que lesbianas y gays somos diferentes y tenemos diferentes experiencias que contar, sino fundamentalmente porque mediante esta operación se nos oculta también que las estrategias para superar la situación de desigualdad en la que nos encontramos tienen por fuerza que ser distintas. Si nos adherimos sin más, sin un previo posicionamiento crítico, a las estrategias que el movimiento gay hace suyas, acabaremos encontrándonos marginadas también dentro de este movimiento, y eso es lo que está sucediendo en la actualidad, que las lesbianas nos encontramos en una clara situación de marginación dentro de lo que muchas habíamos creído que iba a ser nuestro movimiento de liberación.

Lo cierto es que tenemos diferentes agendas políticas, nuestros propios asuntos internos que debatir, nuestras propias reivindicaciones que hacer; todavía



tenemos que plantearnos qué imagen es la que queremos ofrecer al exterior y cómo manejarla y en qué condiciones; tenemos que trabajar para superar la tan mentada invisibilidad, tenemos que aprender a movernos por los vericuetos administrativos que nos son generalmente tan hostiles; tenemos que discutir entre nosotras qué temas son prioritarios para nosotras y cuáles son secundarios. Pero sobre todo, para poder ser lesbianas en igualdad, tenemos que combatir las desigualdades que como mujeres condicionan nuestra vida entera y que como lesbianas inciden especialmente sobre nosotras. En realidad, la pregunta que las lesbianas tendríamos que empezar a formularnos sería la de si más allá de una común discriminación legal (en España ya superada) tenemos algo que en común con los gays.

En la actualidad, ha pasado el tiempo en el que la lucha era simplemente por poder existir. En la urgencia de entonces, las lesbianas, como por otra parte siempre han hecho las mujeres, abandonamos nuestras posiciones en pro de unas posiciones supuestamente comunes. Ahora es tiempo de revisar el lugar que nos han dejado, el lugar que ocupamos en los colectivos que se dicen mixtos. Los temas que podríamos comenzar a discutir son muchos, pero a modo de ejemplo podríamos hacernos las siguientes preguntas: ¿Afecta de la misma manera el SIDA a los gays que a las lesbianas? ¿Es el SIDA un tema prioritario para nosotras? Y hay muchos otros temas de gran importancia que nos afectan de muy diversa manera a lesbianas y gays, por ejemplo el tema de la visibilidad, de gran importancia en los grupos que pretenden hacer un trabajo político. Es difícil encontrar hombres o mujeres que sean visibles en los colectivos gays/lésbicos, que den la cara ante la sociedad y ante los medios de comunicación. La presencia pública es muy importante y “salir del armario” es un tema político de primer orden. Pero a la hora de hacernos visibles, a la hora de prepararnos para dar ese salto, ¿se tiene en cuenta que no es lo mismo para una mujer reconocerse lesbiana públicamente que para un hombre reconocerse gay? ¿Se tiene en cuenta la situación de especial vulnerabilidad en la que se coloca una mujer que se ha auto-nombrado públicamente como lesbiana? Este es uno de los aspectos en los que la sexualidad y el género interseccionan con la clase, no sólo con la clase social, sino con el género en cuanto clase: las mujeres son mayoritariamente más pobres que los hombres, nos afecta más (hasta el doble o el triple más) el desempleo, el trabajo precario, el subempleo. El género es también una marca de clase. No es lo mismo para un hombre que para una mujer salir del armario: una mujer tiene siempre mucho más que perder que un hombre. Aún hay otras cuestiones importantes: el debate abierto que el feminismo todavía mantiene, y que no hemos resuelto, acerca de temas como la pornografía, la promiscuidad sexual, la separación absoluta de sexualidad y afectividad, la cosificación del cuerpo humano, la imagen del cuerpo de las mujeres, el sado-masochismo, la prostitución... todo eso que nosotras estamos

en nuestro derecho de continuar debatiendo, nos lo pretenden dar por resuelto en los grupos gays donde poca gente se muestra crítica hacia alguno de esos aspectos, o dispuesta siquiera a discutirlos. Podremos discutir estos mismos asuntos en el mundo heterosexual, en el que se ha impuesto la conciencia de que las mujeres somos un grupo oprimido, podremos discutirlo en cualquier grupo de mujeres, donde sabemos que todavía no hay nada resuelto y sí mucho que debatir, pero nos será difícil discutir nada de eso en los grupos gays, donde ellos tienen la exclusividad de la opresión. No hay ningún asunto sobre el que nosotras tengamos la última palabra, la política del colectivo es común, es decir masculina, el discurso es común, el espacio, por supuesto es común, masculino. Cuando decimos que un grupo es mixto jamás hablamos de una mixtura real en igualdad. Un grupo de lesbianas y gays es un grupo de mujeres y de hombres donde las diferencias de poder social, de poder económico, de poder laboral, de poder de discurso, de poder de representación, de poder espacial y físico... se mantienen igual que en un grupo de mujeres y hombres heterosexuales.

Llegamos a los grupos gays con ideas preconcebidas acerca de la supuesta empatía que existe entre el mundo gay y las mujeres. El tiempo y la experiencia nos han demostrado que esto no sólo es un prejuicio, sino que ocurre más bien lo contrario. Independientemente de que haya gays que se declaren y se sientan cercanos a las mujeres o a los postulados del feminismo, la verdad es que la cultura gay actual ha derivado hacia una especie de *masculinismo* en el mejor de los casos y de machismo declarado en los casos más extremos pero no poco frecuentes. La cultura gay urbana en la que la mayoría viven inmersos se ha convertido no sólo en un lugar inhóspito para las mujeres, sino en un lugar especialmente sangrante para las feministas. La cultura gay urbana actual ha hecho de la exaltación de la masculinidad una seña de identidad, y siempre que se produce una exaltación de los valores tradicionales de la masculinidad, se produce una degradación de lo femenino.

Mi experiencia de muchos años me ha enseñado que en los grupos mixtos no se valora ni se respeta de la misma manera nuestra experiencia y nuestros deseos como lesbianas que su experiencia y sus deseos como hombres gays. Existe un orden jerárquico en cuanto a la valoración de nuestras experiencias vitales. Los gays que luchan por una integración justa en la sociedad heterosexista, sin que tal integración tenga porque significar asimilación inmediata y total, nos obligan a nosotras a asimilarnos a sus formas de vida, a su cultura, siempre más poderosa y valorada socialmente que la nuestra. El discurso político de las lesbianas será siempre un discurso particular, mientras que ellos se continuarán arrogando el estatuto de lo general; sus reivindicaciones serán siempre las propias de todos y todas, mientras que las nuestras son únicamente propias de las mujeres, etc.

Entonces, ¿qué hacemos? ¿Nos convertimos en autónomas y

nos auto-condenamos a la exclusión, a la marginalidad política? ¿Renunciamos a cualquier forma de influencia política que tenga como objetivo cambiar la sociedad? Desde mi punto de vista, no. Considero que uno de los problemas de las mujeres es que no pelean por conquistar los espacios en los que se cambian las cosas. Sé muy bien que la mayoría de las lesbianas latinoamericanas se organizan autónomamente y desprecian los espacios llamados institucionales. En mi opinión, un movimiento que renuncie a ocupar espacios de poder o de influencia está renunciando a hacer política, a cambiar el mundo.

Por eso soy partidaria de que las lesbianas feministas nos organicemos como grupo político dentro de otros grupos políticos, ya sean gays ya sean feministas y trabajemos a favor de que se adopten medidas de acción positiva a favor de la representatividad de las lesbianas en las estructuras de dirección de los grupos. Al igual que las feministas heterosexuales trabajando en sus respectivos ámbitos, también nosotras tenemos que luchar en pro de la democracia paritaria en los grupos LGTB. Tenemos que constituirnos en un colectivo fuerte que presione constantemente para situar a lesbianas en la dirección de los grupos y, de esta manera, hacernos visibles ante la sociedad y ante las demás lesbianas reticentes a integrarse en grupos en los que hay pocas lesbianas. Podemos trabajar a favor de que todos los documentos del grupo, las revistas o folletos que edite, la información que ofrezca al exterior, y también todo el trabajo interior, incluya una perspectiva de género desagregada para gays y lesbianas. Podemos presionar para que ante los medios de comunicación aparezcan siempre un gay y una lesbiana y para que sus discursos incluyan también dicha perspectiva de género, para que los discursos puedan y sean, de hecho, diferentes, como lo son aquellos que responden a realidades distintas. Tenemos, en fin, que constituirnos en un grupo de poder y de gobierno dentro de los colectivos mixtos y dentro de los colectivos feministas. Tenemos que hacernos fuertes ahí para después poder organizarnos autónomamente, pero desde la fuerza y la igualdad social, no desde la marginalidad.



HISTORIAS DE LA CALLE TRANS

ana almeida {proyecto transgénero}

Me contaste la historiade tu calle; de tu calle que no era la mía, de la calle en la que pensaste un Derecho distinto. Me acerqué a esa juridicidad lejana; yo extraña, con otra formación, con códigos de emoción, de texturas, de puntos de fuga que se dibujan en el papel y en el recorrido se dilatan.

Caminabas en la noche por un lado de tu calle –tu paralela– y, a cinco metros, siluetas esbeltas de mujeres entacadas se apropiaban de la suya. Seducida por los pasos de es@s otr@s, intentaste varias veces subvertir las paralelas; esas que dibujo; que en el tiempo, en los pasos, los tuyos, los de ell@s, los míos, han dejado una huella que apenas se intuye, que se borra, se vuelve a pisar y se hace de tant@s otr@s. Esas que sí son mías.

Una noche te arriesgaste. Ibas sola como yo ahora, por la misma oscuridad que disimula el miedo. Cruzaste. Rompiste el rigor de tu lectura, y fuiste retardando el paso al encuentro con Yelina.

Ella te presentó a su familia, a las Chicas Lafayette y a otras familias trans de la Mariscal. Conociste la vida de hostales, el trabajo sexual por celular, las prácticas que feminizan el cuerpo; el truqueado, el encorpado de esponja, el maquillaje para “la barbarita”. Eran tiempos de casi absoluta aceptación del abuso policial.

Las de La Y llevaban en su minúscula cartera algún preservativo, un caramelo y un cargamento de estrategias pensadas el día anterior para alivianar la persecución de sus captores. Sabían que “ir a dar un paseo” significaba largas horas dando vueltas sin aparente sentido, “pagar piso”, coimar al policía y, en los peores casos, verse obligadas a trepar al patrullero para “ir a practicar natación” a la laguna del Parque de la Carolina. “Te boto, o te botas” y de un violento empujón, el fondo de la laguna, la desesperación por salir, la noche larga en el frío de Quito y las burlas e insultos de los policías alejándose del parque. A la luz del día, las chicas habían improvisado con clavos la construcción de los peldaños de una escalera de mano para salir de la laguna, cuando, inevitablemente, la tortura volviera a ocurrir.

A Yelina no la conocí, pero la veo cada noche que me aventuro con Toala y con Shirley como lo hacían tiempo atrás Andrés, Marlon y Elizabeth. Voy mirando a una Yelina que ya no está: la veo frágil, mutilada, asesinada por un odio ciego que no tiene nombre ni apellido, pero sí sexo legal reconocido, cédula de ciudadanía, clase social asegurada, grueso aro de 24 kilates y un teléfono celular altamente cotizado. Eran tiempos de anonimato en la muerte. “Aparece el cuerpo de un hombre vestido de mujer en una quebrada...” →

fotografías pablo cozagülo



Así empieza esta historia de la Patrulla Legal y de esta calle trans que con los años se hizo nuestra; con Yelina Fuertes y las Chicas Lafayette que vivían en clan no reconocido por la ley, pero sí por los policías que les extorsionaban. Y con la escalera de clavos en la pared inclinada.

La Patrulla Legal se ha levantado a pulso, a pie, con sueños, contradicciones, con descubrimientos que conmueven y que revuelven las tripas. En siete años, hemos dejado la calle muchas veces sintiéndonos derrotad@s. Muchas otras, nos hemos ido sintiendo una felicidad inmensa.

EL RECIBIMIENTO

Hoy somos Shirley, Toala y Ana. Somos l@s miembros de la Sexta Patrulla Legal. Vamos como fue la Primera Patrulla, a pie, caminando en las noches y madrugadas, aguantando el frío, la lluvia, a los policías, los clientes, las riñas entre las chicas, las agresiones.

La primera noche de la Sexta Patrulla no fue fácil. Llegamos después de dos meses fuera de circulación, ya que la Quinta Patrulla dejó las calles en octubre. En enero, a nosotr@s, nos esperaron varios reproches. ¿Dónde estuvieron cuándo murió Maylin? Maylin, que recibió en su casa a la gente de la primera patrulla y que nos había acompañado tantos años, ya no estaba. Su muerte apareció narrada en la prensa otra vez como “esta madrugada se levantó el cadáver de un hombre vestido de mujer, en plena calle...”

La José, Analía y Carla estaban furiosas. Nos amenazaron de muerte: “¡Váyanse o les caemos a machetazos!”. Shirley se enfrentó con entereza. Yo me asusté, pero inmediatamente reivindicé nuestra presencia: “Esta calle es tan mía como suya y aquí nos quedamos”.

Los ánimos se calmaron; ellas se alejaron y nos permitieron quedarnos. Luego regresaron y empezamos a intercambiar palabras. Esa noche, la del recibimiento, también fue la del encuentro.

Cada vez conocemos más palabras del lenguaje callejero: “machi”, “comadre”, “pirobo”, “achacado”. Somos testig@s de los

rituales de la noche que ayudan a tener menos miedo a la muerte. Somos felices con este recorrido cotidiano de intentar entender al/ la otr@. Somos felices con esta calle. Es nuestra calle.

EL TRIBUTO

Las más jóvenes en la calle tienen entre catorce y dieciséis años. Son las llamadas “sobrinas”, que son presentadas a la dueña de la zona por su respectiva “madrina”, una trans más vieja. A ella debe la joven “pagar piso” y entregar una parte del dinero conseguido en la noche. La negociación del espacio de trabajo es difícil. Las jóvenes tienen mucho éxito con los clientes, como suele suceder con toda feminidad en esplendor. Las viejas, sin embargo, son sobrevivientes que se han fajado la permanencia; la suya y la de la zona misma. Algunas vienen de épocas en que se escondía la gillette en el paladar para pelear, y en que la cartera guardaba un filo cuchillo en lugar de sólo el gas. Por otra parte, el paso de joven a vieja en la calle trans es tan breve como la noche. Hoy das tributo, mañana lo recibes.

Merelo, una de las jóvenes, llega con una botella grande de licor. Se la entrega a “la dueña de la zona” –la José– quien se encarga de sacudirla fuertemente para sacarle el diablo. Luego, dibuja con alcohol una señal de cruz en el pavimento. Todas pisan la cruz con fuerza y desespero, invocando protección y el recuerdo de las que ya no están. El primer trago es para la dueña, el segundo para la siguiente en jerarquía y así. La botella va de boca en boca y el alcohol desciende de nivel rápidamente. La cruz, las miradas esquivas, las risas, los empujones, son todos símbolos que dan inicio a una nueva noche.

EL MIEDO

Una noche encontramos a Paola sola. Las demás están trabajando. Paola es una de las chicas que ya se aproxima a los treinta; por lo tanto, pertenece al grupo de las “viejas”. En la calle comienzas a ser vieja a partir de los veintisiete. Los doce años de recorrido en la calle pesan mucho para Paola: ahora tiene que usar más ropa, esforzarse por lucir bonita, que ya no es cosa fácil... necesita un “tuneado”. Paola tiene miedo de pararse sola,

pero tiene que hacerlo. Necesita el dinero y, si se para en grupo, no puede competir con las más jóvenes y recién llegadas. “La peluquería no da ni para comer y aquí, bien o mal, tengo mis clientes”, dice. Nos confiesa esto porque está sola. En cambio, cuando las otras chicas llegan, se incorpora con soltura y, en el trayecto hasta su esquina, las jóvenes le pasan cualquier cosita, “para el taxi, machi”; al fin y al cabo, “donde come una comen todas”. Parece, entre carcajadas, que el miedo aquí no existe.

EL REGALO

Una noche de casa llena –mejor dicho, de calle llena– nos encontramos con varias de las chicas que trabajan en el centro, y en otro horario. Esa noche querían dejar el trabajo pronto para irse a festejar el fin de mes, que había sido bueno. No se habían cumplido los vaticinios de Analía que, desde la muerte de Maylin, no cesaba de repetir: “muere una, mueren algunas”.

Entre los invitados para el festejo posterior, estaba un hombre joven que caminaba inquieto de arriba hacia abajo, saludaba, besaba a las chicas y en particular cuidaba a una chica; una mujer biológica que, al igual que él, probaba suerte en una calle que no era la suya.

El joven se acercó, nos miró y saludó con cierta desconfianza. Estrella, una de las trans, le dijo: “Son amigos; te pueden dar preservativos para tu mujer”. Él sonrió y se rompió el hielo. Comenzó a hablar. Nos contó lo que hacía y nos mostró que bajo su chompa tenía una pistola de grueso calibre. “Sirve para trabajar”, dijo varias veces. Sus historias fueron subiendo cada vez más de tono; “mato por cuarenta dólares”... “necesito encontrarme con alguien para descargar la ansiedad que tengo” y, finalmente, la pregunta: “ustedes, ¿qué tienen?”. “Nosotros tenemos frío y estamos cansados. Nos quedan dos cigarrillos”, dijo Toala. El sonrió y dijo: “Eso vale”. Cogió los cigarrillos, se levantó la chompa, abrió su pistola y descargó una bala de la recámara. Sosteniéndola entre los dedos, nos la acercó: “Este es un regalo para que se acuerden de mí”, nos dijo.

Aún la conservamos. Es calibre 38. Vale dos cigarrillos en la calle trans.

LOS SUEÑOS

Al lado de una de las esquinas de La Y, existe un concesionario de autos Chevrolet. El guardia de esta casa comercial es uno de los mejores amigos de las chicas. El estrecho nivel de amistad hace que no tenga reparos en improvisar en su cabina el locker de algunas de ellas, que llegan un poco arropadas, pero que en el transcurso de la noche se van despojando de sus prendas y adquiriendo algunos objetos de valor a ser rápidamente consignados.

Jéssica llega siempre a la misma hora. Su cuerpo escultural irrumpe en la oscuridad de la noche, vestido con un traje minúsculo de color rojo y cubierto por un “sobretudo” impermeable que disimula lo pequeño del traje. Saluda con todas. “¿Qué más machi?, ¿qué cuenta comadre?, ¿cómo está la noche?, ¿cierto que los policías ya no molestan?”.

Pasa una hora y Jéssica, que ha tomado como las otras varios tragos para soportar el frío, se acerca donde el guardia, le deja el vestido y aparece ante nosotr@s sólo con el sobretudo y al interior un finísimo hilo dental. Cruza y se pasea por la calle y los autos frenan bruscamente. Los conductores no pueden creer lo que ven. Pitan, gritan y más de uno regresa por la misma calle para volver a ver.

El ambiente se agita. La calle se ha convertido en una pasarela, en el escenario de un teatro. Sólo queda actuar para sobrevivir. Los libretos provienen de la tarde de telenovela; única compañía en el precario cuarto de La Lucha de los Pobres en que la vida de día transcurre a escondidas. Vivir para soñar o soñar para vivir que un hombre guapo y adinerado será el príncipe azul que llegue a la calle al rescate.

Una vez al mes, la noche número veinte trae al concesionario un cargamento de autos último modelo, en el vientre de un camión de carga. “Señor, señor bájeme el rojo. Ese va con mi vestido”. “El mío es el gris. Por favor, señor, no se demore, que tengo que llevar a mis íntimas a dar una vuelta”.

Las chicas de La Y tienen un auto nuevo cada mes, para escapar de la calle. Las carcajadas gruesas y muy fuertes nos quitan el frío de las dos de la mañana.

¿existe el eros femenino?

margarita aguinaga {colectivo feminista}

¿Por qué para las mujeres es tan difícil hablar de la erótica? Hablar de lo erótico, en todos sus planos, es más difícil si se es mujer pobre, negra, indígena y mestiza. ¿Será porque el confinamiento sexual de las mujeres es tan basto como basta es la capacidad adquirida de los hombres en sus diversas, multiformes y extendidas prácticas sexuales?

La condición estructural muestra una total desigualdad entre hombres y mujeres, no sólo en el acceso, sino en la capacidad de experimentar, de conocer, de practicar, de crear el mundo de lo sexual. Decirlo así, me causa escollos desde el inicio. Pongamos un ejemplo: mientras el más común de los hombres aprendía a masturbarse, se introducía al sexo desde su adolescencia a ocultas o no, la mayoría de mujeres jóvenes y adultas, indistintamente, sea que esos espacios fueran alternativos o mercantilizados, se quedaron fuera o casi fuera de aquellos vínculos sexuales.

Es sumamente importante partir de este criterio para entender el nivel de poder sexual que los hombres, históricamente, han ido alcanzando, la capacidad que han adquirido de generar una multiplicidad de formas sexuales, de generar acceso, espacios de intercambios sexuales, sean monogámicos o polígamos. El mundo sexual masculino existe y es in extenso desconocido para miles de mujeres.

Valga lo dicho, en primera instancia, para evidenciar la

profunda desigualdad sexual entre hombres y mujeres frente a los ámbitos del eros y, de ahí, hacer una cierta aproximación para explicar el por qué del extendido dominio masculino en las relaciones sexuales.

Segundo, afirmar que el eros ha sido construido de forma desigual, no porque ellos a lo largo de la historia del desarrollo del eros masculino no se han propuesto formas de relación sexual alternativa, sino porque el eros masculino descansa

milenariamente, principalmente, en la aceptación del sujeto masculino-heterosexual como sujeto histórico creador, propietario, dueño y reproductor del deseo, mientras para la mujer no ha sido así. El eros masculino se hace poder sexual en la subordinación de los cuerpos y su complejidad.

El escollo que siento, mientras sigo escribiendo, se transforma en un ímpetu para avanzar poco a poco en el reconocimiento de esta desigualdad que ha provocado un abismo sexual entre hombres y mujeres, entre el eros masculino y el eros femenino –si es que existe algún eros femenino. Es innegable que las mujeres, intervengan o no en los asuntos de la erótica –asumiendo que mayoritariamente están prohibidas de hacerlo–, reproducen este proceso desde la ausencia de conocimiento y experiencia, desde la invisibilización sexual, la represión, la mercantilización de sus cuerpos y desde los lugares de su confinamiento sea en la casa,

en la cama, en el trabajo y en el estrecho margen de espacio público que tenemos.

Tercero, decir que el dominante eros masculino practicado por todo aquel o aquella que ocupa el lugar de quien decide la relación sexual, ancla su existencia no sólo en intercambios de tipo sexual, sino económico, de clase, culturales, políticos, lingüísticos, artísticos, étnicos, al punto de permear toda la sociedad bajo el poderoso patrón erótico masculino.

¿Podemos decir que este patrón erótico masculino se ha transformado en monopolios de producción y acumulación capitalista? Sí, es indudable, este patrón no es un problema individual, de un hombre en particular, es constitutivo de la relación de clases. Por dar un dato ilustrativo: el tercer rubro global de enriquecimiento transnacional más poderoso, luego de las armas y el narcotráfico, es el tráfico sexual de mujeres, niñas y adolescentes, para la explotación sexual; redes extendidas, ahora, no sólo a mujeres pobres, asiáticas, africanas y latinoamericanas, sino inclusive a mujeres jóvenes, estudiantes de colegios, universitarias de estratos medios, profesionales, que se incluyen buscando un status sexual o una mejor posición de clase. Aún sin un estudio cabal, sabemos del enriquecimiento de las cadenas empresariales de comunicación y la multimillonaria captación de recursos monetarios, tecnológicos, ideológicos, y sabemos que es impresionante el dominio sexual por medio de la pornografía diversificada en medios visuales, escritos, auditivos, electrónicos, etc.

Entonces, ¿podemos hablar del eros pornográfico? Sí. El eros pornográfico sostiene parte de la mercantilización, sabe utilizar las palabras sexuales para volverlas comunes, vendibles, atractivas, eróticamente casuales, de moda, usables e impactantes, importa el lenguaje sencillo, hasta vulgar y vuelve erótica la cotidiana intimidad sexual. Ese lenguaje permite predominios, fuerza, intercambio sexual masivo. La pornografía ha alcanzado el espacio público y simbólico de nuestras intimidades, para generar un poder masivo, ha copado un espacio que ni el arte erótico ha alcanzado.

Cabe indicar que estos son espacios mayoritariamente abocados al uso masculino y de concentradora atención y confluencia de clase. Sin embargo, el cuerpo femenino participa, compone y al mismo tiempo se reproduce en esos ámbitos, constituyendo la base sobre la que se asientan también otras formas de

dominio erótico masculino. Se me ocurre mencionar un espacio en el que se vuelve a reproducir el confinamiento y la exclusión de la erótica femenina: la cama, sí, aquel lugar en que él y ella, él y él, ella y ella, hacen una cultura sexual. Lo que tal vez empezó siendo eróticamente bello, luego no es sino una buena costumbre o el espacio del desencuentro permanente y la reproducción de las opresiones sexuales históricamente más cruentas.

Para ubicar, de cierta forma, la difícil contingencia a la que se enfrenta el eros femenino, es preciso retomar algo de memoria histórica. La colonización como hecho fundacional se convirtió en el factor nodal no sólo

lo de dominio económico sino también sexual, combinando en el mestizaje la inclusión del eros-dios del amor occidental, eminentemente de origen masculino, con la violencia sexual. Esta combinación, a la larga volvió in-dialogal la maternidad y las vivencias eróticas de las mujeres, haciendo que todo acto sexual devenga en la maternidad, que al mismo tiempo desprovería a la mujer de su capacidad erótica, para que ella aspire a la santidad mariológica permanente y, en muchas ocasiones, asuma como parte de su vida la disputa sexual de los objetos sexuales con otras: marido, amante, hijos, familia, erótica, etc. Y lo que se perdió en ello fue su autonomía y su capacidad de decidir acerca de su cuerpo y de su erótica.

Está claro que las mujeres somos introducidas al deseo asumiendo que no tenemos erótica ni mayor poder. Alguna vez le dije irónicamente a alguien que las mujeres no nacimos para crear nada erótico, que somos consideradas sujetas creadas por la erótica, beneficiadas por el eros de ellos, por eso, somos “deseables”.

Aun sin desarrollar, vale decir que el arte erótico, sea la pintura, la escultura, la escritura, la fotografía, etc., es un lugar de élite, es cierto, de privilegio para pocos y de profundo desconocimiento para miles, de modo que la mayoría de mujeres casi no acceden ni a la lectura ni a la literatura erótica. Preguntémosnos ¿cuántas amas de casa acceden al arte erótico?

¿ES POSIBLE LA ERÓTICA FEMINISTA?

En este tema siempre habrá más preguntas que respuestas. Nuestra revista feminista es sólo un pasito de apertura del debate.

Me vuelvo a preguntar, ¿existe la erótica femenina?, ¿cuál,



realmente, es el nivel de opresión sexual que viven las mujeres en la relación erótica?, ¿es simple pensar en alternativas?, ¿es importante desarrollar la erótica feminista cómo una posibilidad?, ¿qué hacer con aquellas intenciones de ir a lo eróticamente bello, como una posibilidad de transformación colectiva?

Se me ocurre decir que no es posible la reflexión de la erótica sin partir de las reales condiciones sexuales de las mujeres y los hombres, sin anunciar la larga travesía que espera a nuestros eros para aprender a reconocer los conflictos y, si hay, reconocer las reales posibilidades de creación erótico-feminista.

Y colocar, sin adornar, las palabras eróticas de lo que pueda manifestar en mis escritos, reales e imaginarios, como una forma inicial de decirlo todo con el nombre que tiene; decir, desde el lenguaje cotidiano, la experiencia de la que parte mi cuerpo. Colocando dos soportes vitales: los avances de la teoría feminista, de lo erótico y, la capacidad de decidir acerca de la experiencia sexual, reconociendo contradicciones en el paso del amor profundo al deseo intenso, para intentar re-prensar-me sujeta de mis propios deseos sexuales. Asumirse feminista no significa haber resuelto las problemáticas de lo erótico sino reconocerse humana, con interrogantes similares y rollos tan comunes como las otras, muchas veces, frente al placer y las relaciones sexuales. Y, sin negar nuestros límites, avanzar hacia otras posibilidades, a veces, tal vez polemizando un poco, desde algún episodio imaginario femenino.

Entonces, se me ocurre seguir escribiendo, dejar que los dedos creen una episódica fantasía sexual femenina, para volver a colocar, otra vez, las preguntas: ¿eros femenino?, ¿eros feminista?, ¿mujer?, en su inacabada forma de vivir, en el impulso por ir hacia lo diferente y no alcanzar a llegar, a veces sólo lograr ir hasta ahí sin preguntarme nada más, sin entender, aunque es un eros referencial, para volver desde la imaginación femenina expuesta otra vez a buscarme, estableciendo alguna forma de resistencia y satisfacción propia, en la dualidad y las contradicciones que encarna el eros masculino.

Entonces, desde el imaginario femenino intocado y casi desconocido, para mantener abierto el debate, la siguiente historia sexual: “Amor, imaginémonos eróticamente bellos”.

(...) Eso es lo que quiero seguir sintiendo cada vez, cada vez que sienta este deseo de festejar, política y sexualmente, un acontecimiento contigo. ¿Cuándo?, después de una reunión política como la de hoy, tal vez una de las más importantes en mi vida, porque dejó mi imaginario erotizado, sintiendo



que tenemos tanto amor cotidiano aprendido.

Las mujeres no somos benditas... las mujeres somos humanas, eróticas, inteligentes, bellas... capaces de dilucidar una vida propia, a pesar de nuestras contradicciones.

¿Cómo crees que no voy a sentir amor después de un día como el de hoy?, hoy que las mujeres políticas, llegadas de varios lados, de varios sentires y luchando por tener voz propia, me han permitido saber en la práctica que fue un acierto renunciar a la política del cubículo, para encontrarnos desde una mirada diversa, colectiva, conflictiva, abierta, reflexiva, sin amarres ni posiciones manidas, frontales, aun silenciadas entre tantas contradicciones, que incluso no alcanzamos a entender por qué nuestros cuerpos siguen atados a una fachada de libertad sexual propiciada por un patriarcado “moderno” y a un capitalismo en crisis que aún nos envuelve a vivir como dicta.

Imagínate, después de un día así, llegando hacia ti con una sonrisa de dicha, con mis labios humedecidos por la llovizna de la noche que no me molesta, porque mi cuerpo sigue caliente, con las emociones del día.

Imagina que llego a ti e inmediatamente mis senos te piden que los beses y que nos desnudemos. Imagínate mirándote con mi dulzura, llevándote una flor de amaranto. Comparte conmigo la felicidad de existir hoy, mírame llena de mi amor y mi deseo.

Imagina que te beso, que soy capaz de romper la idea de que el sexo y el eros son de pertenencia masculina. Imagina que subo y resbalo con fuerza por tu sexo y que mi conducto vaginal envuelve apasionadamente tu erección.

Imagina que mi amor no puede sino ahora festejar contigo dentro, abrazándote, esta vez, siendo yo quien habla a tu oído, diciéndote que imagines los cuerpos encendidos que quieras, que los toques las veces que quieras; sin embargo, no dejes de inspirarte en este amor profundo que siento hacia la vida. Imagínate que corro el riesgo de abrir tus piernas y besar tu sexo hasta que esté mojado para mí.

No estoy dispuesta a perder un solo minuto de esta fiesta sexual-política dejando de encontrarme contigo, con tu cuerpo, como hace tiempos por razones de cambio político-social. Imagínate sintiendo placer, porque mis dedos recorren tus rulos alborotados, mientras tus manos hermosas llevan mi espalda, empujada eróticamente hacia ti.

¿Cómo me pides que juegue con tu sexo?... ¡cierto, es que no hay seriedad sexual sin alegría! Me pides que me invente movimientos eróticos, imagínate, ¡que atrevimiento!, ahora que

soy capaz de llevarme hasta el fin de la trama del deseo sexual. Bien, entonces, con mis movimientos deberás conocer cómo mi vagina está aprendiendo a acariciar, porque no sólo las manos saben acariciar.

¡Las vaginas saben acariciar!... de miles de maneras. ¿Acaso no has sentido una vagina posarse en tus labios y dejarse descorrer, mientras tu lengua, se empapa? ¿Acaso no has dejado, al aire libre, resbalar una vagina por encima de tus muslos? Tal vez, debes haber sentido cómo una vagina es inventiva en sus movimientos. Una vagina no hace meros movimientos de sube-y-baja a menos que haya perdido la imaginación, aunque siempre se la puede recuperar. Es que las vaginas son así... a veces no quieren mojar a nadie, otras veces quieren mojar a tod@s l@s que pasan, pero como es imposible, y saludable no hacerlo, sólo buscan a quién mojar por deseos de mancomunidad sexual. ¿Viste?, no sólo el sexo masculino es capaz de acariciar, el sexo femenino aprende, aprende y re-establece su capacidad de provocar. Las caricias de la vagina sobre un cuerpo se ven artísticas, aunque tropiecen y, otra vez, no sepan acariciar.

En fin, quería hacerlo así, decidir cuándo yo quiero dejarme penetrar. ¡Cómo cada hecho tiene sus sentidos! ¿Te gustaría sentir eso?, el espacio confabulado, con calma, sólo rozar y rozar. A mí me excitaría tremendamente.

Sólo no olvides, que si estamos festejando ¡es por mis deseos político-sexuales! ¿Qué eso no existe?, ¡claro que existe! No olvides que llegué feliz... no te olvides que la política nos junta y que estoy aprendiendo a sentir y caminar junto con una multitud de cuerpos femeninos, no te olvides que hoy fui a hacer política y me encantó estar contigo en mis pensamientos. No te olvides que hoy aprendí a hacer una propuesta con un montón de mujeres, con ellas nos fuimos de bronca contra el gobierno, que sólo escucha a medias como si no fuera su responsabilidad escuchar nuestros criterios, en fin, aún creará que nos hizo un gran favor.

No te olvides que aprendí a compartir con otras nuestra capacidad de lucha, no te olvides que ayer gritábamos sin ser un bulto más en medio de una reunión muy formal, que festejaba el ocho de marzo propiciado por un gobierno que acepta a presión los derechos humanos de las mujeres y, a la vez, justifica el machismo. Pues ni j de aceptación de una situación así, por eso de que no le queremos pertenecer a nadie, tal vez tiene sentido, a viva voz, igualdad, paridad y género, exigir más democracia para las mujeres; tal vez así, un gobierno que dice que es de la revolución ciudadana no nos mande sacando en determinadas ocasiones

por la ventana cada vez que demandamos un corto derecho más.

Hoy me volví otra vez feminista y con esos ojos me acerco a ti, deseándote muchísimo. Hoy mis ojos, esos que saben mirar tu sensualidad, se llenaron de alegría al ver, por primera vez en mi historia ya de varios años, mujeres indígenas, negras, montubias, mestizas, de recónditos lugares del país, mujeres empobrecidas por la crisis económica, por los modelos de histórica negación patriarcal y racial, que gritaban “resistencia de mujeres, resistencia feminista”, llevando en sus cabezas los pañolones de la lucha sexual. ¡No se resistieron al feminismo! Hoy lo pudimos vivir, sin preguntarnos “¿y qué es el feminismo?”, sólo lo practicamos... nadie dijo “¡no soy feminista!”, nadie refunfuñó que dizque el feminismo es lo contrario del machismo. ¡Cachimba!, yo las amaba a todas. Eso no significa que el feminismo salió de su crisis, no, pero en mi tierra andina nosotras las feministas en ese momento no nos sentimos solas.

¿Eso?, ¿sólo eso?, ¿cómo que sólo eso?, es que ha sido bien importante, ¡mira su significado! Por ello, yo me pido a mí misma aprender a gozar de mis siguientes amaneceres. Es lo que festejo.

Imagínate que estallo (esa es tu palabra) sexualmente. Sé que puedes captar mi emotividad, mi paz, mi cuerpo abierto otra vez para ti, dulce, explosivo, manifestando con el leguaje de mis movimientos lo que siento desde mi pechos erectos en sus posibilidades, sedienta de vos, con mi vagina ardiendo, ardiendo de sentirme, además de físicamente agraciada por tu penetración, feliz, porque tu penetración comparte conmigo mi capacidad de estar aprendido a hacer política con una multitud. Así es como mi vagina te aprende a acariciar. Sé lo que estoy diciendo, claro, desde mi propia manera, desde mi lugar histórico, junto

a las otras, con las que comparto opresiones comunes y reinventaciones de nuestras eróticas, de nuestros placeres.

¿Cómo piensas que no voy a festejar, a llegar a un máximo orgasmo contigo, a gritar de placer, engullida de satisfacción y no de santificado dolor, cuando aprendo a dejar de lado mi individualismo político y me acerco a conocer que el feminismo es una manera alternativa de vivir? Ese es mi encuentro sexual contigo. Sólo que ésta noche doy mi vida con tal de disfrutarte a vos, sólo a vos... No quiero que tu sexo ni el mío se sientan apretados de dolor, no, eso no.

Antes pasó, hoy parece que lo ignoro, a veces ya no recuerdo, si la política y el sexo se llevan así de bien, sólo sé que quiero reventar contigo, por mi causa.

... es lo que quise en ese momento y lo que alcancé a imaginar.



APOSTASÍA DE LA FE CATÓLICA

INSUMISIÓN ANTE LA VIOLENCIA Y LA DOMINACIÓN DE LA IGLESIA CATÓLICA

martha restrepo

[...] hemos dudado de toda fe, de toda verdad revelada y heredada, no creemos en nada, ni siquiera en nosotros, pero hemos ratificado la bondad de nuestros instintos insaciables, y la confusión maravillosa de la esperanza [...]

GONZALO ARANGO
POETA FUNDADOR DEL MOVIMIENTO NADAISTA
COLOMBIA, 1958

La Iglesia Católica está empeñada en su cruzada contra las libertades públicas y las libertades individuales, injiriendo en el sistema político y atacando a colectivos sociales diversos. Busca anular los avances que en la legislación y en la realidad social se están produciendo y se niega a respetar nuestra autonomía y nuestros derechos. Ya es hora de detener este abuso y levantar una voz de rebeldía e insumisión, reafirmando nuestra lucha por un Estado laico y una ciudadanía libre de miedos, exclusión y dominación.

Llamamos la atención sobre la nociva, retrógrada y reaccionaria doctrina que defiende el Vaticano y la jerarquía católica,

al oponerse al avance de la democracia y la libertad negando los derechos de lesbianas, gays, transexuales y bisexuales, la igualdad de derechos para las mujeres y el respeto a sus decisiones sobre la sexualidad y la maternidad, el uso de métodos anticonceptivos, la interrupción voluntaria del embarazo, la prevención del VIH-SIDA y otras infecciones de transmisión sexual, la investigación científica con células madre, la reproducción asistida, el debate sobre el derecho a una muerte digna, al derecho a una educación laica; imponiendo una única moral, un discurso único y excluyente que discrimina y estigmatiza a quienes reivindican el respeto a la dignidad humana, la libertad, la razón, el progreso científico para bien de la humanidad y una conciencia universal y humanista.

Si te sometes en silencio a la excomunión por defender los derechos de las mujeres, de los gay, lesbianas y trans, por ser y pensar diferente, por defender tu libertad, les sigues dando poder sobre tu vida.

Las personas libres y concientes no deberían seguir haciendo parte de una institución que atenta contra la dignidad humana, la libertad y los derechos humanos. Veamos sólo algunos argumentos para renunciar a la fe católica.

La Iglesia Católica es una institución antidemocrática, autoritaria y violenta, que niega el libre desarrollo de la personalidad, la libertad de cultos, la libertad de cátedra y la objeción por conciencia, al imponer en la sociedad una única conciencia de carácter religioso. La Iglesia Católica alberga en



Ilustraciones: Precopa & Adrián Balsera

su jerarquía a criminales abusadores sexuales, a violadores e hipócritas. La Iglesia Católica es culpable de crímenes de lesa humanidad: las cruzadas, la inquisición y la imposición violenta de la fe católica y el exterminio de los pueblos originarios de América. La Iglesia Católica ha apoyado a regímenes autoritarios y criminales (el fascismo alemán, las dictaduras militares en Latinoamérica). La Iglesia Católica ha discriminado y violentado a las mujeres, ha negado sus derechos y el ejercicio de su ciudadanía plena, ha confinado su sexualidad a la reproducción y su papel en la sociedad lo ha reducido a la maternidad y al servicio de las demás. La Iglesia Católica como institución monosexual masculina y heterosexista viola constantemente los derechos sexuales y reproductivos de las personas lesbianas, gays, bisexuales y transgéneros con su continua apología a la homofobia y la lesbofobia. La Iglesia Católica ha secuestrado la función erótica de la sexualidad y ha impuesto como única opción la heterosexualidad obligatoria. La Iglesia Católica bendice ejércitos y armas y avala la doctrina de “la guerra justa”. La Iglesia Católica promueve y mantiene el estado capitalista en el que unos pocos acumulan riqueza, mientras empobrece y explota a la gran mayoría. La Iglesia Católica viola el estado social de derecho al agenciar la enseñanza religiosa en las instituciones educativas públicas y al invadir el espacio y los edificios públicos con su imagería y sus iconos religiosos. *La Iglesia Católica violó nuestros derechos fundamentales al afiliarnos a su comunidad de creyentes, aún cuando no podíamos decidir de manera libre y consciente.*

¿QUÉ HACER ANTE ESTOS HECHOS?

Cientos de mujeres y hombres alrededor del mundo han decidido renunciar a la religión católica mediante un acto llamado apostasía.

Apostasía: del griego απο: apo, “fuera de” y στασις: stasis, “colocarse”. La apostasía es la renuncia a la fe cristiana recibida por medio del bautismo, es decir, el abandono explícito y voluntario de los dogmas y creencias de la Iglesia Católica que, se supone, son infundidos durante el “sacramento” del bautismo por la “gracia” del “Espíritu Santo”, independientemente de que en ese momento el interesado pueda no tener conciencia de ello, ni posea capacidad crítica para decidir si deseará o no algún día abrazar libre y voluntariamente dicha fe.

La apostasía puede considerarse en general como el abandono de la fe o de la religión que se profesa. La declaración de apostasía es el único medio que la Iglesia Católica reconoce para que una persona bautizada deje de pertenecer a ella de forma voluntaria.

LA APOSTASÍA ES DIFERENTE A LA EXCOMUNIÓN

La excomunión es un acto unilateral de la Iglesia, que pretende castigar una conducta inapropiada de uno de sus fieles, por tanto es una muestra más de su poder. Ser excomulgad@ y aceptarlo sin protestar es asumir que la Iglesia tiene poder sobre tus actos, creencias, valores y decisiones. No es un acto de insumisión, todo lo contrario es un acto de sumisión. Entonces, ¿por

qué apostatar? No se puede responder a esta pregunta si antes no se conoce la institución de la que uno quiere *renegar*. Vale entonces que nos hagamos esta pregunta y nos llenemos de argumentos ante una decisión que no es fácil y que sin duda genera controversia.

¿QUÉ ES LA IGLESIA CATÓLICA?

1. Es una multinacional de la fe y de las almas.
2. Es una organización no gubernamental (ONG) dependiente del Estado integrista/teocrático y cristiano de la Ciudad del Vaticano. Heredera indirecta del Imperio Romano y directa de los Estados Pontificios.
3. Es un anacronismo histórico

Resumiendo, nos enfrentamos a una de las instituciones más poderosas del mundo, que con más de dos mil años de historia se ha adaptado a todos los contextos políticos y sociales para mantenerse. Algunas veces posando al lado de los marginados y la mayoría de las veces del lado de los poderosos, los terratenientes, los guerreros, los privilegiados. Una institución que se impuso a sangre y fuego en nuestro continente, que guardó silencio o se hizo cómplice de las dictaduras militares, que condenó y abandonó al exterminio a los sacerdotes de la Teología de la Liberación y que compara a las mujeres que defienden o practican el aborto con asesinos y mercenarios responsables de crímenes de lesa humanidad.

ENTONCES, ¿POR QUÉ APOSTATAR?

Nosotras, mujeres del grupo Itzá y de diversas expresiones culturales, sociales y de diversidad sexual, promovimos y realizamos en nuestra ciudad (Medellín) el *Primer acto colectivo y público de apostasía en Colombia*. Este acto se justifica en el hecho de que la Iglesia Católica, y en general todas las religiones, niegan nuestros derechos fundamentales a la autonomía y la libertad, negándose a reconocer nuestros derechos humanos en toda su integridad, imponiendo juicios morales, creencias y discriminaciones en oposición a las reivindicaciones de quienes han sido oprimidos y perseguidos históricamente.

Las religiones y las iglesias en todo el mundo están en combate contra quienes se oponen a la heterosexualidad impuesta, la maternidad como destino para las mujeres, el matrimonio como única posibilidad de relación amorosa, la familia patriarcal y monoparental como única forma de convivencia filial.

Nosotras, como feministas nos oponemos a este régimen de conciencia única y opresión, que ha perseguido históricamente a las mujeres, desde el feminicidio contra más de ocho millones de mujeres acusadas de brujería, hasta los actuales retrocesos en las leyes de países presididos por gobiernos que se dicen progresistas, quienes han pactado con grupos “Provida” e iglesias católicas y protestantes la abolición de los derechos al aborto, a la anticoncepción de emergencia, a la educación sexual, científica y laica, así como la negación de los derechos de las parejas de lesbianas.



Ilustraciones: pictopia & adrián balkesa

LA ACCIÓN FEMINISTA E INSUMISA DEL GRUPO ITZÁ, DE DIVERSOS COLECTIVOS Y PERSONAS INDEPENDIENTES CONTRA LA IGLESIA CATÓLICA

colectivo itzá

Apostatamos un 28 de septiembre del 2006 en el marco de la campaña por la despenalización del aborto en América Latina y en medio del debate entre la Corte Constitucional de Colombia y las miles de mujeres que nos movilizamos intensivamente por más de un año para exigirle al Estado colombiano el “derecho a abortar para no morir”. Meses atrás, la Iglesia había sentenciado la excomunión para todas y todos los que apoyaran esta causa o participaran de los procedimientos médicos, en una clara intromisión en los asuntos del Estado que además se convirtió en un golpe de opinión en contra de las feministas y las mujeres en general.

Nuestro acto fue una reacción radical en contra de esa institución, un BASTA YA. Queríamos expresar toda nuestra indignación y llamar la atención a la opinión pública sobre la legitimidad de la Iglesia Católica para decidir sobre los derechos humanos, queríamos evidenciar que el estatus de la fe no debe regir la debilitada democracia del país, y reafirmar nuestra libertad de conciencia, de expresión y de elección.

Siempre lo vimos como una posibilidad de hacer activismo ateo y laico como parte de nuestro feminismo antipatriarcal, anticapitalista, antirracista y no violento, que privilegia la acción directa y colectiva.

Como mujeres sabíamos lo que significaba desafiar ese poder monolítico y anacrónico. Tuvimos gran presencia de medios de comunicación que se auto-censuraron y sacaron reseñas muy breves y descontextualizadas, no emitiendo lo que habían registrado. Hasta muchos compañeros de las izquierdas y de los movimientos sociales nos expresaron sus valoraciones negativas,

alegando que en el país existían problemas más graves, que la iglesia no era central en la lucha de clases y hasta nos testimoniaron que la Teología de la Liberación era revolucionaria y defendía los derechos de las mujeres.

Hoy tenemos plena certeza de que las derechas y ultraderechas se han servido ampliamente de la religión católica, que todos los que quieren mantener el orden económico y cultural establecido acuden a la religión y sus mandatos para manipular a los pueblos, que quienes quieren el poder para someter y explotar hacen alianzas con dios igual hoy que hace dos mil años, que quienes están cómodos con el sistema de dominación patriarcal encuentran en las iglesias la muralla que se opone al paso de las mujeres libres.

Como feministas hemos comprobado que las iglesias y las religiones son enemigos de nuestros cuerpos, enemigos de nuestros deseos, enemigos de nuestra emancipación, enemigos de nuestros sueños.

En nombre de todas las mujeres perseguidas, violadas, asesinadas, explotadas, esclavizadas, discriminadas, apedreadas y excluidas por la causa de dios y su ley, les decimos a ellos y sus aliados que *no les creemos, no les tenemos miedo*. Que seguimos luchando y resistiendo creativamente a la violencia y la dominación de la Iglesia Católica.

Nos tienen miedo porque no tenemos miedo, están atrás, van para atrás.

LILIANA FELIPE

CLASE, ABORTO Y MATERNIDAD

(DES)ENCUENTROS ENTRE MUJERES DISTINTAS

sara larrea izaguirre
soledad varea

Este texto es el resultado de las experiencias, reflexiones y discusiones entre mujeres distintas, que (por coincidencia) hemos pensando juntas cómo la clase social ha marcado nuestras vidas.

El producto de este trabajo colectivo, es una discusión inacabada; es el (des)encuentro entre experiencias, perspectivas y reflexiones distintas que se juntan, desde la profunda convicción de que es posible construir no uno, sino muchos feminismos que nos sirvan para pensar nuestra cotidianidad desde la pasión política que implica.

Con esta discusión inacabada, abierta, pretendemos contribuir también a la reflexión que desde las izquierdas se hace sobre la clase social y las vidas de las mujeres. Este es sólo el comienzo, un intento por abrir diálogos amplios que sean capaces de asumir toda la complejidad que nuestras vidas involucran.

Las mujeres en diálogo en este artículo, nos encontramos al menos en dos vivencias más allá de la clase social: cuando nos excluyen por estereotipos sexuales¹ y en las maternidades precarias relacionadas con las condiciones de cuidado producidas por la triple jornada laboral

que incluye el trabajo remunerado, la participación en organizaciones o asociaciones y el trabajo doméstico, que marcan las condiciones de cuidado a hijos e hijas. Es decir que muchas madres ahora nos enfrentamos a esta triple jornada, pero cada una de manera distinta. Es en este punto donde existen tensiones, encuentros y desencuentros en la vida de unas y otras. Las personas que estamos dialogando somos madres, trabajamos doce horas diarias sin elegir las condiciones de empleo que nos favorecen (esa es una similitud entre nosotras), y no tenemos una suficiencia para garantizar las condiciones mínimas de reproducción en el hogar por la triple jornada de trabajo y porque tenemos que asumir solas el espacio doméstico, siendo éste un punto en el que nos encontramos. Pero en este mismo punto existen diferencias importantes de clase social y condición étnica.

A partir de conversaciones mantenidas con Alba, una mujer afroecuatoriana que vive en el barrio Caminos a la Libertad, en el noroccidente de Quito, sentimos o intuimos que en los relatos alrededor de la maternidad precaria existen encuentros y diferencias.

Alba me contó retazos de su vida, mientras hacíamos varias actividades cotidianas; dos cosas al mismo tiempo, como solemos hacer frecuentemente las mujeres y también como si no existiera esa frontera,

“Yo, cuando supe que estaba embarazada no sabía a dónde ir, qué hacer, mi papá me detestaba y el papá de la niña me dijo que desaparezca de su vida. Entonces me fui al Machángara, pensaba en suicidarme. [...] Entonces dije: bueno, si tengo que afrontar, tengo que afrontar; durante los dos primeros años estuve sola.”

alba

esa calle, el sur y el norte, que muchas veces nos divide. En los espacios y momentos en los que ella me contó su vida, a ratos dichas fronteras se borraban y en otros se acentuaban aún más.

Alba tiene dos hijas que ha criado sola. Llegué a su barrio por azar o por una necesidad de romper con el tradicional “trabajo de campo” que marca una distancia con las personas con quienes trabajamos las antropólogas. Una conversación mantenida con mi amiga Paula, los diálogos entablados con Alba y otras mujeres de nuestro país respecto a nuestras hijas, las parejas, la maternidad algunas veces obligatoria, otras deseada; me llevaron a pensar que las mujeres nos encontramos o nos desclasamos a partir de los problemas que se construyen alrededor de la sexualidad: cuando compartimos maternidad obligatoria o deseada, un aborto elegido u obligado, cuando nos quedamos solas con los hijos que nos ha tocado tener, el abandono, el sexo forzado en ciertos momentos de la vida, tener hijos de padres diferentes y ser estereotipadas por eso.

Con esto, no queremos desconocer las desventajas que las mujeres enfrentan por sus condiciones de género, clase social y condición étnica; pues yo tengo ventajas de clase que evidentemente Alba no tiene. Entonces, existen fragmentos de nuestra vida que se cruzan y

otros que evidentemente nos diferencian. Ambos son los que describiré a continuación.

Alba cuenta que “ser madre sola es bien duro. El bebé necesita muchos cuidados, no puedes trabajar, tienes que atender al bebé, no te dan trabajo, lo más duro es cuando son pequeñitos, es difícil la parte psicológica, te sientes agobiada”. Cuando Alba me contaba eso, yo pensaba en los inicios de mi maternidad, cuando buscaba trabajo y no podía conseguirlo porque tenía un bebé en brazos y de hecho me sentía agobiada. Ella continuaba su historia: “yo había metido las cuatro patas y entonces por eso te aíslas de muchas personas. Yo, cuando supe que estaba embarazada no sabía a dónde ir, qué hacer, mi papá me detestaba y el papá de la niña me dijo que desaparezca de su vida, entonces me fui al Machángara, pensaba en suicidarme”. Mientras tomábamos café, yo pensaba en las exclusiones similares y, al mismo tiempo, distintas que yo también enfrenté cuando decidí tener a mi hijo. Entonces le pregunté por qué no pensó en el aborto, ¿por qué la muerte y no el aborto?, ¿qué pasa cuando una mujer decide interrumpir un embarazo, en una sociedad en donde la identidad maternal está íntimamente ligada a la feminidad? ¿Qué sucede si una mujer decide tener a sus hijas sola, sin el apoyo de su familia? “En ese rato piensas en todo, oí por ahí de unas pastillas que producen abortos, pero para los afros el aborto como que no... no puedes hacer eso, aunque seas discriminada como mujer tienes que tenerle, porque para qué metiste las patas. Yo tenía anotado el nombre de la pastilla, tenía en un cuaderno donde escribo poemas, pero no podría decirte el nombre de la pastilla, me olvidé. Entonces dije: bueno, si tengo que afrontar, tengo que afrontar; durante los dos primeros años estuve sola”. A mí me pasó una historia similar en mi primer embarazo, pensaba que tenía que afrontar mi maternidad a pesar de no tener las condiciones económicas necesarias para poder cuidar a mi hijo. Sin embargo, a medida que pasaron los años, y por mis ventajas de clase, mis redes sociales y mi familia, que me apoyó económicamente para estudiar, salí de la precariedad inicial, a pesar de que continuaron otro tipo de precariedades como la triple jornada laboral. Adicionalmente pude conocer grupos de mujeres, acceder al aborto y en mi segundo embarazo decidí no ser madre.

En el segundo embarazo Alba decidió tener a su hija porque “pensaba que era una relación estable, yo hablé con él sobre la posibilidad de tener otra hija, llegamos a un acuerdo. Después te das cuenta de todo lo que has dejado de ser, de hacer... ahora tengo ganas de estudiar, de salir adelante, porque antes pensaba que estar con él era todo. Pero es mejor vestir santos que desvestir borrachos”.

Alba, por su historia de migración del campo a la ciudad y de exclusión por condición étnica y de clase social y por ser mujer negra (que ella lo nombra así), tuvo impedimentos para terminar la universidad; sin embargo, entró a trabajar en distintos tipos de organizaciones de mujeres y eso la fortaleció: “cuando el papá de mi hija comenzó a pegarme, yo me sentía fea, comencé a cambiar, a decirme a mi misma que no debo verme mal; no fue fácil porque tenías que aprender a limpiar tu corazón... Aprendí a cambiar porque me di cuenta de lo que me llenaba”.

Uno de los días en que Alba me contó su vida, todas nos sentamos en una mesa a conversar de temas comunes. En nuestros diálogos

existían marcadas diferencias de clase, formas de exclusión que atraviesan las personas que migran del campo a la ciudad y sobre todo la discriminación racial que yo no he sufrido. No obstante, nos encontrábamos en aquellos sentimientos maternales: cuando las hijas se enferman, el divorcio, las estrategias de sobrevivencia o, por ejemplo, lo que ella afirma: “al principio cuando te ven sola con tus hijas, dicen “ésta es fácil, tuvo guagua así no más”, y quieren acostarse contigo”. La situación que describe Alba la hemos pasado muchas mujeres que tenemos hijas solas. Cuando ella narraba esta vivencia, yo recordaba todas las veces que a mí me hicieron la misma propuesta los arrendatarios, los empleadores, los vecinos; y a eso nos referimos con sexualidades excluyentes que son puntos comunes en nuestra experiencia y que nos juntan. Aunque también nos une, y con más fuerza, la posibilidad de luchar, construir un colectivo de mujeres distintas que es nuestro sueño ahora: salir a caminar por las calles alegres donde las mujeres bailan bomba, ríen y luchan sin cansancio, donde te abren los brazos en aquellos momentos en los que en el “centro” y en el “norte” te excluyen porque te consideran “puta” o “clandestina”. Y es precisamente ese, otro de los espacios en donde existe lo que hemos llamado una forma de desclasarse: en aquella clandestinidad en donde las mujeres deciden no ser madres por una serie de razones.

Desde hace mucho tiempo fuimos cómplices de las mujeres que, casi siempre solas, intentan sortear los obstáculos que la clandestinidad te impone, cuando quieres abortar. Recibíamos llamadas y visitas de mujeres que nos preguntaban cómo podían hacer para conseguir un aborto que no pusiera en riesgo su vida ni su libertad. Nosotras, unas veces con la alegría de saber que estábamos haciendo lo correcto y otras con la profunda tristeza de enfrentarnos al mundo tal y como es, hacíamos todo lo que podíamos para ayudar a otras mujeres a conseguir lo que estaban buscando.

Pero siempre era poco lo que podíamos hacer: una cita médica, una página web, la recomendación de dónde buscar más información. Muchas veces pasábamos semanas enteras lamentándonos por no haber podido hacer todo lo que hubiéramos querido por una mujer a la que no conocíamos. Desde la inseguridad que implica hacer algo ilegal, nosotras también teníamos que enfrentar la clandestinidad y el riesgo que involucra jugarte por las otras.

Hacíamos lo que podíamos y acompañamos a muchísimas mujeres a llevar a la práctica lo que ya habían decidido. Acompañar a una mujer que pasa por una situación tan difícil en un contexto que siempre intenta cagarte, te abre miles de cuestionamientos y posibilidades para pensar. De esa experiencia y de las reflexiones colectivas que tenemos sobre esto, nació la idea de desafiar la clandestinidad: abrir una línea telefónica en la que pudiéramos dar información sobre cómo hacerse un aborto seguro a todas las mujeres (incluso a las que no conocíamos) y sobre todo a aquellas que –casi siempre por una división del mundo en clases sociales– nos era casi imposible llegar.

Pero la idea no era solamente llegar a mujeres diversas, unas con más necesidades que otras de obtener información sobre

aborto, sino también usar esta iniciativa para abrir la discusión política y pública sobre el tema. Luego de varios intentos, más o menos fallidos, de hacerlo por diferentes medios, estábamos convencidas de que era necesario actuar, desafiar las leyes y la moral en la acción, para poner en cuestión el sentido común sobre el aborto.

Era necesario politizar el tema en un doble sentido: hacer que el tema del aborto volviera a la escena pública después de años de haber sido silenciado, pero también llevar las discusiones políticas a los espacios privados, a los baños y a los dormitorios donde las mujeres toman la decisión de abortar.

Intentábamos politizar, además, otros temas que desde nuestra perspectiva están íntimamente relacionados con el aborto: el placer sexual de las mujeres, las relaciones inequitativas dentro de las parejas, la maternidad y la paternidad, el deseo.

Mientras hacíamos estas reflexiones, fuimos encontrándonos con otras y descubriendo que era necesario tomar acciones concretas que hicieran que todas podamos tomar decisiones autónomas sobre nuestros cuerpos, sin tener que vivir la violencia de la clandestinidad que tantas de nosotras habíamos enfrentado en algún momento.

Mi relación, conocimiento, proximidad o memoria del aborto está en mi cuerpo desde antes de nacer, porque también está en el de mi abuela, mi madre y muchas abuelas, bisabuelas, mujeres. Mi abuela abortó de una manera muy distinta a la de mi madre a inicios de 1900, cuando su vida estaba confinada a sus cinco hijas y dependía del contexto histórico que en ese momento vivía el país: las demandas de las mujeres estaban más concentradas en el derecho al voto y a la participación en la vida pública por una lado y por el otro al cuidado de la vida. En ese entonces el aborto pasaba por los pasadizos secretos, los patios interiores y una cruel clandestinidad que se ha ido transformando a lo largo de los años, sin erradicarse totalmente... Treinta años más tarde, mi madre, después de bordear la muerte en un parto –y a pesar de los debates ocultos que mantenían escritoras y militantes de izquierda en espacios marginales sobre el aborto– en contraposición, involuntaria o inconsciente, a las nacientes políticas públicas del control de la fecundidad, habría decidido abortar en la misma clandestinidad quizás un poquito transformada... Y finalmente yo, veinte años más tarde, en los mismos espacios en los cuales quizás variaba el color de las paredes, la cara del médico y de la enfermera, aborté. Probablemente esas experiencias que se quedan en nuestro cuerpo, más adelante se convierten en el sentido de la propia vida o en la razón de lucha... Después me interesé en asuntos relacionados con la maternidad; en la universidad y durante algún tiempo me dediqué a hacer entrevistas relacionadas con el aborto a mis amigas, con quienes se tejían complicidades clandestinas, compartíamos ese dolor, del cual solamente se podía hablar en voz baja, en espacios muy privados...

¡Ya no llores!, por entrar a ese cuarto clandestino y quitarte la ropa obligadamente. Porque él, que puede ser cualquiera, está afuera hablando de la lucha de clases. Y vos ahí adentro mordiendo los labios para no llorar y el hijueputa ese del médico te coge el culo. Ahí se te acaban los tales derechos, esos que dices que las mujeres tienen. Porque



“La clase no sólo marca la posibilidad de conseguir servicios de aborto. Marca también la posibilidad de procesar tu decisión, de pensarla, de reflexionarla, de hablarla o silenciarla y de vivir con ella. La clase marca las construcciones de las subjetividades de las mujeres y estas, a su vez, definen las posibilidades que tenemos para pensar en el aborto.”

te hacen abrir las piernas, te meten un aparato que no sabes bien qué es y el médico, que podría ser cualquiera, te dice que no puedes gritar. Y después del legrado igual te toca levantarte, porque tienes que trabajar, no llorar, no pensar y vos también podrías ser cualquiera. Más adelante, juntándonos, nos dimos cuenta de que habían espacios donde podíamos encontrar píldoras del día siguiente, poco a poco nos fuimos enterando de que también era posible encontrar información sobre abortos seguros y más tarde, en el 2008, en las paredes de Quito encontramos la línea de Aborto Seguro, esto rompió el silencio y la clandestinidad.

Después de pasar meses pensando en estrategias legales y políticas, en discursos y acciones, en alianzas y detalles logísticos, por fin lanzamos la línea en junio de 2008 y, hasta marzo del 2009, ya habíamos pasado la información a 800 mujeres de distintas ciudades del país. Llamamos a nuestra línea Salud Mujeres y la llevamos a las calles con una grafiteada enorme y con una acción en la Virgen del Panecillo, con las manos de gente comprometida que vino de varias organizaciones y ciudades del país a ayudarnos a hacer lo que ya habíamos decidido. Igual que hacíamos nosotras cuando una mujer llegaba a decirnos que quería abortar, ellas y ellos casi no nos preguntaron nada y sólo pusieron su tiempo para aliarse con nosotras y con las mujeres que lo necesitaran. Salimos a las

calles más de cincuenta personas y en una noche llenamos las paredes de la ciudad con nuestro número telefónico. Lo que escribo a continuación es el resultado de la reflexión –a veces colectiva y a veces personal– sobre la experiencia de contestar la línea, difundirla, gestionarla y, además, juntarnos con otras mujeres para pensar sobre lo que nos está pasando.

La clandestinidad nos está atravesando a todas, a pesar de que cada una ocupa un lugar y le atraviesa una historia: mestizas, negras, estudiantes, trabajadoras, profesoras, indias, migrantes, con o sin seguro. Muchas mujeres nos encontramos en la clandestinidad, las maternidades precarias, las sexualidades excluyentes.

Cuando me invitaron a pensar y escribir sobre “clase y aborto”, lo primero que vino a mi mente fue cómo la categoría de clase, políticamente necesaria y metodológicamente útil, en su versión más tradicional no alcanzaba para pensar las experiencias que la mayoría de mujeres tenemos cuando decidimos abortar, en específico, y cuando pensamos en nuestra sexualidad, más en general. Pensé que era necesario *sexualizar* la categoría, complejizarla. Porque cuando abortas no solamente entran en juego los recursos materiales que puedas utilizar para conseguir servicios seguros, no sólo importa que ganes lo suficiente para pagar un servicio que puede costar hasta 500 dólares y que, además, puedas disponer de tu dinero para gastar una suma tan alta sin pedir permiso a nadie y sin dejar de cubrir las necesidades más básicas de tu familia; también, y sobre todo, importan los otros recursos: lo que sabes, lo que has oído, la gente que conoces, la que se solidariza contigo y te acompaña, la que te juzga y a pesar de eso te ayuda, la que conoce un amigo de un amigo de una amiga y la que te puede conseguir la receta, las pastillas o la cita.

Todos esos recursos, que son los que realmente marcan tu experiencia cuando decides abortar, no siempre se definen por el tipo de trabajo que tengas –o que tenga tu pareja–, por la cantidad de dinero que ganes, por las cosas que poseas o por el lugar que ocupes en la estructura del trabajo asalariado. Ni siquiera se definen por la cantidad de “necesidades básicas satisfechas”. Si tienes acceso a un servicio de salud privada, seguramente será más difícil encontrar ahí alguien que quiera “ayudarte”, que si buscas en los hospitales públicos, aunque en todo tipo de hospitales los médicos pongan en juego, mientras te atienden, su doble moral y sus valores religiosos.

Aunque ganes miles de dólares, cuando eres migrante desplazada por la violencia y estás sola en un país extraño, no tienes los recursos suficientes para encontrar el camino de salida. Eso fue lo que le pasó a Daisy, una mujer colombiana que llamó a Salud Mujeres. Ella nos contó que estaba aquí desde hace poco tiempo y que tenía una hija y no quería tener a otra tan lejos de su familia. No sabía cómo encontrar los servicios. Aunque tenía dinero para pagarlos, nunca había ido a un ginecólogo en el Ecuador. No sabía ni por dónde comenzar a buscar, así que decidió arriesgarse y llamó a la línea.

Aunque ganes bastante menos, pero puedas disponer tú sola de los pocos recursos que tienes, cuando fuiste desplazada por el empobrecimiento del campo, si no conoces a las personas adecuadas, tampoco podrás hacer nada. Lo mismo pasa cuando eres demasiado joven para saber qué hacer, cuando temes por lo que las personas adultas puedan hacer de tu vida si se enteran que “fallaste”. Para Marcia, una mujer de Guayaquil que tenía veinte años cuando decidió abortar, la experiencia fue dura y violenta, a pesar de que sus padres migrantes le mandaban dinero y ella podía disponer de él libremente. Podía pagar lo que costara un aborto seguro, lo difícil fue conseguir alguien que quisiera hacérselo sin aprovecharse de ella.

Existen testimonios de mujeres, en los cuáles se observa cómo los médicos clandestinos cobran más dinero del necesario, acosan sexualmente a las mujeres que acuden allí o simplemente no se responsabilizan por su vida debido a la situación de clandestinidad.

Para otras, en cambio, el dinero sí define lo que pueden hacer de la vida. María Elena es de Machala, tiene veintinueve años y trabaja como empleada doméstica, mantiene sola a sus cuatro hijos. Para su mala suerte, sus hijos se enfermaron justo cuando ella tenía que ponerse la inyección anticonceptiva y la plata no le alcanzó para todo. Dejó de usarla por un mes y se quedó embarazada. Su pareja se fue cuando se enteró. Cuando llamó a la línea, tampoco estaba segura de poder conseguir el dinero para comprar las pastillas que necesitaba para interrumpir su embarazo, pero tenía una amiga que le había dado el número y la iba a ayudar. Ella estaba realmente desesperada, no quería ni podía tener más hijos. Realmente no le alcanzaba la plata.

La clandestinidad obliga a que las experiencias de aborto estén mediadas por redes de complicidades y subversiones. La clandestinidad trastoca las clases, sube los precios, esconde los recursos.

Pero la clase no sólo marca la posibilidad de conseguir servicios de aborto. Marca también la posibilidad de procesar tu decisión, de pensarla, de reflexionarla, de hablarla o silenciarla y de vivir con ella. La clase marca las construcciones de las subjetividades de las mujeres y estas, a su vez, definen las posibilidades que tenemos para pensar en el aborto. Cuando eres campesina empobrecida, cuando eres trabajadora sexual, cuando tuviste que luchar para sobrevivir cada día, sabes que tienes que ser fuerte y sobreponerte, sabes que la vida es difícil y que te pone en situaciones que no quisieras. Como siempre se esperó que seas fuerte, podrás también sobreponerte a la decisión y la difícil experiencia de abortar. Cuando, en cambio, tu feminidad fue construida desde la sensibilidad, la debilidad y la ternura, todo el mundo, incluida tú misma, esperan que reacciones emotivamente frente a las situaciones duras, que te sientas culpable por no ser lo que debías ser.

La decisión del aborto siempre está marcada también por lo que tú misma pienses y se piense en tu círculo social más cercano acerca de la maternidad. Las condiciones ideales para ser madre y la manera de ejercer la maternidad no son las mismas para todas. Están definidas por la clase y el lugar que ocupamos

en la vida. Están marcadas por nuestras experiencias con nuestras propias madres y por las maternidades ya vividas por nosotras o por otras cercanas. No es lo mismo ser madre sola viviendo en la calle que madre privilegiada, con un trabajo estable o ingresos inestables pero altos. La maternidad no se piensa, no se desea, no se ejerce de la misma manera en las distintas clases sociales.

Es por eso que, ante un embarazo inesperado, cuando piensas qué hacer con él, las condiciones y posibilidades para ejercer la maternidad de la manera en que se te enseñó que debías hacerlo, marcan el deseo de continuar o interrumpir el embarazo.

En el aborto, como en muchas experiencias en las vidas de las mujeres, la clase social no sólo tiene que ver con el lugar que ocupes en la estructura productiva y económica. Tiene más que ver con el lugar que ocupas en otras jerarquías sociales –de edad, de género, en la pareja– y con los saberes y recursos que has logrado construir en ese estar abajo, en el lugar de las oprimidas, las subordinadas. Desde este lugar, es posible construir redes y complicidades que te permiten subvertir el sistema, unas veces dando la cara y otras no, pero subvertirlo al fin.

Por eso, cuando pensamos en cómo la clase marca las experiencias de aborto para las mujeres, es necesario complejizar la clase, pensarla en el sentido de círculos que se entrecruzan y cruzan tu experiencia y te abren posibilidades o te cierran caminos. Círculos en los que te juntas con mujeres más o menos privilegiadas que tú, en los que te separas de otras que tuvieron vidas parecidas a la tuya.

Nos encontramos de esta manera frente a dos realidades: una de clandestinidad, maternidad precaria, en donde la clase no se puede separar de la sexualidad. Y la otra: un momento en el que la maternidad y la sexualidad se politizan a través de la línea telefónica escrita en las paredes o cayendo de la Virgen del Panecillo, produciendo de esta manera cuestionamientos, discusiones y preguntas en las mujeres que están sentadas en una mesa conversando sobre aquellas maternidades precarias, sobre los estereotipos de la sexualidad y transformando un imaginario.

ALBA PAVÓN ES COAUTORA DE ESTE ARTÍCULO. PARTICIPÓ DIRECTAMENTE EN LA ESCRITURA DE MUCHOS LOS PÁRRAFOS Y EN LA APROBACIÓN DEL TEXTO FINAL.

QUEREMOS AGRADECER DE MANERA ESPECIAL A NUESTRAS AMIGAS Y COMPAÑERAS: ANA CRISTINA VERA Y PAULA CASTELLO POR LAS CONVERSACIONES, DISCUSIONES Y REFLEXIONES QUE TAMBIÉN ESTÁN PRESENTES EN ESTE ARTÍCULO.

NOTAS

- 1 Cuando quedamos embarazadas, el barrio y la familia nos juzgan y nos excluyen; somos tachadas como “putas” cuando tenemos hijas solas y se nos excluye de muchos espacios (similitudes entre nosotras que son ejemplo de sexualidades excluyentes).

PRODUCCIÓN Y REPRODUCCIÓN EN MARX

montserrat galcerán huguet {universidad nómada}

LOS MOVIMIENTOS DE LAS TRABAJADORAS

Desde los inicios del movimiento obrero las mujeres han participado en él, no sólo en tanto que asalariadas en las fábricas, sino en tanto que militantes en las primeras asociaciones políticas y sindicales. Aún así, podemos constatar ciertas diferencias entre el militante varón y la militante mujer, diferencias ligadas a la tradicional minusvaloración del trabajo femenino y a las constricciones derivadas de la atención que la mujer presta a la familia.

Entre los estudios marxistas, solía considerarse una obviedad que las transformaciones en la vida de las mujeres y en su consideración social derivaban de la revolución industrial. Ésta las había convertido en obreras, trabajadoras industriales, al tiempo que a los varones. Sin embargo, una consideración más detenida muestra que las cosas no sucedieron exactamente así. Es cierto que la industrialización cambió a ritmo lento la situación de las mujeres, pero la acompañó de procesos de variado alcance. Lo más destacable es que instauró la división entre el trabajo doméstico o las labores caseras, ya fueran de producción o de reproducción y el trabajo a desarrollar en la fábrica y en los talleres. El primer tipo de trabajo recayó directa y exclusivamente en las mujeres, como venía siendo tradicional, mientras que en el segundo se implanta progresivamente una distinción de géneros de modo que ciertas secciones o ciertos trabajos son desarrollados casi exclusivamente por mujeres aún en un entorno masculino. Esa diferenciación obedece, casi exclusivamente, a la falta de cualificación de la fuerza de trabajo femenina y a su menor precio. Tenemos ejemplos abundantes en la elaboración del tabaco, que sólo empleaba mujeres (las famosas “cigarreras”) o el lavado de la ropa, pero también en las secciones “feminizadas” de las fábricas metalúrgicas o de acabados. En el textil, la introducción de nuevas máquinas automáticas descalificó el trabajo y los patronos recurrieron a emplear mujeres, con menores salarios, en labores que anteriormente habían desempeñado los varones.

En el caso de Inglaterra, que es uno de los mejor estudiados gracias, entre otras cosas, al precioso libro de Thompson¹, antes de la introducción del telar mecánico había sido costumbre que los tejedores trabajaran en su casa, con varios telares

ocupados por los diversos miembros de la familia. La distribución del trabajo incluía una clave de género –no era lo mismo el trabajo que hacían los hombres que el de las mujeres–, pero, en muchos casos, el oficio del varón comportaba un trabajo adicional que desempeñaba su mujer o su hija. Thompson reproduce parte de una declaración pública firmada por “un oficial hilander del algodón” en la que entre otras cosas se dice:

“Cuando la hilatura del algodón estaba en sus inicios y antes de que se utilizaran estas terribles máquinas, llamadas máquinas de vapor [...] el algodón en rama siempre se distribuía en pacas a las esposas de los hilanderos en su casa, donde lo calentaban y lo limpiaban hasta dejarlo a punto para los hilanderos de la fábrica. Con ello podían ganar 8, 10 o 12 chelines a la semana, y cocinar y atender a sus familias. Pero ahora nadie tiene ese trabajo, porque todo el algodón se desmenuza con una máquina, accionada por la máquina de vapor, que se llama diablo; de modo que las esposas de los hilanderos no tienen trabajo, a no ser que vayan a trabajar todo el día en la fábrica en un trabajo que realizan también los niños a cambio de unos pocos chelines, 4 o 5 por semana.”²

Por otra parte, esa sustitución del trabajo masculino cualificado por trabajo femenino descalificado, más barato, explica que ya en fechas muy tempranas se encuentren voces masculinas con peticiones de que se prohíba a las mujeres el trabajo en las fábricas.

Así pues, si bien la industrialización afecta a las mujeres tanto como a los hombres, no las convierte en sus iguales. El proceso es mucho más ambivalente. Cito a Thompson de nuevo:

“[L]a afirmación de que la revolución industrial mejoró la situación de las mujeres parecería no tener mucho significado si recordamos las horas de trabajo excesivas, las malas condiciones de las viviendas, el excesivo número de partos y los terribles datos de la mortalidad infantil. Pero por otra parte, las abundantes oportunidades de empleo femenino en los distritos textiles proporcionaban a las mujeres la categoría de asalariadas independientes. La soltera o la viuda se liberaron de la dependencia respecto a los familiares o la beneficencia parroquial. Incluso las madres solteras podían, gracias al relajamiento de



ilustración leonor bravo & adrián balseca



la disciplina moral en muchas fábricas, alcanzar una independencia desconocida hasta entonces [...] Virtuosos patronos se enorgullecían de despedir a las muchachas que cometían un solo paso en falso. Un testigo, que contrastó este comportamiento con las costumbres de manga más ancha de Manchester, hizo una serie de observaciones que inquietaron a los moralistas. ‘He observado, dice, que cuando las fábricas y las factorías están casi libres de madres con hijos ilegítimos, las calles están infestadas de prostitutas, y que, por el contrario, donde se permite que las muchachas vuelvan a su trabajo, después de dar a luz a un niño, allí las calles se encuentran comparativamente vacías de esos seres infelices’”.³

Se observa, por un lado, la separación entre hogar y fábrica, característica de las sociedades industriales, que concentran los trabajos de producción en las fábricas y talleres y los de reproducción en los hogares, a la vez que se produce simultáneamente la fragmentación de los colectivos femeninos, no sólo por género, sino también por edad y situación. Las mujeres jóvenes trabajan en las fábricas y talleres hasta el matrimonio, luego se ocupan de la casa y los hijos y sólo a partir de la cincuentena, especialmente si quedan viudas, vuelven al trabajo fuera de casa. Excepto en el caso de las, abundantísimas, madres solteras, obreras y especialmente criadas, que difícilmente se casan y que en muchos casos se refugian en la prostitución, por lo que la crítica de la sociedad industrial reviste en tantos casos y en lo que se refiere a las mujeres, fuertes acentos de crítica moral.

Ese vaivén característico de la vida laboral de las mujeres contrasta con la fijeza de la figura masculina que solía trabajar gran parte de su vida en el mismo oficio, si no en la misma empresa. Y arroja una notable diferencia en la práctica política: el militante obrero clásico suele ser un varón de media edad, padre de familia, mientras que la militante femenina es por lo común una mujer joven o bien madura, en tanto que las mujeres de los obreros decimonónicos suelen participar en las luchas, si es que lo hacen, en tareas de apoyo: recogida de dinero, reparto de propaganda, ayudas a los represaliados, heridos o fugados, preparación de fiestas o reuniones atendiendo a las comidas, lavando las ropas, preparando los desplazamientos, etc. La figura del proletario clásico es una figura masculina que acompaña el discurso de los movimientos obreros hegemónicos y tiende a silenciar o a subordinar las luchas femeninas. En ocasiones con la prohibición de la sindicación para las mujeres como fue usual en los sindicatos europeos hasta muy a finales de XIX. En Alemania la prohibición se levanta en el Congreso de Halberstad, en 1892. Algo similar ocurre en países como Francia, Estados Unidos o Inglaterra. En cuanto a las reivindicaciones, en las luchas de las mujeres hay algunas que se solapan con las de sus compañeros varones, como por ejemplo la reducción de horarios (por citar sólo un caso, los grupos de lavanderas y costureras piden, durante la revolución del 48, horarios de 12 horas en vez de las 14 habituales), pero otras son específicas, tales como la construcción de grandes lavaderos públicos, en el caso de las lavanderas; la obligación de que las empresas tengan

guarderías para los niños; el que se instalen comedores colectivos y salas de reunión, etc. Eso implica que los movimientos de mujeres, incluso en sus incipientes formas tienen muy presente no sólo las exigencias estrictamente sindicales como la reducción de horarios o la subida de salarios sino que incluyen cambios en las condiciones de vida.

LA TEORÍA DEL VALOR

No voy a extenderme con detalle en la teoría del valor. Doy por supuesto que conocéis los grandes rasgos de esta teoría. Sólo quiero destacar lo que, a mi modo de ver, es una novedad en el planteamiento de Marx, según el cual lo que el trabajador vende por medio del contrato de trabajo no es su trabajo sino, como él dice, su “fuerza de trabajo”, o sea su capacidad para trabajar. En consecuencia el salario no paga el trabajo realizado por el trabajador sino “el valor de su fuerza de trabajo” y éste se mide, como es sabido, por el valor –por tanto por el trabajo que cuesta producirlos– de los medios de subsistencia.

Siendo esto así, la teoría pretende explicar cómo funciona una sociedad en la que todo lo que se consume ha sido producido como mercancía y ha sido intercambiado en función de su valor –o sea del trabajo que encierra– de tal modo que siendo siempre el valor de la fuerza de trabajo menor que el de las mercancías que produce, por unidad de tiempo, la diferencia entre ambas magnitudes constituye el plusvalor o producto de tiempo de más aportado por los trabajadores. Éste constituye la base del beneficio del capitalista y del interés del capital.

Ahora bien, en este punto Marx valora en mayor medida el trabajo (masculino o femenino) productor de mercancías de consumo, incluido el consumo obrero, que el trabajo, básicamente femenino, de reproducción, el cual prácticamente no entra en el cuadro. Es más, si definimos “trabajo” como “trabajo asalariado”, por tanto como aquél que se realiza bajo control ajeno, con medios de producción ajenos y a cambio de un salario, el trabajo de reproducción que sigue haciéndose en el marco familiar y sin salario, deja de ser considerado como tal. Así, y aún cuando Marx dedica algunos de sus pasajes más duros a la explotación de la mujer en la fábrica, deja en la sombra todo el trabajo de reproducción al privilegiar en el conjunto de su doctrina el trabajo fabril.

Es cierto que esta reducción se encuentra en mayor medida en *El Capital* que en otros textos como *La ideología alemana* o *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, de Engels. En el primer texto, en un pasaje muy conocido, Marx y Engels indican que: “la producción de la vida, tanto de la propia en el trabajo, como de la ajena en la procreación, se manifiesta inmediatamente como una doble relación –de una parte como una relación natural, y de otra como una relación social ; social en el sentido de que por ella se entiende la cooperación de diversos individuos [...] de donde se desprende que un determinado modo de producción [...] lleva siempre aparejado un determinado modo de cooperación que es, a su vez, una ‘fuerza productiva’”.⁴ Si nos tomamos en serio este texto, eso significa que no podemos aceptar sin más como marxista el “reduccionismo de la

Ilustración
adrián balseca

fábrica” por más que el propio Marx en *El Capital* haya prestado poca atención al aspecto de la reproducción y no lo haya separado del ámbito familiarista.

En el otro texto, el prólogo de 1884 a *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, Engels dice:

“[S]egún la teoría materialista el factor decisivo en la historia es, a fin de cuentas, la producción y la reproducción de la vida inmediata. Pero esta producción y reproducción son de dos clases. De una parte la producción de medios de existencia, de productos alimenticios, de ropa, de vivienda y de los instrumentos que para producir todo esto se necesitan; de otra parte, la producción del hombre mismo, la continuación de la especie. El orden social en el que viven los hombres en una época o en un país dados, está condicionado por estas dos especies de producción: por el grado de desarrollo del trabajo de una parte, y de la familia, de la otra”.⁵

Esos dos órdenes están regidos por una lógica diversa aunque compatible, siendo el análisis de sus relaciones parte del problema que las feministas marxistas han investigado.

Ahora bien, dado que el propio Engels indica que la subordinación de la mujer es resultado de la emergencia de la propiedad privada –en la sociedad moderna, a diferencia de la antigua “el régimen familiar está completamente sometido a las relaciones de propiedad”⁶– es lógico pensar que la emancipación de la

mujer sólo podrá darse en una sociedad sin propiedad privada.

La consecuencia de este planteamiento es que la tradición marxista del siglo XIX tendió a subordinar la emancipación de las mujeres a la revolución social y a explicar aquélla en función del dominio del capital, la “propiedad privada”, sin prestar suficiente atención a las formas concretas de dicha subordinación.

Un ejemplo relevante lo podemos encontrar en Clara Zetkin, una de las feministas socialistas marxistas más destacadas. El punto central de sus reflexiones y de su actividad militante es justamente la “cuestión femenina” que enfoca desde un punto de vista tradicional en el socialismo marxista, a saber, como parte de la “cuestión social” y como problema cuya resolución está condicionada a la de aquélla en el marco del horizonte trazado por Engels. Acepta la complicación entre capitalismo y patriarcado, “el doble juego de la dominación del hombre y del capital” como suele llamarlo y potencia la movilización autónoma de las mujeres en sus organizaciones que son, en el fondo, coincidentes con las luchas del proletariado. No acepta una “lucha de sexos” a la que considera formando parte de la ideología burguesa. Así entiende que: “la lucha de las mujeres proletarias es una lucha que va unida a la de los hombres de su clase contra la clase de los capitalistas [...] el objetivo final de estas luchas no es la concurrencia con el hombre, sino la conquista del poder político por el proletariado [...]; esto no significa que

no deba apoyarse también las reivindicaciones del movimiento femenino burgués. Pero la conquista de esas reivindicaciones sólo representa un instrumento, un medio para un fin, entrar en la lucha con las mismas armas al lado del proletario.”⁷

Dicha “alianza instrumental” sigue considerando a la mujer como “la mujer del obrero-varón”, le pide que ayude a su “varón” en la lucha por la emancipación general y sigue tratándola como una persona de segundo rango, como un “segundo sexo” que dirá posteriormente Simone de Beauvoir.

Clara Zetkin aconseja distanciarse del movimiento femenino burgués movida por una reflexión acertada contra el reformismo que estaba avanzando en la política socialdemócrata y que, en el caso de una hipotética alianza entre el movimiento de las mujeres socialistas y las feministas burguesas, corría el peligro de hacerse sin posiciones de principio claras, lo que serviría de apoyo a las tesis reformistas. Pero esa posición, por lo demás correcta, no logra comprender la importancia de un movimiento de masas autónomo por parte de las propias mujeres, con lo que de hecho las coloca en una situación de dependencia del movimiento socialista masculino. Se nos plantea en este punto el problema de la relación entre “clase” y “género” tan tratado años después. Quizá por vez primera Clara Zetkin observa que la dominación de género adquiere características distintas según la clase e incluye en ella la sujeción de la personalidad femenina; pero a la vez comparte el objetivismo exasperado del marxismo positivizado de la 2ª Internacional que reduce al mínimo la importancia del factor subjetivo y por tanto reduce la emancipación de la mujer obrera a la cooperación en la emancipación de la clase.

La ambivalencia de Clara Zetkin se manifiesta en que a pesar de que subordine “en principio” la lucha de las mujeres a los objetivos socialistas, promueve las organizaciones sectoriales de las mujeres como organizaciones independientes y propicia las tareas de agitación a partir de su situación concreta: asambleas de fábrica, pero también asambleas de amas de casa, agitación por las casas, conferencias de mujeres sin partido, etc. En 1907 organiza con Rosa Luxemburgo la primera conferencia internacional de las mujeres socialistas en la que se formulan las exigencias clásicas del feminismo socialista: igualdad de oportunidades, salario igual a trabajo igual, ayuda a las madres y a los niños, derecho de sufragio.

En cuanto a éste último, adopta la misma posición de principio señalando que el derecho al voto supone la emancipación de la mujer de las trabas sociales que se oponen a su socialización en condiciones de igualdad. No lo trata como un derecho “natural” (ilustrado) sino como un derecho “social”, que permite configurar una relación social de igualdad entre individuos libres y rompe “socialmente” las dependencias, aunque no sea condición suficiente para la emancipación, la cual exige otros esfuerzos y otras mediaciones. En aras de este análisis, propone que todas las campañas electorales incluyan la exigencia del voto para la mujer, de tal forma que se rompan los límites estrechos y burgueses en que las propias elecciones deben

desarrollarse. Esta práctica “radical” me parece un exponente del modo como entiende la lucha política.

Con todo y a diferencia de los dirigentes masculinos de la socialdemocracia decimonónica, tanto Clara Zetkin como Alejandra Kollontai insisten en la importancia de introducir cambios significativos en el matrimonio, tanto desde el punto de vista de la legislación como de la cultura, temas que dirigentes como el propio Lenin consideran totalmente secundarios.

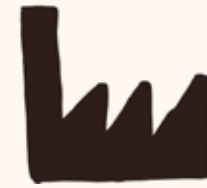
PRODUCCIÓN Y REPRODUCCIÓN. EL DEBATE SOBRE EL TRABAJO DOMÉSTICO

El debate sobre el trabajo doméstico marca la puesta en discusión de este problema en el marco de los años 60, cuando feministas socialistas, especialmente americanas e inglesas (entre ellas Benston y Dalla Costa), pusieron en cuestión el modo habitual de abordar el tema en la tradición socialista marxista y plantearon que la teoría del valor no tomaba en consideración el trabajo de producción de la propia fuerza de trabajo, o sea el trabajo de reproducción y de cuidados. Dado que la fuerza de trabajo se produce y reproduce, en su valor debe tenerse en cuenta el valor de este trabajo, el cual es desconsiderado en el sistema capitalista por su especial combinación de trabajo de producción en la fábrica y trabajo de reproducción en la casa y la familia. De este modo la familia deja de ser considerada por estas autoras como “espacio de consumo” para pasar a serlo como “espacio de producción de la mercancía fuerza de trabajo”, característica que la hace especialmente funcional al sistema capitalista y que redobla la dependencia de la mujer.

Esta discusión se enlaza en los años 70 con la discusión sobre “trabajo productivo e improductivo”, siendo caracterizado el primero como aquel que se hace en condiciones capitalistas –capital variable para un capital constante– y el segundo aquel que no es valorizado por capital alguno –el trabajo de los funcionarios, los servicios públicos, etc. En este contexto, Mª Rosa Dalla Costa plantea en un texto de 1972⁸ que el trabajo de reproducción es trabajo productivo puesto que, aunque no se desarrolle bajo mando capitalista y en relación a un capital constante, produce la mercancía “fuerza de trabajo” que es la mercancía central en el sistema. Lo define como un “forma enmascarada de trabajo productivo” que es pagada en el salario del varón casado, el cual incluye la reproducción de la unidad familiar. Como consecuencia de este planeamiento propone romper con la división “trabajo fuera” y “trabajo dentro” (público/privado) y pensar en formas de “huelga de trabajo doméstico” y/o de pago del mismo.

El resultado de este debate que agitó el feminismo internacional durante los años 70 queda bien resumido, a mi modo de ver, en el artículo de Heidi Hartmann⁹ en el cual se caracteriza de “infeliz” el matrimonio entre marxismo y feminismo. Como consecuencia de este debate, el feminismo posterior ha intentado abrir otros caminos de discusión distanciándose de las categorías marxistas en sentido estricto.

Según el texto de Hartmann, podemos distinguir entre dos



sistemas entrecruzados: el sistema capitalista, basado en la explotación de fuerza de trabajo ajena y en la extracción de plusvalor por intermedio del trabajo asalariado, y el sistema patriarcal que coloca a las mujeres en la dependencia de los varones, carga sobre ellas el trabajo doméstico impagado y crea con ello un colchón para la apropiación capitalista. Este planteamiento dual deja sin embargo cierta insatisfacción pues no queda claro cómo se interseccionan los dos sistemas y cómo se redoblan colocando a las mujeres en este especial cruce que deberíamos ser capaces de comprender de modo más detallado.

Por último querría llamar la atención sobre otro problema ligado a la reproducción, tomada ahora en sentido amplio como “reproducción del sistema/sociedad capitalista” o “reproducción del capital” y no sólo como reproducción de la fuerza de trabajo, aún cuando la reproducción de esta última sea un aspecto importantísimo de la primera. Se trata de una reflexión que encuentra su punto de partida en un famoso texto de Rosa Luxemburgo¹⁰. Ella señala que los esquemas de reproducción de Marx, la distinción entre el sector I –productor de capital constante– y el II –productor de medios de subsistencia– no permiten una reproducción ampliada más que en los estrechos límites en que la expansión del sector I comporta una expansión sucesiva del II, pero, en consecuencia, las tasas de acumulación son extremadamente variadas y no guardan proporción alguna. Como resultado de este problema, Luxemburgo enuncia la tesis, que intenta mostrar por vía histórica, de que la



acumulación ampliada precisa siempre de un entorno no-capitalista al que subyuga, al que vende parte de sus mercancías sobrantes y del que extrae fuerza de trabajo y recursos según sus propias necesidades provocando, como muestra el análisis del colonialismo, un total desmantelamiento de las economías de subsistencia que le rodean a nivel global: “El capitalismo combate y aniquila en todas partes la economía natural, la producción para el propio consumo, la combinación de la agricultura con el artesanado. Necesita imponer la economía de mercado para dar salida al propio plusvalor”¹¹.

Para ello sirve el endeudamiento, que provoca el hundimiento de economías de subsistencia que pasan a ser dependientes del capital financiero internacional y el enorme gasto militar que permite, por una parte, mantener el ritmo de la acumulación ampliada y, por otro, obligar a todas las economías a gastos desproporcionados con su capacidad socioeconómica.

A mi modo de ver, este análisis coloca en el centro de sus preocupaciones la perspectiva de la reproducción de un sistema capitalista devenido global, que impone su lógica a nivel planetario, dibujando nuevas líneas de división del trabajo a nivel internacional. Los trabajos de subsistencia, desarrollados mayoritariamente por las mujeres, adquieren en este marco nuevos contornos, pues se reproduce aquella lógica ambivalente de la primera industrialización: de un lado ciertas capas de mujeres se independiza de las trabas tradicionales al convertirse en trabajadoras de fábrica, por ejemplo en las nuevas zonas industriales

“Marx no pensó que aquellos que no están sometidos al tipo de ocupación alienada socialmente válida, por tanto aquellos que no son trabajadores asalariados en el capitalismo, pueden convertirse en sujetos sociales transformadores. En consecuencia, dedicó tan poca atención a analizarlos en tanto fuerza social, como al problema de qué es lo que deviene –en la sociedad en general– de una ‘actividad productiva’ que no está sometida a la forma del trabajo que genera renta.”

Frigga Haug

como las maquilas mexicanas o los enclaves en Sudasia, cuya falta de reglamentación propicia altos niveles de explotación. Por otra, grupos de mujeres se asocian para proteger enclaves naturales a un paso de ser expoliados por las grandes transnacionales y que hasta ahora habían sido sus fuentes de recursos, como los movimientos en la India de que habla Vandana Shiva¹². Otras muchas huyen de sus hogares camino del Primer Mundo en la grandes oleadas migratorias de la actualidad y, una vez en él, garantizan aquellos trabajos de subsistencia y de cuidado que se precisan en esta sociedad.

Como consecuencia de todo ello, el feminismo se encuentra ante la necesidad de plantearse esos cambios de un modo global, pues las colonias “externas” se complementan con las “internas” y en todas ellas encontramos trabajo femenino desvalorizado.

CRÍTICAS DESDE EL FEMINISMO

En su artículo “Género”, Donna Haraway sostiene que “Marx y Engels nos proporcionan instrumentos teóricos decisivos para posteriormente politizar y elaborar teóricamente el concepto [de género] pero también ofrecen límites”¹³. Los instrumentos teóricos se reducen casi simplemente a ubicar la problemática del género en el marco de las relaciones sociales sin que, sin embargo, éste sea pensado en su especificidad ni las mujeres aparezcamos como sujetos revolucionarios más allá de nuestra generalidad como seres humanos. Hasta ahí las ventajas. Las dificultades, que parecen más serias, provienen de un “naturalismo” impensado que ve en la “división sexual del trabajo” la primera división de éste y no se pregunta por las relaciones sociales que construyen el género de modo diverso en hombres y

mujeres. O dicho de otra forma, las ventajas están en inscribir la opresión de la mujer en la opresión de clase y por tanto correlacionar la emancipación femenina con el objetivo general de la revolución social. La desventaja, el no haber profundizado o incluso mejor, el haber bloqueado la pregunta por la especificidad de esa opresión –que tiene en el sexo su vehículo– naturalizando el género.

Como ya he dicho, a mi modo de ver la referencia de Engels anclando la opresión de la mujer en la existencia de la propiedad privada abre una vía ilusoria, pues en vez de investigar las condiciones reales de esa opresión en el marco de la familia, burguesa o no, sugiere que esa opresión desaparecerá con la eliminación de dicha propiedad. Cosa que, como sabemos, no sólo no ocurre en el caso de familias prácticamente sin propiedad sino que generó malos entendidos como aquellos de los que tenemos noticia en Alejandra Kollontaï. Hay, sin embargo, un punto cierto en ese asunto y es la importancia que tiene en la opresión femenina el hecho de que la mujer sea el agente prioritario de la reproducción biológica de la especie. Quizá Engels no se diera cuenta de ello, pero gracias a análisis posteriores podemos ver cómo, si la mujer es primer objeto de intercambio, y por tanto de apropiación privada por parte de los varones, es por su capacidad de procreación y de proporcionar placer sexual. Pero, por eso mismo, placer (sexualidad) y reproducción son elementos de la existencia femenina que merecen una reflexión especial ya que en ellos se incardina la dominación de la mujer en la medida en que son (o han sido) objeto de apropiación y de intercambio entre varones.

Como dice Frigga Haug, una importante y querida feminista

alemana: “Marx no pensó que aquellos que no están sometidos al tipo de ocupación alienada socialmente válida, por tanto aquellos que no son trabajadores asalariados en el capitalismo, pueden convertirse en sujetos sociales transformadores. En consecuencia, dedicó tan poca atención a analizarlos en tanto fuerza social, como al problema de qué es lo que deviene –en la sociedad en general– de una ‘actividad productiva’ que no está sometida a la forma del trabajo que genera renta.”¹⁴

Eso significa no sólo que la crítica feminista ha puesto al descubierto algunos de los huecos teóricos del análisis de Marx, sino que debe extenderse al propio concepto de “trabajo asalariado” y al conjunto del sistema como sistema de producción-reproducción. Podríamos decir que la crítica feminista ha sido sólo un primer paso en una puesta en cuestión más amplia que ha hecho tambalearse una tradición laborista afianzada desde largo tiempo, haciendo aflorar no sólo las bolsas de “trabajo doméstico” sino todas aquellas formas de trabajo no asalariado que conviven con la forma standard del trabajo asalariado y que refuerzan la dinámica de explotación. Y que en un paso más saca a la luz las características relaciones de producción-reproducción de todo sistema socio-económico rebasando un “economicismo” latente en la tradición marxista.

Esta problemática muestra una clara frontera: la dificultad para que el reduccionismo de la sociedad de mercado y con ella del trabajo asalariado pueda incluir toda la actividad de la producción y reproducción social. Y, en consecuencia, la dificultad de entender el trabajo asalariado como única fuente de renta para los trabajadores. La cadena del trabajo (trabajo asalariado -renta-producción y reproducción social) ha saltado, encontrándonos con formas de trabajo sin pago, con formas de renta sin trabajo entre las capas pobres de la población en sociedades que tienen dificultades para garantizar su mantenimiento y su reproducción. En consecuencia tenemos que empezar a pensar en nuevas formas de trabajo y de renta, siguiendo una senda que las feministas empezaron a desbrozar.

A su vez, estas críticas exigen la desnaturalización del género y la aproximación al mismo desde la consideración de las construcciones sociales (y lingüísticas). El análisis feminista ha puesto un punto y aparte a la distinción tradicional entre naturaleza y cultura. No es casualidad que la mujer estuviera situada justamente en esa frontera, pero por eso mismo, la interrogación feminista, al descubrir cómo “lo natural” es construido socialmente, desmantela esas viejas distinciones. Ahí me gustaría añadir que, a mi modo de ver, Marx ofrece un modelo en el que la distinción entre “lo natural” y “lo social” queda en entredicho pues, frente a una lectura según la cual el “valor de uso” sería “lo natural” y, el “de cambio”, “lo social”, argumenta que ambas dimensiones están entrelazadas siendo ese concepto de naturalidad previa y perdida, ni más ni menos que la mitología que acompaña a la sociedad mercantil. Pero no prolonga el interrogante en la distinción entre “producción de bienes” y “reproducción de la especie”, como hemos visto en el texto antes citado. *Mutatis mutandis* podríamos decir que el discurso de la

“mujer como naturaleza” construye el origen mitológico de la diferenciación masculina y forma parte, por tanto, del imaginario masculino. Planteadas así las cosas, la investigación sobre la sexualidad femenina abre el camino para una revisión de conceptos claves tales como deseo, sujeto, subjetividad, y otros.

Una de sus consecuencias, un tanto inesperada, es que la temática de la deconstrucción del género muestra cierta cercanía a un posicionamiento “materialista”, entendiendo por tal el análisis del modo como la construcción del género interacciona en las relaciones sociales, incluyendo en ellas el imaginario, de modo que generiza el cuerpo. El género, en vez de ser “lo natural” en “lo social”, es tan histórico y social como lo social mismo. Pero eso significa que encontramos sus efectos no sólo en el modo cómo los individuos enfrentamos muchos de los acontecimientos de nuestra vida, sino que funciona como “código” nuclear de nuestras interacciones. De tal modo que a partir de ahí quizá podamos desarrollar una crítica no culturalista de los códigos (culturales) de género que, combinada con el análisis socio-económico, nos dé ciertas claves de la construcción de nuestra subjetividad.

ESTE ARTÍCULO EN SU VERSIÓN ORIGINAL SE ENCUENTRA EN LA PÁGINA WEB DEL COLECTIVO UNIVERSIDAD NÓMADA (HTTP://WWW.UNIVERSIDADNOMADA.NET)

NOTAS

- 1 Thompson Edward, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica, 1989.
- 2 Thompson Edward, Op. Cit., p. 211.
- 3 Thompson Edward, Op. Cit., p. 460.
- 4 Marx Karl y Engels Friedrich, *La ideología alemana*, Barcelona, Grijalbo, 1974, p. 30.
- 5 Engels Friedrich, *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, Barcelona, Planeta, 1986, p.28.
- 6 Engels Friedrich, Op. Cit., p. 29.
- 7 Zetkin Clara, *La cuestión femenina y la lucha contra el reformismo*, Barcelona, Anagrama, 1976, p. 105.
- 8 Dalla Costa María Rosa, *Las mujeres y la subversión de la comunidad*, México, Siglo XXI, 1975.
- 9 Hartmann, Heidi, “Un matrimonio mal avenido: hacia una unión más progresiva entre marxismo y feminismo”, en *Zona Abierta*, 24, (1980).
- 10 Luxemburg Rosa, *La acumulación del capital*, México, Grijalbo, 1967.
- 11 Luxemburg Rosa, Op.Cit., p. 310.
- 12 Shiva Vandana, *Abrazar la vida*, Madrid, HORAS y horas, 1995.
- 13 Haraway Donna, “Geschlecht”, en Haug, Frigga (ed.), *Historisch-kritisches Wörterbuch des Feminismus*, Berlín, Argument, 2003, p. 408.
- 14 Haug, Frigga, “Geschlechterverhältnisse”, en Haug, Frigga (ed.), *Historisch-kritisches Wörterbuch des Feminismus*, Berlín, Argumen, 2003, p. 17.



EMPLEO PARA LAS MUJERES

bell hooks {traducción de javier rodríguez sandoval}

Más de la mitad de las mujeres en los Estados Unidos están en la fuerza laboral. Para cuando apareció el movimiento feminista contemporáneo, más de un tercio de la fuerza de trabajo total era femenina. Viniendo de la clase obrera y siendo de origen afroamericano, donde la mayoría de las mujeres que conocía conformaban la fuerza de trabajo, me encontraba entre las críticas más duras de aquellas visiones del feminismo propias de pensadoras reformistas de cuando el movimiento comenzó; aquellas que sugerían que el trabajo liberaría a las mujeres de la dominación masculina. Hace más de diez años escribí en *Feminist Theory: from Margin to Center*: “El énfasis en el trabajo concebido como la clave para la liberación de las mujeres, llevó a muchas activistas feministas blancas a sugerir que las mujeres que trabajaban eran ya ‘mujeres liberadas’. En efecto, decían a la mayoría de las mujeres que trabajaban, ‘el movimiento feminista no es para ti’”. Incluso más importante, sabía de primera mano que trabajar por bajos salarios no liberaba a las mujeres pobres y de clase obrera de la dominación masculina.

Cuando las pensadoras feministas reformistas provenientes de clases privilegiadas –cuya principal agenda era alcanzar igualdad social con respecto a los hombres de su clase–, igualaban trabajo con liberación, se referían a carreras bien pagadas. Su visión del trabajo era poco relevante para la mayoría de mujeres. El énfasis feminista en el trabajo, que de hecho afectó a todas las mujeres, consistía en una demanda por obtener

ilustración adrián balseca

igual remuneración por igual cantidad de trabajo. Como resultado de la protesta feminista, las mujeres ganaron más derechos con respecto a salarios y posiciones laborales, pero esto no ha eliminado completamente la discriminación de género. Hoy en día, en muchas aulas universitarias los estudiantes, tanto varones como mujeres, dirán que el movimiento feminista ya no es relevante porque que las mujeres ya alcanzaron la igualdad. Ni siquiera saben que, en promedio, la mayoría de mujeres aún no recibe la misma remuneración por el mismo volumen de trabajo, que más seguramente ganaremos setenta y tres centavos por cada dólar que un hombre gana.

Ahora sabemos que el trabajo no libera a las mujeres de la dominación masculina. De hecho, existen muchas mujeres profesionales bien pagadas, muchas mujeres ricas que se mantienen en relaciones con hombres en las que la dominación masculina es la norma. Lo que sí sabemos con toda seguridad es que si una mujer puede alcanzar la auto-suficiencia económica, cuando escoge la liberación lo más probable es que abandone una relación donde la dominación masculina es la regla. La abandona porque puede hacerlo. Muchas mujeres se adhieren al pensamiento feminista, escogen liberarse, pero están económicamente sujetas a machos patriarcales en formas que hacen que abandonar una relación sea difícil o imposible. La mayoría de las mujeres saben ahora lo que algunas de nosotras sabíamos cuando el movimiento empezó: que el trabajo no nos liberaría necesariamente, pero que esto no cambia el hecho de que la autosuficiencia económica es necesaria si las mujeres se plantean liberarse.

Cuando hablamos de la auto-suficiencia económica como liberadora, en lugar del trabajo, debemos entonces dar el siguiente paso y hablar sobre qué tipo de trabajo es liberador. Claramente, los trabajos de mejor paga con cómodos horarios tienden a ofrecer el mayor grado de libertad al trabajador.

Muchas mujeres se sienten molestas porque, por el pensamiento feminista, llegaron a creer que encontrarían la liberación en la fuerza laboral. La mayoría ha encontrado que trabaja largas horas en casa y luego largas horas en el trabajo. Incluso antes de que el movimiento feminista animara a que las mujeres se sintieran bien trabajando fuera de casa, esto ya ocurría debido a las necesidades de una economía en depresión. Si el movimiento feminista contemporáneo no hubiera aparecido, las mujeres igual habrían entrado masivamente a la fuerza laboral, pero es probable que hoy no tuviéramos los derechos que tenemos si las feministas no hubieran cuestionado la discriminación de género. Las mujeres se equivocan al ‘culpar’ al feminismo por hacer que tuvieran que trabajar –que es lo que muchas mujeres piensan. La verdad es que el capitalismo de consumo fue lo que hizo que más mujeres se unieran a la fuerza de trabajo. Dada la economía en depresión, las familias blancas de clase media serían incapaces de sostener su estatus de clase y su estilo de vida si las mujeres, que alguna vez soñaron con ser

sólo amas de casa, no hubieran elegido trabajar fuera del hogar. El feminismo académico ha registrado que los beneficios positivos que las mujeres han obtenido al entrar a la fuerza de trabajo, están más relacionados a la mayor autoestima y a la participación positiva en la comunidad. Sin importar su clase, la mujer que se quedó trabajando como ama de casa se aislaba, se volvía solitaria y se deprimía. Si bien la mayoría de los trabajadores no se sienten seguros en sus empleos, sean hombres o mujeres, se sienten parte de algo mayor a ellos mismos. Mientras los problemas en casa provocan un mayor estrés o son difíciles de resolver, aquellos del lugar de trabajo son compartidos por otros, y el intento de buscarles solución no es aislado. Cuando los hombres hacían la mayor parte del trabajo, las mujeres trabajaban para hacer del hogar un sitio de confort y relajación para los varones. El hogar era relajante para las mujeres sólo cuando los hombres y los niños no estaban presentes. Cuando las mujeres dedican todo su tiempo en el hogar a la atención de las necesidades de otros, el hogar es un lugar de trabajo para ellas, y no un sitio de relajación, comodidad y placer. El trabajo fuera de casa ha sido más liberador para mujeres solteras (muchas de las cuales viven solas, y pueden o no ser heterosexuales). La mayoría de las mujeres no han sido capaces siquiera de encontrar un empleo que les satisfaga, y su participación en la fuerza laboral ha disminuido la calidad de su vida en casa.

A través de los cuestionamientos a la discriminación laboral impulsados por el feminismo, grupos de mujeres privilegiadas con altos grados de escolaridad, previamente desempleadas o subempleadas, pudieron tener un mayor acceso a empleos que las satisficieran y que sirvieran de base para la autosuficiencia económica. Su éxito, sin embargo, no ha alterado el destino de la mayoría de las mujeres. Hace años en *Feminist Theory: From Margin to Center*, afirmó que: “Si la mejora de las condiciones en el lugar de trabajo para las mujeres hubiera sido la agenda central para el movimiento feminista, junto con otros esfuerzos para obtener trabajos mejor pagados para mujeres y encontrar empleos para mujeres desempleadas provenientes de toda clase, el feminismo habría sido visto como un movimiento que enfrenta los problemas de todas las mujeres. La atención puesta por el feminismo sobre las carreras académicas, su preocupación por hacer que las mujeres se empleen en profesiones bien remuneradas, no sólo alienaba a la mayoría de mujeres del movimiento feminista; también hacía que las activistas feministas ignoren el hecho de que la mayor entrada de mujeres burguesas a la fuerza laboral no era señal de que las mujeres, como grupo, estuvieran ganando poder económico. De haber mirado la situación económica de las mujeres pobres y de clase obrera, habrían visto el problema creciente del desempleo y de la cada vez mayor entrada de las mujeres de toda clase a los estratos de pobreza.”

La pobreza se ha convertido en un problema central de las mujeres. Los intentos patriarcales, capitalistas y blancos de

desmantelar el sistema de asistencia social en nuestra sociedad, privará a mujeres pobres e indigentes de la posibilidad de satisfacer incluso las necesidades más básicas de la vida: albergue y comida. De hecho, el regreso a los hogares patriarcales dominados por varones, donde los hombres son los proveedores, es la solución ofrecida a las mujeres por políticos conservadores que ignoran la realidad del desempleo masivo tanto para hombres como para mujeres, y el hecho de que los empleos simplemente no están disponibles y que muchos hombres no quieren brindar soporte económico a mujeres y niños, incluso cuando perciben salarios.

No hay una agenda feminista que ofrezca a las mujeres una salida –una manera de repensar el trabajo. Como el costo de la vida en nuestra sociedad es alto, el trabajo no conduce a la autosuficiencia económica para la mayoría de los empleados, incluyendo a las mujeres. Sin embargo, la auto-suficiencia económica es necesaria si las mujeres se plantean liberarse de la dominación masculina, para constituirse como seres humanos plenos.

El camino a una mayor auto-suficiencia económica necesariamente nos conducirá a estilos de vida alternativos en contraposición a la imagen de buena vida que nos presentan los medios de comunicación patriarcales, capitalistas y blancos. Para vivir en plenitud y bien, para realizar trabajos que mejoren la autoestima y el respeto por una misma y que sean remunerados con salarios suficientes para vivir, necesitaremos programas de empleos compartidos. Los profesores y los empleados de servicio en todas las áreas necesitarán ser mejor remunerados. Las mujeres y los hombres que quieren quedarse en casa y criar hijos deberían tener salarios subsidiados por el Estado, así como programas escolares en casa que les permitan terminar la secundaria y seguir estudios de postgrado desde su hogar. Con la tecnología avanzada, los individuos que se quedan en casa deberían poder estudiar viendo cursos de universidad por video, con refuerzos, asistiendo adicionalmente a clases durante ciertos períodos. Si la asistencia social fuera aprobada por nuestro gobierno y todos los ciudadanos legalmente tuvieran acceso a un año o dos en el transcurso de sus vidas, durante los cuales recibieran asistencia del Estado si no pudieran conseguir empleo, entonces el estigma negativo de los programas de asistencia social ya no existiría. Si los hombres tuvieran igual acceso a la asistencia social, entonces ésta ya no cargaría con el estigma de género.

Una división de clases cada vez mayor, separa a las mujeres pobres de sus contrapartes privilegiadas. De hecho, mucho del poder de clase que tienen los grupos de élite de mujeres en nuestra sociedad, se acumula a costa de la libertad de otras mujeres.

Ya existen pequeños grupos de mujeres con poder de clase que están trabajando para construir puentes a través de programas económicos que brindan asistencia y ayuda a mujeres menos privilegiadas. Mujeres ricas individuales, particularmente aquellas que heredaron su riqueza, que se mantienen

comprometidas con la liberación feminista, están desarrollando estrategias de economía participativa, lo cual muestra su preocupación y su solidaridad con mujeres que carecen de poder de clase. Por ahora, estas personas constituyen una pequeña minoría, pero su número aumentará a medida que su trabajo se haga más conocido.

Hace treinta años, las feministas contemporáneas no anticiparon los cambios que ocurrirían en el mundo del trabajo en nuestra sociedad. No se dieron cuenta de que el desempleo masivo se convertiría en una regla general, que las mujeres se prepararían para trabajos que simplemente no estarían disponibles. No anticiparon el ataque conservador, y a veces liberal, a las políticas de asistencia social; no anticiparon que madres solteras sin dinero serían culpadas y demonizadas por su situación económica. Todas estas realidades imprevistas requieren de pensadoras feministas visionarias para reflexionar de nuevo sobre de la relación entre liberación y trabajo.

Mientras mucho de la producción de la academia feminista nos habla acerca del rol de las mujeres en la fuerza de trabajo ahora, y de cómo tal cosa les cambia el sentido de sí mismas y su papel en el hogar, no tenemos muchos estudios que nos digan si el hecho que más mujeres trabajen ha cambiado la situación de dominación masculina. Muchos hombres culpan a las mujeres trabajadoras por el desempleo, por su pérdida de identidad estable como proveedores patriarcales, incluso cuando ésta era, a veces, ficticia. Una agenda feminista importante para el futuro debe incluir esfuerzos por informar a los hombres de manera realista acerca de la naturaleza de las mujeres y el trabajo, de manera que puedan ver que las mujeres en la fuerza laboral no son sus enemigas.

Las mujeres han estado en la fuerza de trabajo por largo tiempo. Sin importar si somos bien pagadas o si recibimos bajos salarios, muchas mujeres no hemos encontrado

en el trabajo ese sentido que sugerían las visiones feministas utópicas. Cuando las mujeres trabajamos para hacer dinero para consumir más, en vez de para mejorar la calidad de nuestras vidas en todos los niveles, el trabajo no conduce a la auto-suficiencia económica. Más dinero no significa más libertad si nuestras finanzas no se usan para alcanzar el bienestar.

Repensar el significado del trabajo es una tarea importante para el futuro movimiento feminista. Abordar tanto las formas en que las mujeres pueden abandonar los estratos de pobreza, así como sus estrategias para tener una buena vida, incluso si hay carestía material sustancial, son vitales para el éxito del movimiento feminista. Antes, el movimiento feminista no hacía de la auto-suficiencia económica de las mujeres su principal objetivo. Sin embargo, abordar la situación económica de las mujeres podría ser la plataforma feminista que constituya una respuesta colectiva. Se podría convertir en el lugar de organización colectiva, en terreno común, en el tema que una a todas las mujeres.



economía solidaria

una alternativa a la informalidad laboral

maría isabel altamirano
tanya de la torre
amparo pillajo
{colectivo feminista}

Este trabajo pretende hacer una mirada de la situación económica en la que vive una gran mayoría de mujeres urbanas de Quito y, especialmente, visibilizar las formas de auto-subsistencia que en el día a día se ingenian para generar un ingreso y poder llevar algo a la casa, a sus familias y solventar ciertos gastos cotidianos. Cuando transitamos por las calles del centro, del norte o sur o por nuestros barrios, vemos a muchas mujeres vendiendo alguna cosa e inclusive hogares que se han transformado en lugares para realizar algún tipo de actividad económica. Esta actividad económica es conocida, según el mercado capitalista, como trabajo informal, ya que está fuera de la estructura de la economía formal y del modelo de trabajo remunerado.

Las crisis económicas que se han dado en estos últimos años en nuestro país, han provocado un problema de desempleo, afectando principalmente a las mujeres, quienes nos hemos visto obligadas a entrar en la llamada informalidad. El Estado no ha tenido la capacidad de generar políticas de empleo debido a una gran dependencia del mercado mundial, que ha dado preferencias a las economías de las grandes empresas transnacionales, mientras que las empresas nacionales han perdido su presencia dentro de la economía nacional. Desde los años ochenta y sobre todo en los noventa se dio carta abierta a la empresa privada, mucho más con las privatizaciones, mientras que las empresas nacionales cerraron y despidieron a muchos empleados.

Las mujeres somos la mitad de la población a nivel mundial y mayoritariamente somos quienes aportamos a la economía de los diferentes países, sin que esto sea valorado ni reconocido por la sociedad y los gobiernos; pero paradójicamente se reconoce como productivas a las empresas transnacionales explotadoras

de petróleo, cadenas alimenticias internacionales como KFC y McDonald's, productoras de cosméticos, instituciones financieras que especulan con fondos depositados por gobiernos de todo el mundo, industrias automotrices, empresas productoras de agrocombustibles, etc., todas estas, parte del mercado capitalista, que han acumulado riqueza del trabajo no remunerado como es el trabajo doméstico (economía del cuidado) de las mujeres y de la considerada mano de obra barata en la que están jóvenes, mujeres y niños.

En estos casos, la informalidad se da en la discriminación y exclusión de una seguridad laboral, beneficios sociales, el derecho a tener un salario digno y la limitación para el acceso a los derechos; pero, por otra parte, esta situación lleva a que los



ilustración
leonor bravo



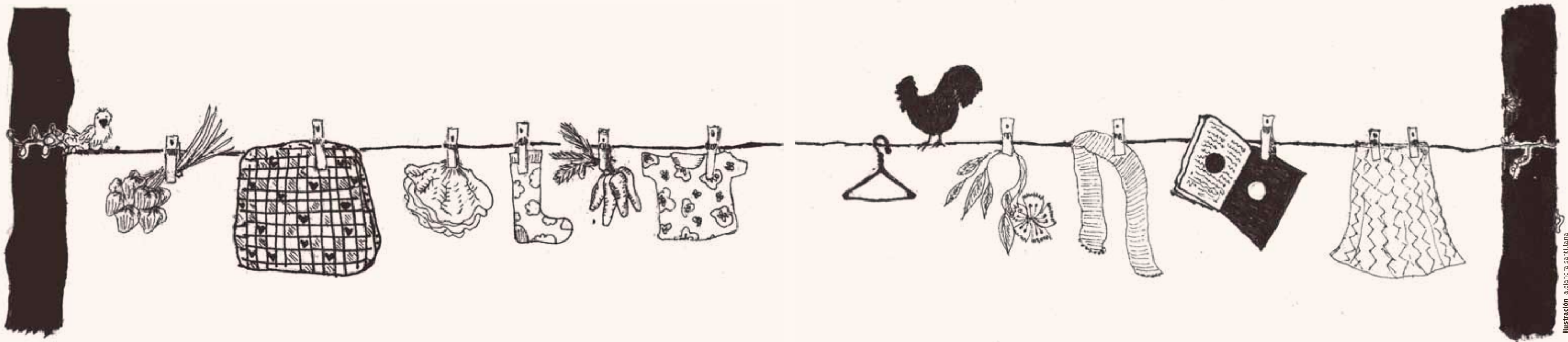
gobiernos e instituciones internacionales elaboren proyectos o políticas de generación de empleo como mecanismos de inclusión y control de la capacidad productiva y reproductiva que asigna el sistema capitalista y patriarcal a las mujeres. Estas políticas no logran cambiar la situación de pobreza y desempleo, porque son condiciones estructurales. Quienes nos vemos avocadas a esta forma de inserción laboral somos en mayoritariamente mujeres de sectores medios y, sobre todo, populares, ampliándose así la brecha de desigualdades, es decir de clase.

Así, tenemos la tercerización que es una manera de informalidad, en la que emplean tanto a hombres como a mujeres eventualmente, sin asegurar la estabilidad laboral y sin los beneficios sociales necesarios. Otra forma de trabajo informal sin seguridad laboral, la adoptan las empresas de cosméticos como Yanbal, Avon, Oriflame, Lebel, etc., que han proliferado y se han enriquecido gracias al trabajo de mujeres, sobre todo amas de casa y estudiantes, que a manera de vendedoras del empleo informal no tienen un contrato laboral sino un deuda

documentada. Estas empresas se aprovechan del tiempo de ellas, porque no cuentan con un salario estable, ni con horario fijo. Además de la explotación y desvalorización de las y los trabajadores en este tipo de trabajos de subsistencia, al sistema capitalista en ciertos momentos le interesa el desarrollo de alternativas productivas creadas por la gente (explotadas/os), pero siempre que permitan la obtención de más ganancias para los dueños de las empresas.

Por otra parte, históricamente las mujeres hemos aportado a las economías nacionales e internacionales, pero estos aportes y propuestas han sido ocultadas y minimizadas por la relación de dominación y explotación del sistema capitalista y patriarcal en todos los aspectos de la vida de las personas y, en el caso de las mujeres, ha servido para mantener una subordinación y dependencia económica, política, sexual, social y cultural en relación a los hombres.

La autoorganización de las mujeres empobrecidas ha implicado la toma de conciencia de su situación, el auto-reconocimiento,



el encuentro y la creatividad de ellas, el entendimiento de sus propias necesidades como seres humanas que han ido construyendo espacios propios y de auto-subsistencia, reivindicando sus planteamientos frente al Estado y a los gobiernos locales.

LA CANASTA SOLIDARIA, ¿UNA ALTERNATIVA O TRABAJO NO REMUNERADO?

Las alternativas de economía solidaria se han ido posicionando en la economía nacional e internacional con propuestas basadas en el desarrollo integral del ser humano. Sin lugar a dudas, este es un proceso que las organizaciones, redes y colectivos han impulsado; sin embargo, no han sido tomadas en cuenta para la constitución del reciente Instituto Nacional de Economía Popular y Solidaria (IEPS) el cual fue creado el 16 de abril de 2009.

Una de estas experiencias alternativas es la Canasta Solidaria del sector La Magdalena, la cual se constituyó inicialmente como una extensión de la canasta solidaria del barrio La Lucha de los Pobres, en el sur de la ciudad de Quito, con el apoyo del Municipio de esta ciudad y que en la actualidad ha logrado mantener independientemente su trabajo. La Canasta surgió desde la necesidad de adquirir productos comestibles a más bajo costo y más saludables que los alimentos expendidos por las cadenas de supermercados y mercados barriales, y debido a que los ingresos que obtienen mensualmente no son suficientes para adquirir los alimentos indispensables para una alimentación integral.

La Canasta Solidaria de La Magdalena se reúne cada 15 días para elaborar y distribuir la canasta; pero previamente, un grupo de compañeras a tempranas horas de la mañana adquieren los alimentos en el Mercado Mayorista a más bajo precio para luego armar las canastas.

La Canasta Solidaria ha permitido también el fortalecimiento, entendimiento y empoderamiento de las mujeres sobre sus

derechos humanos, económicos y sexuales, pues permanentemente han recibido capacitaciones en aspectos de género y temas sobre manejo de alimentos y sus nutrientes.

La Canasta Solidaria está conformada en un 95% por mujeres y en 5% por hombres. Del porcentaje de mujeres se establece que el 40% tiene un trabajo en los sectores público o privado, un 10% tiene un negocio propio, 20% son mujeres adultas mayores sin negocio ni trabajo remunerado y un 30% son amas de casa (economía del cuidado) según los planteamientos de la compañera Amparito Macas. Esta composición de la Canasta Solidaria nos muestra claramente que el 50% de mujeres pese a tener un ingreso semanal en el caso del negocio, y mensual para las trabajadoras en instituciones, han optado por ser parte de esta iniciativa solidaria para abaratar costos y principalmente para tener un espacio propio e independiente en el cual se identifican con muchas otras en las preocupaciones e ideas más allá de las cuatro paredes de sus casas y trabajos; así generan el diálogo con otras que les lleva a identificarse entre sí y a construir una solidaridad más allá del aspecto económico y de sus condiciones de vida y las de sus familias. Es su espacio para planteamientos políticos que se refieren al cumplimiento del gobierno de turno sobre sus ofrecimientos de campaña y al nivel de corrupción existente en el mismo o en anteriores gobiernos, también tienen interés en otros temas como la inseguridad de su barrio, la delincuencia como parte del aspecto social, en el tema sexual hay temor de contar o de explicitar cómo las mujeres viven su sexualidad, sin embargo hay conversaciones acerca de enfermedades de las mujeres, comentan experiencias de violencia sexual vividas por otras o talvez por ellas mismas.

Muchas mujeres se han visto obligadas a realizar trabajos adicionales por un pago mínimo como lavar, planchar, bordar,

como medidas para solventar los gastos que su propio ingreso y el de sus esposos no logra cubrir.

Las mujeres manifiestan y viven desde fundamentos de reciprocidad, corresponsabilidad en el desarrollo de las tareas, rotación de responsabilidades. Existen experiencias que priorizan el consumo de productos orgánicos que en algunos casos son trabajados por las mismas usuarias de las Canastas, es así que se asegura en la medida de lo posible una alimentación sana y el apoyo al trabajo de las/los minoristas.

Existe una necesidad de las mujeres, que son parte de esta iniciativa de la Canasta Solidaria de La Magdalena, de organizarse para exigir sus reivindicaciones económicas, sin embargo falta aún articular otras demandas que son parte de las contradicciones que vivimos las mujeres en lo sexual, afectivo, étnico, etc.

Es común para la mayoría de mujeres asumir que el trabajo, tiempo y esfuerzo invertidos en la Canasta son solidarios, por lo cual no reciben un pago y muchas veces ni siquiera el reconocimiento de sus familias, ni de las autoridades comunales, barriales, parroquiales, gubernamentales, etc. De esta manera las actividades que realizan las mujeres en la Canasta Solidaria son invisibilizadas y no se las considera parte del sector laboral formal y muchas veces ni del informal, al igual que el trabajo que las mujeres realizan en sus casas en el cuidado de sus hijos, limpieza del hogar, alimentación.

PERSPECTIVAS DE ECONOMÍA Y FINANZAS SOLIDARIAS DESDE LAS MUJERES

Varias iniciativas de economía solidaria se han emprendido en todo el país: las Canastas y/o Taleguitas Solidarias, cajas de ahorro y crédito, bancos comunales/comunitarios, huertos productivos, granjas y criaderos de animales y más proyectos productivos, muchos de estos iniciados con fondos provenientes de

aportes de sus integrantes. Son experiencias construidas desde la autonomía económica, política y social frente al Estado, sin dejar de exigir los recursos necesarios para fortalecer estas iniciativas.

Las mujeres han planteado elementos para la construcción de una economía solidaria que deslegitime los principios capitalistas de explotación económica y sexual con planteamientos, prácticas solidarias y políticas, que posibiliten aportar en la construcción de una sociedad alternativa. Se fomenta la inclusión de diversidades sexuales y la construcción del proceso económico basado en la satisfacción y desarrollo de la vida de las mujeres y todos quienes son parte de este proceso con el acceso a productos necesarios, el intercambio equitativo de acuerdo a las necesidades, sin tener una ganancia económica en la producción, comercialización y distribución.

La valorización del trabajo de las mujeres en iniciativas de economía solidaria así como el trabajo en economía del cuidado, es fundamental para el auto-reconocimiento y valoración de las mujeres y de su aporte y sostenimiento de la economía nacional y mundial.

Esta crítica al sistema vigente y posible construcción de una economía solidaria debería implicar entre otras cosas:

1. Recuperar los espacios de articulación entre mujeres a nivel organizativo, económico, político, etc., pues para las mujeres la economía solidaria esta integrada con temas como la alimentación, la salud sexual y reproductiva, los accesos a financiamiento, capacitación.
2. Desarrollar categorías propias que sustituyan la concepción de “economías informales”. Este es un debate en la Asamblea Nacional de Mujeres Diversas, por ello las mujeres de estos sectores ahora debaten si la economía solidaria es parte de lo que se prefigura como otra sociedad.

LA IMPORTANCIA DE REDESCUBRIRNOS

NUESTRO TERRITORIO COMO CUERPO COLECTIVO

maría antonia aguirre
marianita carcelén
ofelia lara calderón
maría elena padilla

— No me acostumbro a vivir aquí en Quito. Es que el campo es campo y la ciudad es ciudad. Una se sale por el trabajo, por la economía... Si yo hubiera tenido la oportunidad de tener todo allá, yo no hubiera migrado. Yo siento que todos aquellos que se van a la ciudad, es por la necesidad nomás.

— Aquí nadie le ayuda, ni le dan una dirección. Si una aquí no sabe que allá vive su hermano, que allá vive su tío, que allá vive su hijo, no tiene a quién acudir. Si le ven caído, pasan no más, porque se piensa que de pronto está disimulando.

— A un negro no se lo ayuda en la calle. Un negro herido se presume que es ladrón, aunque el ladrón sea un mestizo. El mestizo siempre llama a la policía.

— El problema del racismo es algo complejo de explicar, porque es permanente: en una tienda, en la calle, en la escuela... Se parte de que una es una negra ignorante y la tratan como tonta, o que una va a robar y la vigilan en todas partes.

— Hace algunos años, Marianela fue a TVentas y en el almacén llamaron a la policía, que por sospechosa... Incluso en el TIA de por acá, donde va montón negro, una entra y lo primerito que hace el guardia es quedarle viendo y ya comienzan a subir otros corriendo, y que se paran por

aquí, por acá, por acá; pero entran blancos y entonces ahí no, sigan no más.

— Si dicen que el negro es resentido yo digo que sí. A mí me enseñaron a no callar, que si algo me duele o me molesta que lo exprese, y sí, hay racismo. ¡Si siento calor, no puedo decir achachai que frío, pues! Hay que marcar precedentes cada vez que la vida nos de una oportunidad en la escuela de nuestros hijos, en el Centro de Salud, en las tiendas, en cualquier lugar donde se demoren en atendernos

— Parece que es más fácil relacionarnos con personas similares, para evitar la desconfianza y malas caras. Desde niños nos enseñan a desconfiar y, por la apariencia, pensar quién puede ser peligroso.

— La ciudad está hecha para que la gente no se encuentre y aunque casi todos queremos lo mismo, cada uno va por su lado. Acá viven los que son negros, acá los mestizos y acá los indígenas... ¿Por qué nosotros no podemos vivir en lugares menos malos? ¿Por qué siempre estamos en la periferia, por qué? ¿Por qué no vamos a esos barrios?

— Por eso digo que ésta es una sociedad clasista, porque la gente con plata vive allá y los pobres debemos vivir acá, y ahí es cuando se sienten dueños de la ciudad, de los lugares mejores...

QUITO, CIUDAD CAPITAL

ofelia lara calderón

Llego a Quito, ciudad grande y fría, una congestión de carros y gente tremenda que no se puede caminar libremente, nadie te saluda. Me parece una ciudad árida, sin vida. Sí, es indiscutible que hay todo y de todo, y me olvidaba lo mejor, aquí están concentrados todos los poderes máximos que guían el país, oooh... los dueños del país. Perdón si dije malas palabras. A mí me parece una cárcel de lujo donde todos andamos asustados de los otros, para todo hay barreras, ni siquiera nos conocemos con el de al lado, en definitiva es una ciudad elitista, segregacionista y racista.

Comparar el Valle del Chota y su gente con Quito y su gente es muy difícil... El hecho mismo de que la gente afro del Valle tiene su propia cultura, sus propias tradiciones y costumbres, además somos negros en su mayoría, cálidos, nos gusta reír, bailar, somos muy alegres. Sólo sabemos que somos iguales cuando decimos que somos ecuatorianos y cuando morimos.

Como en todo, sí me hizo bien venir a Quito porque pude estudiar en la academia y aprendí a convivir y a vivir en otro lugar que no sea mi circunscripción territorial, y que este también es mi territorio y que tengo derecho a vivir donde sea necesario y yo y mi familia así lo deseamos.

Me hizo mucho daño el dejar el campo por la ciudad, dejar mi familia y encontrarme con la soledad de un cuartito alquilado para estudiar, dejar la alegría, el calor de mi gente, mis amigos, mis compañeros, mis juegos, mis árboles, mi libertad por una ciudad confusa y violenta, entre otras cosas más.

¿Qué cambiaría de esta ciudad? Desestructuraría esas mentes colonizadas de gente que cree en lo que le han dicho que una raza es superior a otra y por tanto creemos que tenemos el poder de inculpar y someter al otro para seguir alimentando el morbo de yo soy superior. No es así, por las venas corre el mismo color de sangre y todos estamos formados por el mismo número de cromosomas.

En los barrios pondría parques llenos de árboles, flores y frutas, para que todos los cuidemos y podamos comer frutas gratis de cada temporada. Y ahí construiría unas conchas para que los mismos del barrio tengan donde vender las frutas a los turistas que llegarían curiosos a conocer tan novedosos parques, previo a una campaña masiva por los medios de comunicación. A las casas les pintaría de colores alegres, de todos los colores, sembraría árboles en cada casa y en vez de los taxis les cambiaría por bicicletas.

Cambiaría la falta de equidad y de igualdad en la repartición de los recursos y la mala atención de los gobiernos de turno a los sectores o grupos vulnerados.

En los parques construiría unos lugares en forma de círculos

rodeados de árboles donde esté adecuado para las organizaciones de todo tipo y de diversas culturas, para que todas tengan su espacio público donde vayan a enseñar su cultura y tradiciones a todo tipo de gente que les guste conocer del otro, y así como hay gran cantidad de cabinas telefónicas, las reemplazaría por unas bibliotecas con sala de lectura para que los niños, jóvenes y adultos tengan que leer cosas que no tengan al alcance como la prensa, libros culturales, historias, etc.

Y rescataría la solidaridad de mi gente del Valle y la alegría de vivir. Al Valle no lo cambiaría, construiría colegios, universidades, mercados en cada lugar, donde la misma gente sea quien venda, para que todos se queden en casa y no se desintegren las familias y el Valle mismo no se vaya quedando vacío por la migración.

Las formas de resistencia como mujeres, aquí en la ciudad ha sido manteniendo nuestras costumbres, las cosas aprendidas con nuestros padres, como son los valores y sabernos siempre identificadas, tales como somos, sabernos iguales a los demás y que tenemos nuestras especificidades. Ante la migración, saber a qué venimos, si era a estudiar pues a estudiar, si a trabajar y duro pues a trabajar duro, honradamente y con mucha dignidad. En el matrimonio también tenemos formas de resistir, junto al marido y los hijos, y con mucho amor. En la organización es de resistir para conseguir los objetivos teniendo claro que sólo organizados se puede exigir sus derechos; como dirigentes hay que tener en claro que eso acarrea muchas dificultades y que para esto es necesario tener mística de voluntariado, para mantener la organización y a los líderes que la coordinan; como decían nuestros abuelos y padres: la organización es de líderes, plata y persona. A los hijos también enseñamos a resistir, que no se acomplejen ante nada ni nadie, que sepan que sí son personas, que son inteligentes y que por lo tanto no teman a nada, y que lo que el otro es y tiene es para el otro y no le va a prestar ni regalar nada, si él mismo no se lo ha ganado con su propio esfuerzo. Así construimos nuestra fortaleza, nuestro amor propio y nuestra autoestima elevada, aceptándonos y reconociéndonos tal y como somos, con nuestras capacidades y derechos y reconociendo que no podemos cambiar, que no podemos ser otro. Si soy negra, soy negra y aprender a quererme tal como soy: una persona, un ser vivo, inteligente, con toda mi cultura y cosas que me adornan.

Así se aprende a no tener miedo, conociendo lo que tienes y que has aportado para el desarrollo del territorio que es de todos (¿quién abrió los caminos y construyó las iglesias?), y cuando descubres que te has hecho acreedora al territorio donde vives.

pensando nuestro encuentro

silencios, palabras y miradas

lucy santacruz benavides

A quello que me impulsa a escribir tiene que ver con una relación establecida hace más de diez años con la vida de la gente afrodescendiente, experiencia fundamental en mi formación académica, política y personal. El aprendizaje sobre una misma en la diferencia es una cuestión tácita, pero siempre presente: cuando me acerco a su historia, a su cocina, a su forma de ver la vida, me pregunto sobre la mía.

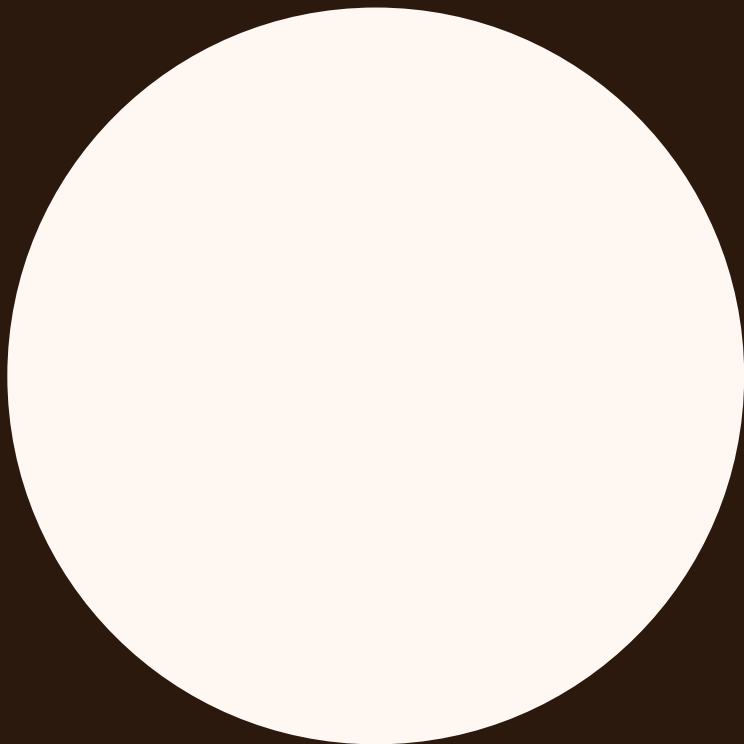
Sin embargo, mi rol como investigadora foránea me hizo aparecer siempre como una mano invisible en los escritos cons- truidos después de cada encuentro. Permanecer fiel a sus palabras, a sus voces, provocó un tipo de silen- cio frente al lugar donde pertenecía. Las conversa- ciones tejieron un interés unívoco, donde yo pre- guntaba y ellas contestaban. Seguramente nuestra condición de mujeres nos permitió tejer la amistad y confianza necesarias para entrar en su intimidad, pero siempre dejando su mundo aislado del mío, como si nuestras proximidades no contaran para preguntarnos con- juntamente de aquello que nos hacía similares y diferentes.

¿Es este tipo de silencio inocente dentro del trabajo académi- co? ¿Es la pretendida objetividad de la academia expresión de una neutralidad real de su postura? No, el conocimiento aca- démico atesorado en universidades y escuelas de altos estudios legitima la autoridad que los hace poseedores de la verdad. Una

verdad que tiene una estrecha relación con las formas “norma- les” y convenientes con las que se logra cimentar un sistema po- lítico y económico mundial, me refiero, claro, al capitalismo, modelo sostenido en la sociedad de mercado y sustentado ideo- lógicamente por el conocimiento científico. Disciplinas como la sociología y la antropología fueron creadas en el corazón de Europa occidental en el siglo XVIII como herramientas que per- mitirían dar respuesta a las normas y conductas propias de la modernidad. Así, la primera se dedicó a la formulación y estu- dio de las leyes que regularían la sociedad; y la segunda, al estudio de las poblaciones externas a dicha civili- zación, centrando su mirada en el “otro”, en el tribal incivilizado, contribuyendo con su conocimiento a identificar los rasgos que permitirían acercar a estas poblaciones a los ideales de la modernidad.

Descubrir el rastro de colonialidad impregnado en las teorías y métodos de las ciencias sociales desplazó mi interés académico a un interés político, donde la importancia de los procesos con la gente afrodescendiente adquirió sentido. El encuentro con conocimientos distintos a los marcos racionales occidentales, hizo de los espacios de vida de las comunidades lugares privilegiados que brindaban en su experiencia un mun- do de sentidos y prácticas donde es posible trastocar el orden de verdad del pensamiento moderno hacia universos inexplorados.





● espacios de vida. distantes. diversos.
inscritos en nuestros cuerpos.

Me refiero, por ejemplo, a conocimientos tales como los desarrollados por las mujeres parteras en el evento ritual de ombligar al niño recién nacido, a quien se imprime facultades que lo vinculan a lo largo de su vida con fuerzas de la naturaleza. Prácticas como ésta enseñan sobre un tipo de relacionamiento distinto con el entorno natural, aquella dicotomía irresoluble entre hombre y naturaleza que convirtió los bosques en materia prima fácilmente comerciable, es aquí cuestionada. No se trata en ello de volver al pasado, a lo tradicional, de una manera romántica e ingenua, no es posible borrar la huella de la colonialidad que se expande continuamente en los órdenes de vida modernos y que continúa talando los bosques. Pero sí es posible refrescar dichas memorias en conversaciones formales e informales, en escenarios educativos, en la acción de grupos organizados que reclaman su autonomía.

Estos procesos son fundamentales en tanto logran movilizar voluntades colectivas en la búsqueda de nuevos escenarios de vida. El pensamiento que logre tejer racionalidades distantes a la moderna/colonial será semilla en terrenos fértiles para la construcción de salidas de fuga de un sistema que nos atrapa y oprime. En ello el diálogo con perspectivas críticas originadas al interior mismo del trabajo académico latinoamericano y de movimientos sociales de diversa índole generan un aporte fundamental, en tanto, permiten vincular procesos situados, locales, con una incidencia a escala mundial.

Pero la pregunta y el silencio continúan presentes ¿Pensar mundos mejores a partir de la experiencia de las “otras” nos exime de responsabilidad frente a nuestro propio hacer? Como he dicho antes, encuentro los espacios de vida y pensamiento de las comunidades privilegiados, sin embargo, estos lugares creativos de revitalización de conocimientos y búsqueda de alternativas de vida siempre estuvieron vinculados a un territorio distante, dejando en ello un vacío para la crítica y transformación de mi propio escenario de vida. ¿Es posible dejarnos afectar en nuestro encuentro más allá de la extrañeza que nos causan nuestras

diferencias? El pensamiento feminista me enseñó a sembrar en mi cuerpo la acción política que implica nuestra de-colonialidad, esa acción profunda que involucra nuestras vidas, que reconoce los lastres coloniales con los que nos movemos y pensamos en una sociedad clasista, racista y patriarcal.

Podemos abstraer las grandes estructuras del sistema como un gigante al que nos enfrentamos, pero realmente está inscrito en nuestro cuerpo, en nuestros sentimientos. Nuestra acción colectiva debe empezar a considerar cómo tales estructuras de poder traspasan los tan diversos y distantes espacios de vida, seguramente de maneras singulares que van desde las comunidades hasta las grandes urbes, pero siempre dentro y fuera de nuestros cuerpos. Las diferencias de clase y raza que marcan nuestra relación necesitan ser explícitas y trabajadas para identificar en ellas los distintos canales que el poder expande en y entre nosotras, así como las múltiples experiencias que nos permiten salir de ellos.

Estando saturada de cemento, de mercado, de tecnología, es tal vez más difícil encontrar los intersticios de eso que llamamos pensamiento propio, alternativas a la modernidad o aquello que logra ser un espacio de resistencia y producción de nuevas lógicas de vida. Sin embargo, si recordamos el ejemplo del bosque mercantilizado, podemos decir que es la misma lógica la que nos ha mercantilizado como mujeres, que ha vuelto nuestros cuerpos escenarios del deseo comercial, y en ello sí que nos parecemos.

Necesito entonces romper el silencio en el que algún día nos encontramos para construir nuevamente un diálogo de muchas entradas donde mi vida y la tuya puedan ser cuestionadas. Somos mujeres participantes de este mundo de desigualdades, de desequilibrios, de opresiones compartidas y selectivas. Blanca, mestiza o negra, categorías que nos ordenaron como seres de razas distintas, diferencia donde la discriminación se recrudece hacia ti mujer de piel oscura. No puedo sentirlo en mi piel pero lo percibo en tu mirada, en la ira controlada cuando caminamos juntas y la gente en la calle nos señala. Intento entenderlo, pero mi reflexión se queda corta sin tu voz, sin tu palabra. !

● espacios de vida. distantes. diversos.
inscritos en nuestros cuerpos.

la política de las mujeres de sectores populares

reorganizando el feminismo en el ecuador

nancy carrión sarzosa

En este artículo quiero hablar sobre las luchas de algunas mujeres del Ecuador y lo que implican para el largo e inacabado proceso de construcción de un feminismo nacido de las ideas y cuerpos de las mujeres que convivimos en este país. Decido escribir sobre la política de las mujeres de sectores populares –sin yo ser una de ellas y a riesgo de cometer equivocaciones– porque el privilegio de haber entablado relaciones con muchas de ellas me genera un compromiso feminista: interpelarme a mí misma a través de su experiencia política. Por eso escribo como un intento de diálogo con ellas y como un desafío práctico, considerando que las mujeres de clase media, como yo, con deseo y voluntad de organizarse y transformar esas desigualdades, como el colectivo del que soy parte, tenemos mucho que aprender de ellas para hermanarnos políticamente. Escribo desde la CASA Feminista de ROSA, una organización de mujeres construida a pesar de las dificultades a las que nos enfrentan nuestras desigualdades y contradicciones, y levantada con la pasión que nos produce confrontar nuestras distintas visiones del mundo en un esfuerzo creativo que lo transforma transformándonos; una comunidad que apuesta por el feminismo de izquierda como una política a ras del suelo, un compromiso con nuestras historias de vida, las propias y las de otras.

Las investigaciones sobre mujeres de sectores populares en nuestro país destacan que su modo de hacer política corresponde con los roles que tradicionalmente les han sido asignados: el trabajo doméstico y de cuidado. Su política con frecuencia es denominada como “maternazgo social”, haciendo referencia a su preocupación llevada a lo público por el cuidado y la reproducción familiar. Efectivamente, desde los años ochenta, muchas organizaciones de mujeres en los sectores populares se han conformado, y continúan haciéndolo, para enfrentar las crisis económicas producidas por las políticas neoliberales, a través de estrategias para conseguir servicios básicos, ingresos económicos –generalmente bajos– por medio de proyectos productivos o cajas de ahorro y crédito, o resolver la alimentación familiar y cuidado de las niñas y niños.

Sin embargo, tal enfoque dificulta mirar y analizar cómo desde las preocupaciones cotidianas, estas mujeres organizadas hacen más que trasladar a lo público sus roles privados, desarrollando dimensiones intelectuales distintas a las que la academia tradicionalmente ha mostrado.¹ Encontrarnos con el pensamiento ligado a sus prácticas, su política, nos exige un desplazamiento hacia las raíces de la vida cotidiana de mujeres que combinan lo político con lo personal en la resistencia y la lucha para sostener formas de vida de acuerdo a sus principios.



ilustración leonor bravo

“Los problemas de cada una son puntos de partida para la comprensión de las dinámicas estructurales, y esta comprensión el punto de retorno para la interpretación de sus vidas, ya no como evento o episodio casual. El diálogo que circula de lo particular a lo universal, de lo estructural a la experiencia localizada, genera un pensamiento capaz de aprehender realidades complejas y crear el impulso y la fuerza para resistir y transformarla.”

La conformación de espacios sociales de mujeres abre posibilidades de articulación de sentidos comunes, compartidos, que permiten sostener materialmente estrategias para el cuidado de la vida. A la par, estos espacios logran formar movimientos de contención afectiva y apoyo moral que para hacerse efectivos articulan entre sí las historias de vida que circulan en el espacio con las dinámicas estructurales que las atraviesan. Zoila, una mujer que ha conformado varios grupos de tejido en las comunidades de Cayambe, resalta que la oportunidad de reunirse entre mujeres para aprender patrones y técnicas de tejido, les permite intercambiar ideas y darse fuerza para enfrentar problemas que van desde la violencia sexual hasta el racismo cotidiano que viven, pasando por las discriminaciones abiertas o sutiles de parte de sus compañeros en las organizaciones mixtas. Los problemas de cada una son puntos de partida para la comprensión de las dinámicas estructurales, y esta comprensión el punto de retorno para la interpretación de sus vidas, ya no como evento o episodio casual. El diálogo que circula de lo particular a lo universal, de lo estructural a la experiencia localizada, genera un pensamiento capaz de aprehender realidades complejas y crear el impulso y la fuerza para resistir y transformarla.

También nos encontramos con mujeres como las de Intag, que en la cotidianidad han elaborado los sentidos para sostener las luchas que mantienen a su territorio libre de minería. Estos sentidos articulan las actividades cotidianas de resistencia tanto como las acciones extraordinarias de movilización o enfrentamiento de fuerzas, incluso. Así, por ejemplo, después de algunos años de haber enfrentado a la empresa de explotación minera BISHMETALS-MITSUBISHI, se dispusieron de palos, piedras y el conocimiento de sus montañas para emboscar y capturar a los guardias armados y organizados en estrategias paramilitares de la empresa ASCENDANT COOPER, que ya habían agredido a líderes comunitarios. Todas sabían que éste era un

enfrentamiento que podía costarles la vida, contaba Esperanza Torres, dirigente de la Coordinadora de Mujeres de Intag, por lo que antes de adentrarse en la montaña pidieron a las vecinas y compañeras de la comunidad que les despedían dándoles ánimo, que cuidaran de sus hijos si algo les llegaba a pasar. Actuando desde la Defensa y Conservación Ecológica de Intag (DECOIN), lograron la anulación de la concesión otorgada por el Estado y un juicio internacional que denuncia los vínculos políticos y económicos que sostienen la violencia transnacional. Marcia Ramírez, en una carta pública escribió al pueblo canadiense:

“Nosotros no necesitamos la minería [...] En nuestra zona hay muchos grupos humanos que están arduamente trabajando para el bienestar sustentable y colectivo [...] Nosotras, mujeres y hombres de Intag, víctimas de tanta ilegalidad y violencia, le responsabilizamos a la Bolsa por haber permitido que ASCENDANT COPPER se capitalice y que con esos fondos financie la campaña de terror en contra de nuestra zona y nuestros y nuestras dirigentes. Y decimos que YA BASTA.”

Con esta declaratoria de soberanía, Marcia hacía un llamado a la solidaridad internacional para enfrentar el capitalismo transnacional que con violencia impone modelos de desarrollo colonialistas. Ejemplos parecidos encontramos en las luchas contra los desastres ambientales producidos por la explotación, transporte y refinamiento del petróleo en la amazonia, el noroccidente y la costa ecuatoriana; en las múltiples movilizaciones del movimiento indígena ecuatoriano, con altísima participación de mujeres, contra las políticas neoliberales adoptadas por los gobiernos ecuatorianos en los años noventa. Estos procesos son posibles debido a los esfuerzos cotidianos de las mujeres por desarrollar y mantener proyectos de vida que incluyen alternativas económicas y permiten, como contaba Marcia, el bienestar sustentable y colectivo, más equitativo y justo.

Otras experiencias nos muestran con mayor claridad que los

procesos organizativos de las mujeres de sectores populares también son esfuerzos por construir aprendizajes y transgredir el lugar que el acceso negado a la educación formal y al trabajo les concedió. “No queremos quedarnos ahí”, decía Laura Carlosama, una de las dirigentes del Movimiento Nacional de Mujeres de Sectores Populares Luna Creciente, mientras explicaba que el principal objetivo de su organización es la formación política para apoyar los liderazgos colectivos que han asumido en sus comunidades y plantear transformaciones radicales a nivel nacional. Desde la particularidad de sus identidades y lo concreto de sus experiencias de vida como mujeres negras, indígenas, mestizas, campesinas, urbanas, lesbianas, se organizan para interpelar a sus pueblos, al Estado y a otras mujeres con mayor educación o posibilidades económicas, y que ya nadie decida por ellas. Conectar las experiencias de vida con la política a través de la organización es lo que articula a Luna Creciente. “Nuestra experiencia es válida... definir qué es lo que queremos en base a nuestras necesidades –que nadie venga a decirnos “esto es lo que necesitas y te voy a dar”– analizarlas, ver los puntos comunes, organizarnos, no pasar desapercibidas”.

Hacer de la experiencia el lugar desde donde actuar políticamente –similar al desafío del feminismo occidental de los años sesenta y setenta resumido en la consigna “lo personal es político”– da cuenta de una práctica de autodeterminación que, en la política de las mujeres de sectores populares, plantea la independencia, la libertad individual y colectiva, y la justicia social como principios fundamentales. Pero “lo personal es político” en la experiencia política de las feministas de clase media y alta, ha terminado en prácticas que fragmentan la experiencia personal en “temas” y “problemas” a ser resueltos vía políticas públicas y leyes.

Laura, en cambio, nos muestra que lo que le da un carácter político a los procesos es fundamentalmente la posibilidad de construirlos a través de dinámicas colectivas que permitan

puntos de encuentro; la posibilidad de que cada una pueda reconocer su experiencia sensible y su propia persona en el relato colectivo y los objetivos transformadores que éste plantee. La política, así entendida, es el tránsito de lo personal a lo colectivo, lo particular a lo global y viceversa, siempre atravesando la experiencia vital. Las mujeres desde la resistencia y la lucha cotidiana en los sectores populares defienden su territorio, economías alternativas, éticas de vida y, a partir de esto, opciones de dignidad y libertad que se inscriben en sus cuerpos y se concretan en sus vidas.

De esta manera, la política es llevada a la experiencia personal, del cuerpo-mujer. Como nos mostraba Esperanza, al actuar, este cuerpo sabe y siente el vínculo con los hijos e hijas que parieron, con las mujeres que en su ausencia los cuidan, con la comunidad de la que son parte. Las relaciones sociales que se establecen en el día a día del cuidado y la vida compartida son relevantes en esta política. La inteligencia sensible aprendida por el cuerpo en el cuidado-trabajo compartido –generalmente con otras mujeres– se expresa como acto de conocimiento-acción que enlaza razón y afecto. Así, la política de estas mujeres pasa por el cuerpo y se instala en él no como acto heroico, individualizado y abstraído de lo colectivo, sino como vinculación comprometida con las otras y otros.

Estas prácticas de libertad y autodeterminación femenina y construcción de la sexualidad –relación de con el propio cuerpo y sus significados– que vincula el cuerpo con la política, conciliando el conocimiento con la acción, nos ofrece posibilidades para entender y construir un feminismo para este lugar del mundo.

Algunas concepciones del feminismo lo restringen al pensamiento teórico desarrollado por mujeres con el privilegio de acceder a espacios de producción de conocimiento, con medios para su publicación y difusión incluidos, y a la práctica que dialoga con ese pensamiento. Nosotras no deslegitimamos esa posibilidad, por el contrario nos esforzamos por alimentarnos

“[...] porque la producción de pensamiento que desconoce los procesos sociales, por no atreverse a contaminarse e involucrarse subjetivamente con ellos, es banal, no transforma.”

colectivamente de ella. Pero pensamos que esta matriz teórica política tampoco es suficiente para transformar la situación de dominación y explotación que seguimos viviendo las mujeres, diferenciadamente según nuestra clase social, etnia, adscripción cultural, opción sexual o ubicación geográfica. Consideramos fundamental alimentarnos del pensamiento de la mayoría de mujeres ecuatorianas, silenciadas por mecanismos económicos, políticos e ideológicos de exclusión y por la indiferencia de muchos, incluyéndonos. Esto implica una relación política-cognitiva entre mujeres distinta a la que es posible en el pensamiento teórico-académico.

La apuesta que el feminismo formal de los años noventa asumió al priorizar la interlocución con el Estado, posicionando demandas y creando una institucionalidad de género, es insuficiente para dar cuenta de la problemática de las mujeres ecuatorianas. Esta apuesta tiene como límites los establecidos por la democracia liberal y sus lógicas patriarcales que reducen la política a mecanismos de regulación de la vida por parte del Estado. Cuando la democracia unida a un modelo económico neoliberal plantea la reducción del Estado disminuyendo el gasto social para los servicios básicos, la educación, la salud, la alimentación y el cuidado de las niñas y niños, traslada estas responsabilidades a las mujeres. Son ellas las que deben resolver todo esto multiplicando su trabajo y esfuerzos al máximo, volviéndose contraparte de los programas sociales que materializan su existencia a nombre del sacrificio que en ellas se supone “natural” solo por ser mujeres.

De este modo cosificada, la política se convierte en un arreglo que otorga a gobernantes, funcionarios públicos, gente de poder, casi siempre hombres, el derecho a decidir que las mujeres “deben” multiplicar su trabajo para involucrarse en programas sociales que demanda su participación “voluntaria”; en proyectos “micro” con ingresos casi siempre miserables; o en el sostenimiento de las guarderías y centros infantiles públicos para ser explotadas con salarios más bajos del mínimo vital. Y bajo el mismo arreglo, la misma gente obtiene el derecho a decidir que las mujeres no abortemos en los hospitales públicos, sino en la clandestinidad, poniendo en riesgo nuestras vidas; o quiénes y por qué deben ser condenadas a la pobreza y a su castigo, la exclusión o la prisión.

La política, entendida como la capacidad de colocar demandas de mujeres en el Estado, constituye más mecanismos de regulación de la vida cotidiana antes que opciones de libertad y posibilidades de autodeterminación en una estructura capitalista, neoliberal y patriarcal.

Frente a estos límites y a la multiplicación de mujeres organizadas debemos replantear el feminismo de nuestro país en atención al pensamiento y la práctica política de las mujeres de sectores populares. El feminismo solo puede existir en su radicalización permanente, en el volver a las raíces desde donde es posible la comprensión de nuestros problemas, los propios y los de otras, los que nos separan y los que nos juntan; en la comprensión profunda que hace posible la transformación. Es

necesario dialogar con estas experiencias y otras que luchan contra el empobrecimiento y el racismo sexualizado, contra la explotación sexual y la violenta trivialización que la permite y reproduce, contra el heterosexismo machista, por una justicia sexuada y una solidaridad que hermane nuestras luchas con las de otras.

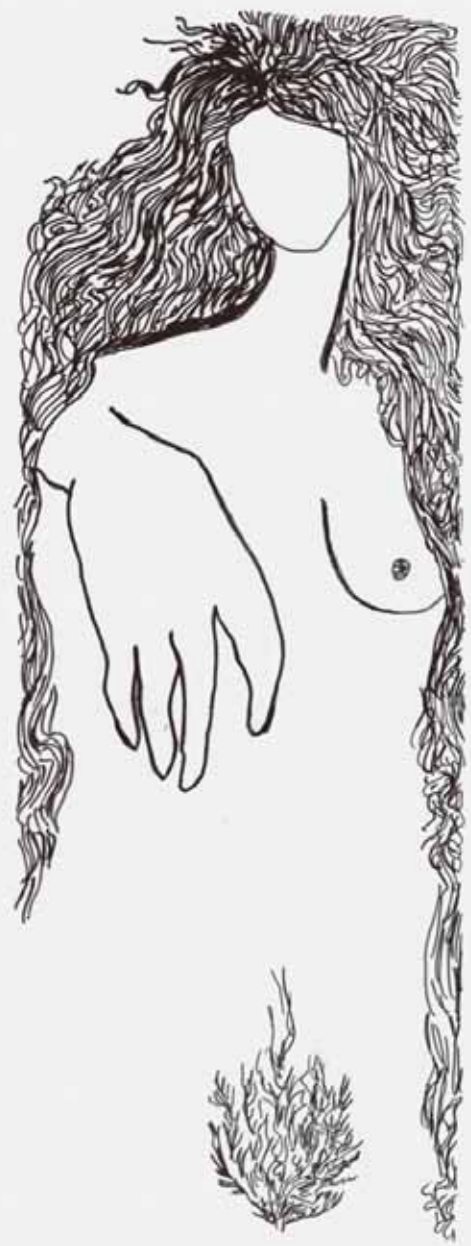
¿Qué debemos aprehender de esta política para la reconstrucción del feminismo? Que las iniciativas organizativas de mujeres para enfrentar a las crisis económicas y ambientales, desatenciones del Estado, el descuido y maltrato social, constituyen experiencias colectivas no solo para transformar los problemas y necesidades en demandas, sino para construirse como sujetos colectivos –estos son los que crean la energía que moviliza de modo crítico las ideas y los cuerpos propios y de otros. Que la radicalidad es fuente de conocimiento y dispositivo de transformación, en ella encontramos la información y la energía para pensar actuando. Que las transformaciones profundas solo pueden hacerse desestructurando las fronteras entre el conocimiento y la acción, la razón y la pasión, lo privado y lo público, convirtiendo a lo personal en algo político y a lo político en asunto y compromiso personal en medio de los esfuerzos organizativos. Que el feminismo solo puede ser tal si enlaza múltiples políticas y diversas mujeres en sus luchas por transformar las situaciones de dominación, explotación y opresión que vive cada mujer según su lugar en las complejas relaciones sociales que estructuran el mundo. Que la política feminista no puede ser el devenir de exclusivamente la teoría y el pensamiento académico convencional, porque la producción de pensamiento que desconoce los procesos sociales, por no atreverse a contaminarse e involucrarse subjetivamente con ellos, es banal, no transforma.

Sabiendo que el feminismo no está dado ni se nos revela como fenómeno, nuestra apuesta es por un feminismo de izquierda que, en la autonomía, se construya radicalizándonos permanentemente. Para ello consideramos fundamental el compromiso dialogante entre mujeres desiguales, desde donde uno de los mayores desafíos sea la construcción de un pensamiento feminista crítico que, unido a la militancia, asuma una actitud y forma de vida abierta a la (auto)transformación con otras, para todas.

NOTAS

- 1 Adicionalmente, el “maternazgo social” es un calificativo que difícilmente se puede encontrar para referirse a la política de las mujeres de clase media o alta. A pesar de haber encargado el trabajo doméstico a otras mujeres generalmente empobrecidas para liberar tiempo que pueda ser dedicado a otras actividades, éstas continúan siendo las responsables del trabajo afectivo y de cuidado, así como de la administración de los asuntos de sus hogares, preocupaciones que, aunque no se lo diga, también son colocadas en su desempeño público.

Segundas Jornadas Latinoamericanas sobre Feminismo y Movimiento Popular



Leonor Zúñiga
VII 89/

Del 4 al 9 de septiembre de 1989
Hotel Savoy Inn
Quito - Ecuador

CIUDADANÍA Y ANTISOCIALES

¿PARA QUIÉN ES LA SEGURIDAD CIUDADANA?

No, no es fácil ser “sospechosa”, tener la piel oscura, el rostro cansado, huellas de que el mundo te ha pasado por encima. No es fácil esquivar el acoso policial, la extorsión que nos arrebató lo ganado en los autobuses de servicio urbano donde una enfrenta de pie a los pasajeros, echándoles el cuento de algún sufrimiento que les estremezca, les conmueva, porque la verdad es aún más pavorosa. Porque las esquinas ensombrecidas donde mi cuerpo expuesto se juega la vida sin rincón propio donde descansar, es más difícil de pronunciar. No, no es fácil ser nombrada “antisocial”.

Imagino pasear sin soportar el sol de la mañana curtiendo mi piel, sin aguantar el frío y el peligro de la noche para vender paquetitos de “polvo” a los jóvenes que compren algo que alivie el desencanto social heredado de sus padres... recuerdo la placidez del campo, sus frutos antes de que las floricultoras cubran el horizonte, antes de que las minas levanten sus gigantescas nubes de polvo, antes de las camaroneras que talaron nuestros manglares.

Tiempos de desplazamiento de poblaciones enteras por expropiación de sus tierras, arrinconamiento de las grandes mayorías en el trabajo informal porque no caben en el sistema productivo. Tiempos de libertad total para los empresarios que exigen no tener que sostener a los sectores empobrecidos. Tiempos de campañas electoreras que usan los rostros del desamparo como íconos del terror, emblema del mal contra el que se debe luchar. Las sombras del verdugo Partido Social Cristiano que sujeta el hacha que reclama Seguridad Ciudadana, perviven en esta Revolución Ciudadana. Tiempos de desplazamiento y encierro para que los desarraigados y desposeídas no afeen las calles recién regeneradas. Uso de los crímenes más burdos para justificar su violencia contra las mayorías marginalizadas.

Moralismos leguleyos que pasan por alto que condenarnos a nosotras es condenar a las generaciones por venir, pues nosotras somos el único amparo económico, social y afectivo de nuestros hijos callejizados. Acoso policial, antecedentes penales que te fichan como mala-traza y luego la arbitrariedad del juicio. Lucha contra la “delincuencia” que requiere chivos expiatorios, nosotras: carne sacrificial para repletar las cárceles, para demostrar al poder transnacional que somos un país civilizado.

Caer y levantarse, empezar siempre de nuevo habiendo perdido todo, la impotencia, la rabia...

No, los de arriba no se atreven a un cambio radical de este orden de cosas. Es mejor no contradecir abiertamente a las élites locales y transnacionales no sea que la balanza comercial sea vuelva desfavorable; es mejor complacer a la masa de votantes engegucidos por las élites securitarias que sólo exhiben agresores sin rostro, nosotras convertidas fantasmas de su propia indiferencia.

Desde abajo y desde adentro, aceras desoladas, los centros de detención provisional y las cárceles, comprobamos que ser “delincuente” es haber sido señalada por el dedo racista, moralista, deshumanizante. Ser “delincuente” es haberse buscado la vida cuando el Estado no te la asegura de ningún modo y ya nadie habla de justicia social, es haber elegido desertar de trabajos mal pagados y maltratantes y optar por el comercio ilegal, porque una tiene derecho a progresar, a intentar tener hijas con un destino diferente al de una.

Hablemos con honestidad. Lo que interesa a los sectores poderosos no es si en Ecuador se conseguirá erradicar (!) el crimen (?) o el narcotráfico e implementar mecanismos efectivos de seguridad, sino gobernar la pobreza a su favor, así se perpetúa la larga, larguísima, interminable, aún vital, noche neoliberal. Aún peor, la izquierda colonizada por el pensamiento ciudadano conservador, asume el membrete de “antisocial” y ubica a las mayorías fuera de la lucha de clases, su lucha más emblemática, haciéndose cómplice del poder establecido.

¿Quiénes somos, en realidad, los y las antisociales?, ¿quién es la comunidad ciudadana que nos rechaza, nos rechaza?

Que cada ciudadana y cada ciudadano busque dentro de sí mismo el rostro de la “antisocial”... desconocidos, hábiles, avezados, malhechores, ratas conocidas, de color, de la vida licenciosa, señuelos, mulas, paqueteras, guaridas de seres insanos... vea con cuidado y encontrará convertido en criminal el rostro del empobrecimiento, del discrimen racista, de la violencia contra las mujeres, madres, solas, niños de la calle crecidos en la miradas de desprecio, en la mano del policía que les persigue, en la comunidad ciudadana que les vigila. ¡YA BASTA!





Esta revista es posible gracias a la autogestión colectiva levantada en la CASA Feminista de ROSA y espacios organizativos afines, que durante años nos hemos sostenido sin lineamientos institucionales, patrones, ni salarios. La autogestión para nosotras es el encuentro de la reflexión crítica compartida y la acción militante combinadas con el trabajo doméstico e intelectual, puestos en horizontal. Por esta apuesta ensayamos una praxis desde la que construimos nuevos espacios públicos para interpelar otros y hacer posible modos alternativos de convivencia cotidiana y de organización política-feminista y de izquierda. La CASA Feminista de ROSA es resultado de varios procesos que apostaron por esta praxis, y Flor del Guanto, es la voz de sus encuentros. Es así que esta revista se levanta sobre el trabajo y los aportes múltiples y generosos de muchas y muchos: el esfuerzo de construir pensamiento colectivamente; el trabajo creativo para plasmarlo en lenguaje y acción; los trueques de saberes entre la escritura, el arte, el diseño, la fotografía, la impresión; la reappropriación de los recursos estatales que nos pertenecen; el soporte político y afectivo de compañeras y compañeros dentro y fuera de la CASA feminista de ROSA; y la colaboración de las lectoras y lectores. Detrás de esta revista está la inquietud colectiva por nuevas maneras de organizarnos para la producción y la acción política consecuente, compartida. Estamos convencidas de que la opción de imaginar y crear otro mundo, que supere el patriarcado capitalista y racista está en la construcción de relaciones comunitarias, solidarias, comprometidas y críticas.

Coordinación general Andrea Aguirre Salas, Nadia Ribadeneira González (Colectivo Mujeres de Frente, CASA feminista de ROSA).

Consejo editorial Margarita Aguinaga, Andrea Aguirre Salas, María Antonia Aguirre, Nancy Carrión Sarzosa, Lisset Coba, Nadia Ribadeneira González, Lucy Santacruz Benavides, Alejandra Santillana (Colectivo Feminista / Colectivo Mujeres de Frente / CASA feminista de ROSA)

Diseño y arte Alejandra Santillana (CASA feminista de ROSA), Patric Hollenstein, Adrián Balseca


Cooperaron con nosotras Fernanda Andrade, Pablo Cozzaglio y Pato Chávez con fotografía; Anne Pascale Laso con edición de textos; Alejandro Cevallos, Carolina Ganchala, Lennyn Santacruz y Soledad Varea con ilustraciones y artes; Javier Rodríguez Sandoval con traducción; Judith Flores con la dedicatoria a Mama Tránsito Amaguaña.

Impresión Colectivo Comuna Hormiga. Contacto +593 (0)96 001 997, +593 (0)96 333 376

Mientras esta revista se imprime, el gobierno ecuatoriano dismantela, por decreto, la institucionalidad que los movimientos de mujeres, indígenas y afroecuatorianos construyeron en el Estado a través de su lucha por la igualdad y la justicia, decisión que se ve reflejada en el cierre del CONAMU y el CODEMPE. Desde los movimientos sociales nos mantenemos alerta frente a la intención de disolver nuestra participación organizada en la gestión pública y cuestionamos la descalificación política de nuestras conquistas para enfrentar el orden patriarcal que institucionaliza el sexismo y racismo en el Estado.

Se permite la copia parcial o total, en papel o en formato digital, del contenido de este trabajo, siempre que se cite la fuente y se use sin fines comerciales.

Casa
Feminista de
Rosa



Ascázubi Ez-48 y 9 de Octubre
Quito-Ecuador
lacasaderosa@riseup.net

Abierta al público.

PATACÓN
PISA



Comida Costeña

Atrapa el sabor costeño en la
CASA feminista de ROSA. Otro
ensayo de contrucción de
autoempleo digno.

Ofrece almuerzos de lunes a viernes
de 12h00 a 14h30.



La Cafeté

Por el placer de encontrarnos,
beber y comer; compartir saberes
y sabaores amasados con el
trabajo colectivo y la alquimia
culinaria.

Martes a viernes de 15h00 a 21h00.



Ministerio de Cultura
del Ecuador